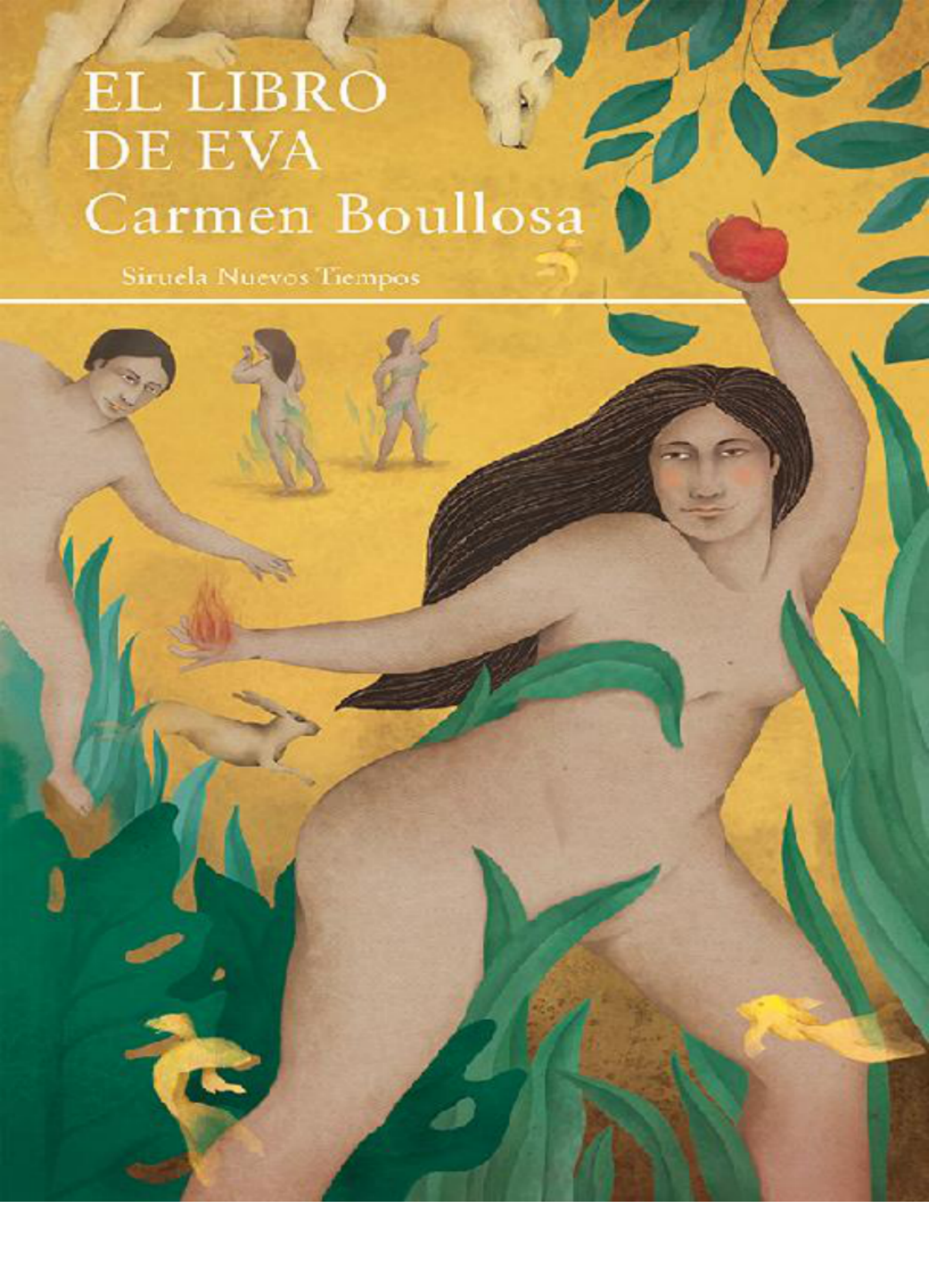

EL LIBRO
DE EVA
Carmen Boullosa
Siruela Nuevos Tiempos

-

Carmen Boullosa

El libro de Eva



Nuevos Tiempos

Índice

El libro de Eva

A la memoria de Psiche Hughes, mi brújula, celebrando
la alegría que compartimos, su inteligencia generosa.

A Marisa Arango, porque me la arrebataron antes de tiempo.

A Ana Luisa Liguori, Magali Lara, Marta Lamas,
Alicia Rodríguez, Lucía Melgar, María Teresa Priego,
Merce Gómez, Giuliana Bruno, Betsy Sussler, Kim Baker, las
dos Raqueles (Serur y Chang Rodríguez)
y Marcela Rodríguez.

A mi formidable Mike Wallace, mi fortaleza mayor,
hombre mucho, mucho mejor que el que fue Adán con Eva.

Todo poema es el génesis.
Todo poema nuevo
memoriza el futuro.
Todo poema está empezando.
Eduardo Lizalde (casi cita)

…knowledge is good,
And Life is good; and how can both be evil?
Byron, *Caín*

El mundo empieza en la mesa de la cocina.
…Tal vez el mundo termine en la mesa de la cocina,
mientras reímos y lloramos,
comiendo nuestro último y dulce bocado.
Joy Harlo

Adelante se transcribe una versión de los papeles privados que relatan los hechos de Eva, como fueron conservados durante generaciones. El relato abarca

la génesis del universo,
la mujer en el Edén,
la mordida de la manzana,
la voz de los árboles,
las hojas de la higuera muda,
el Trueno y su crimen,
la salida del Edén,
la toma del fuego,
el encuentro con la Tierra,
el frío,
el llanto,
la risa,
el sueño,
el deseo de tener hijos,
la llegada de Caín,
el agricultor,
alguna mención a sus labores alfareras,
la concepción y nacimiento de Abel,
su rebaño,
el pan,
la historia de Ara,
la cerveza,
la ofrenda o sacrificio impuesto por Noé,
el fratricidio,
el sueño de los homúnculos,
la barca de Eva,
la Torre de Babel,
entre otros pasajes conocidos,
a los que se suman algunos otros no divulgados,

como el nacimiento del clítoris,
el rencor y el vapor de Adán,
el engendro del caballo,
de cómo el pene surgió con tantos esfuerzos.

Acompañan a la versión de Eva, entre sus apartados, otras voces, las de sus hijas —Ara y sus hermanas—, las de Caín en dos voces (una desde la

Tierra de Nod), la de Abel en el ultramundo, así como algunas otras acotaciones, anécdotas y versiones contrarias a las que Eva sustenta cuando ella toma las riendas del relato.

El libro de Eva
contiene diez libros, con 91 pasajes

Lo acompaña una selección de papeles sueltos,
versiones diversas o de otros

Has ganado el favor de recibir los papeles de Eva. Si al leerlos sabes que no son para ti, entrégalos a quien lo creas pertinente. Cuídalos, te han sido confiados.

Si los has apreciado, cuando sientas tu luz menguar, elige con sensata fe a la siguiente persona destinataria. No los retengas, los arriesgas a su destrucción.

La Carta

Si tus hijas no te escuchan, si tus amigos y parientes no creen lo que les cuentas, guarda de sus manos los libros de Eva. En cuanto puedas, haz una copia de ellos y entrégala a quien tengas la certeza puede ser su leal guardiana. Al copiarlos, recuerda que debes cambiarlos a tu lengua y tu modo de decir. Nunca dejarás que la voz de Eva quede escondida en el pasado.

Papel suelto entre los libros de Eva

Prólogo de Teresa de Ávila

Diéronme a leer un rudo manuscrito proveniente de Toledo. Se dice versión del Génesis escrita por la mano de Eva.

Me piden anotarla. Diré aquí lo que cabe:

Es enfadosa lectura de gran bestialidad, pues sus páginas no reconocen lo más justo, la majestad y grandeza del Creador de todas las cosas.

Pluma desaforada, quienquiera que la haya usado fue para placer del Demonio. Mísera alma fuera de sí que, desalmada, ni aun teniendo mercedes y obras de Dios frente a las narices, las reconoce por tales.

La grosería del engaste del alma le absorbe la atención. Su ceguera es abominable. No presta un ápice sino a los cuerpos y sus caprichos, vasallos del alma, pues nada más son los sentidos y potencias que Dios nos dio de natural.

Las palabras ahí escritas son gusano tan lleno de mal olor que su propia fetidez cáusale a ellas mismas repugnancia, como si uno llegase a una parte donde entra mucho sol, y llevase tierra en los ojos.

¡Ay!, tantas cosas malas, como de culebras y víboras y cosas ponzoñosas.

Es un disparate. Denota alma tan enferma y de tan extrema miseria que habla de Dios como hablaría el más déspota de los amos, el más cruel, del más ínfimo de los esclavos.

Es clara la huella en este escrito de un ser no redimido por la sangre de Cristo, así el Hijo tuvo a bien darse para la redención de nosotros todos. La entinta un ser nefasto que no quiso recibir la Redención. Pero aun teniendo esto presente, la voz que habla aquí, tan distante de la luz, turbados sus sentidos, sorda profusa y de mal gobierno, avanza por el camino indiscriminado del odio y del rencor.

Hecha por completo de la oscuridad que ella misma procura, caída en pecado mortal, encerrada donde no hay tinieblas más tenebrosas ni cosa tan oscura y negra que no lo está mucho más el alma tullida, quien escribe llamándose a sí misma Eva es una sabandija inmunda, quien por instinto y por voluntad se aparta de la fuente del bien, y se planta en otra de muy negrísimas aguas, emponzoñadas, pestilentes.

Toda palabra que fluye de la dicha Eva es la misma desventura y suciedad.

No tiene temor alguno de ofender al Creador. No hay sol que dé calor a alguna de sus obras, ya no digamos a sus palabras, sino a lo que ella nos dice haber hecho: ladrona del fuego, hacedora de los pozuelos donde hierve la hiel del demonio, ponzoña en los platos de su familia, lasciva perdida… Se atribuye horrores más grandes que el más detestable vicio.

Perdonémosla por desatinada, superflua, perdida, atada a la servidumbre del demonio. Perdonémosla, que ya lo hará el divino Jesús cuando salga de su temporal abatimiento, porque incluso a su Majestad debió provocárselo.

Perdonémosla, pero no le prestemos oídos. Recordemos que el Demonio siempre la tiene tan mala, y que es de suyo hacernos trampantojos. Ignorémosla. Embebida en el mundo, engolfada en sus contentos y desvanecida en sus pretensiones, porque no hay en ella sino la podredumbre de toda morada donde pudiera haber entrado la luz del Creador y el reflejo suyo presente en todas sus obras, que lo son todo.

Baste ya aquí. Yo no como en el comedero de la zahúrda, pocilga, porqueriza, gorrinero, cubil, cuadra. ¡A cerrar la boca, que no vaya a haber espíritu maldito me introduzca algo de este rebosante chiquero!

Me he entrometido, por si hubiese quien husmease lo maloliente, y he usado tijeras y navaja para extirpar el tumor donde confiesa que esta Eva de quien habla era negrilla. ¡Mejor explicación no hubiera para explicar su naturaleza!

LIBROS

del uno al diez, en los que Eva cuenta su historia, usando distintos tonos, acorde con el pasaje que relata

Libro uno

1

Antes que yo, fue el Caos, el gran desorden, lo indefinido, la revoltura de oscuridad y luz, cielo y abismo, arriba y abajo, ligereza y peso, agua y tierra. No había quién lo percibiera. Todo era indefinido, incompleto, suspenso. Todo ardía, sin mesura.

Lo disforme era magnífico a su manera.

Del Caos tengo idea. No lo conocí de primera mano, pero el Caos es parte de lo que soy. No soy excepción en el Cosmos, el Caos hoy está presente, su fuerza anima al Universo.

Por mí existen el dolor y el placer humanos; por ser yo heredera del Caos, se confunden dolor y placer en los humanos.

Después del Caos, la Tierra empezó a girar en su eje, y sucedió su gravitación. No abundemos, porque esto, la transformación, el desfiguro, la desconsiderada centralización, podría ser toda la historia. Detengámonos en otras:

Persiguieron a la Tierra dos luminarias —el Sol y la Luna—, multitud de estrellas, los cometas, los atolondrados asteroides y otros cuerpos siderales sin nombre, algunos desgajándose y desorbitados, sin ton ni son. En honor a la verdad, el Sol no perseguía a la Tierra, pero en aquel entonces así parecía y por lo dicho hay que anotarlo así.

No era insensata la dicha percepción: nuestro planeta, vestido de atmósfera, era la aparición de la belleza. La belleza conlleva el horror: los titanes brotaron desde el centro terrícola respondiendo al llamado de la Luna y del Sol. No obedecían a la presión interna de la Tierra, como sí los géiseres, los ojos de agua, o el fuego de los volcanes.

Los titanes era desfiguros. Su forma, la impronta del Caos. Eran sombras retrasadas, de lenta aparición, lerdas sombras viajeras, procedentes de tiempos anteriores sin razón de ser propia. Su disformidad, y no su dimensión, les ganó el nombre, porque en la Tierra todo ser animado tiene alguna cordura en su forma, excepto los perecederos titanes.

Los sucedieron los gigantes. Con ellos conviví, pero puedo decir poco, porque solo el infante puede ver a los gigantes con claridad, y yo nunca fui niña. Fui desde un principio una adulta, o esto de la edad que soy yo, la pausa de lo eterno.

La leyenda dice que los gigantes eran hijos de los titanes. Esta no tiene fundamento, porque los previos a Eva no concibieron prole; los titanes se extinguieron sin dejar descendencia. Yo soy la primera que engendró

vástago, mientras que titanes y gigantes brotaron, surgieron, como explota el volcán o da vida la semilla. Antes de mí, lo creado era lo que se desencadena, conmigo dio inicio el nacimiento. Previo a mí, el Caos y la Eternidad. Lo generado era sin madre.

Oh, ay, la Madre: ella es la irrupción, la personificación de la hechura, la presencia del oscuro ducto que nos trae a la vida, y aún peor: la cuidadora de la semilla, la alimentadora, la procuradora. Figura atroz. Valdría ponerla en duda, en lugar de celebrarla, porque ello, ella, eso, nos devora. Entramos al mundo por lo que nos consume, por doble vía sin la aceptación de la Madre.

Pasado el tiempo, los gigantes tuvieron hijos con las de nuestra especie. Engendraron seres soberbios y desdeñosos de todo lo bello; confiados en sus capacidades, cometieron iguales desmanes que los atribuidos por algunos a los gigantes.

Las humanas copularían también con ángeles. Las criaturas concebidas por ángeles y mujeres se mudaron a la primera ciudad, arruinando el sueño de Caín que después tendría Noé: crear una raza libre de perversidad, acortando la vida de sus habitantes, pues si longevos, algunos serían perversos, y conocerían el placer de los vicios. Esa historia vendrá adelante.

Los «oleajes» del Caos, algunos de alcance universal, otros regionales, en batallar formidable, pasaron por episodios bélicos narrables.

Uno de estos últimos empezó cerca de la Tierra, un poco más allá de la Luna. Fue cuando Belcebú, el mayor de los ángeles, cayó de allá, por arrogante, traicionando su energía sideral; se precipitó echando mano de la atracción geodésica, anclándose aquí entre nosotros como nuestro par. Episodio de natural irreversible.

En la Tierra, Belcebú, aunque resplandecía espectacular, no pudo contenerse ante tanta belleza terrestre. No la soportó; ansioso y hambriento, quiso devorárselo todo.

Con vertiginosas tarascadas, Belcebú manducó, deglutió y, por tragón, se desplomó, cayendo a un círculo del inframundo.

La Luna se carcajeó.

Ese reír largo y gordo de la Luna zarandeó la Tierra y sus alrededores. No estuve presente, lo supe mucho después: quedó escrito en las piedras y en la docilidad del agua ante la Luna.

Las carcajadas de la Luna, desafío magnífico, añadieron a lo terrestre la constancia incandescente de la frialdad lunar.

La Luna (lo explican así), incluso cuando atacada de risa, es sobre todo hembra. Lo mismo, la Tierra. ¿Qué no, qué no es hembra? Díganmelo.

2

La primera de los nuestros soy yo, Eva.

Todo empezó con lo que llaman «la manzana». La hipótesis que circula sobre el barro y el soplo y Adán es falsa —aquí se sabrá su malintencionado origen—. Lo cierto es que la carne, como la hoja del árbol, el nervio, la roca y el polvo, están hechos de polvo de estrellas.

Aseverar que con el barro la fuerza vital se dio a la tarea de crear humanos es incorrecto. Decir que la carne del varón fue anterior a la mía, y que a la mía se la sacaron de un costado, es un disparate.

Nuestra raíz no es subterránea: la podemos rastrear en un fruto.

Me llamo Eva. No tengo pasado. No nací de nadie. No tuve infancia. Soy el ser que no muere. Soy la primera. La madre de todos ustedes.

A pesar del Infierno y de su envidia,[1] yo, *deshacedora de entuertos, destrozadora de injurias*,[2] diré aquí la verdad.

Todo empezó con la mordida que di a esa fruta, a la que llaman «manzana» porque tienen la memoria doblegada. No era manzana. Eso es otro absurdo. La creación de la manzana fue larga aventura humana —y lo sigue siendo, cada cosecha, cada árbol requiere cuidado, mano delicada, imaginación, azar—, la primera fue la hecha por Caín, *Ningún aprendizaje es más valioso que el que da el hijo o la hija a la madre*. Querido Caín, a quien yo apodé «Semillas», mi hijo agricultor.

En el Edén no había ni «cuidado», «mano delicada», «imaginación» o «azar». En el Edén, los frutos, las legumbres, semillas, hojas, tallos y vegetales no sabían ni olían a nada. Creció una fruta, formada, como todo, de polvo de las estrellas, fue el azar quien la produjo deliciosa.

El azar es desde ese instante compañero inseparable, mío, y nuestro. No fue lo único que nos dio la «manzana».

Tampoco es verdad que yo no mordiera la manzana, como se ha escrito (*contra el bocado se estuvo / de Adán, sin probar bocado*[3]). Yo sí la mordí, ¿por qué negarlo, si me honra? Pamplinas maledicentes que al hacerlo cometí el «pecado original».

La fruta deliciosa despertó mi olfato. Percibí un olor por primera vez.

El olfato me instó a extender el brazo, abrir la mano, tomar lo que pendía de la rama y llevármelo a la boca. No intervinieron los ojos: del aroma, la fruta pasó a la boca. Sentí su fresca y lisa piel con los labios, con la lengua, y clavé en ella los dientes.

(Polvo de estrellas, polvo de estrellas. También yo no soy más que polvo de estrellas. Soy un polvo fértil, activo, creador, generatriz, lo que está en la naturaleza de aquel polvo primero).

La fresca carne de la fruta —fresca y arena, hecha de contrarios, aérea y sólida, leve y pesada— produjo enorme deleite al morderla, no solo por su sabor y su olor, su crocante textura cargada de humedad me produjo un inédito placer.

¿Que cómo era el Edén? En corto: no era como es aquí.

Era un espacio cerrado, encorsetado. Estaba ausente Naturaleza. El Edén era un capricho abstracto, un espacio en el que no pasaba el tiempo, ausente de noche, estaciones, lluvia, viento, sequía, helada, o distancias, era de una dimensión. No pegaba el sol, no había hielo. Si hubiese entrado agua al Edén, esta no habría jamás alcanzado el hervor. No había vapor en el Edén tampoco.

Escapaba a la lógica terrenal. Era una especie de huerto en el que todo era artificial, porque si bien había flores y frutos, estos no eran igual a flores y frutos, no corría en ellos savia, no buscaban la luz solar, no tenían raíces; no había agua ni aire, o minerales, o a su pie algo que pareciera tierra.

Los pintores que han querido reproducirlo sí consiguen asomarse un poco a lo que fue, cuando, por ejemplo, dibujan formas que escapan a toda lógica, imprácticas o absurdas. Si no se le parecen, se acercan a lo que era; distorsionando lo que era el Edén, lo rozan, porque era como una pintura, una representación, pero no era en tela ni papel. Color, sí, tenía color, pero sin graduaciones, y sus colores no eran los cuatro primarios, eran todos definitivos y concluyentes, sin tonos, sin reflejos, sin mixtura.

Adán también quiso reproducir el Edén, y por eso su afán de domar a las bestias. Porque en el Edén todo estaba controlado, planeado por una mente como la de esas cabezas que solo conciben idear en papel, en formas rígidas y colores planos.

En el Edén, yo no sabía que yo era yo, no tenía ni idea de que ahí cerca estaba Adán. Y por supuesto que no soñábamos, porque no dormíamos, no había sueño ni vigilia, así que la premisa de que el Trueno le arrancó un pedazo del costado para hacerme a mí cuando él dormía, es una falacia de pe a pa. Mentira también decir que Adán cultivaba y que tenía un ganado. No. El Edén era el Edén, sin mano humana.

Otro error es decir que en el Edén se les dio nombre a los seres vivos y a las cosas.

—¿Y la serpiente, Eva?

—¿Serpiente? ¡Tampoco, nada de serpiente alguna! Lo que había es eso que han dado en llamar «manzana», y que era una fruta como venida de

acá, de la Tierra.

—¿Es verdad que en el Edén el Trueno conversaba con los ángeles, o estos con Ella?

—No lo creo. El Trueno no conversaba. Sus comunicados no eran en lenguaje. Lo suyo era un retumbar, un no sé qué intraducible en palabras… Éramos sin palabras, asentir era lo nuestro…

—¿Sentían admiración por el Trueno?

—Éramos incapaces de admiración. Volteábamos al cielo porque no caminábamos sobre cuatro patas. Solo por reflejo, a veces, bajábamos la vista. Éramos también sin mirada horizontal (en el Edén, nunca crucé ojos con Adán, desconocía la experiencia de notar el brillo de sus pupilas).

—¿Quieres decir que no lo veneraban?

—Claro que no.

—¿Quién empezó a llamar al Trueno deidad, Dios, Divino, Eterno, el Todopoderoso, el Creador, esas cosas?

—Fue Adán, arbitrario, y más arbitrario porque lo hizo después de que conociéramos el poder de la Tierra.

El Edén no era un huerto. La manzana era el único fruto con olor y sabor.

Es imposible describir las bestias y la verdura; intento evocarlas: parecían hechas de materia inerte, pero soy imprecisa. Eran algo en lo que el paso del tiempo no tenía cabida, porque estaban en el Edén.

Los seres en el Edén eran irrellenables de luz terrestre, insensibles al tacto, el olfato, la lengua o el oído. Se diría que «huecos», inmateriales. Insisto en que no es que fueran de papel, o tela, o pintura, porque esos tres de un modo o de otro tienen olor y sabor.

Tampoco era luz, como los ángeles, ni oscuridad, como los que llaman demonios y que son un reverso de la luz. No era ni uno ni otro: el Edén era la noche iluminada.

No era «atractivo» el Edén. No era deseable, el deseo era inexistente allá. No era tampoco «magnético», pues ni llamaba, ni repelía. Tampoco era simple. Era de otro orden, de otra categoría.

La única manzana sípida y aromática pendía de la rama de un árbol, fruto único. ¿Sería una rama *intervenida*, un injerto? Si así fuera, ¿quién lo injertó? ¿Había un jardinero en el Edén? Aun de ser el caso, en el Edén no teníamos imaginación, así que de ninguna manera un edenita podría haber *imaginado* ese injerto.

No hay manzana sin imaginación y no había ser con imaginación en el Edén. ¿Quién hizo, entonces, la manzana?, ¿quién? ¿O qué?

¿Quién, adentro del Edén, había alterado la sombría y continua presencia del Trueno? (El Trueno: lo que algunos, por influencia de Adán y los adanitas llaman Él). ¿O es que el Trueno mismo, traicionándose, fue su hacedor?

La manzana fue la llave que nos liberó. Nos descifró. Nos convirtió en

lo que somos. ¿Quién la hizo?

Algunos conjeturan que la mano de alguno de los ángeles hizo la manzana, pero no tienen sustento; hasta donde yo sé, no había ángeles adentro del Edén, habitaban solo en las orillas.

No hay duda de que ni los ángeles ni la fruta deliciosa eran edenitas, aunque esta segunda sí estaba adentro del Edén.

—¿En el centro, Eva? ¿Estaba la manzana en el centro del Edén?

—La pregunta no viene al caso. O todo era centro allá, o no había centro. Es como decir que en la superficie de la tierra hay un centro. No hay. Menos aún lo había en el Edén.

Acerqué las manos a la manzana. La toqué. Su piel tenía una temperatura diferente —no era la piedra, no era mi cuerpo, no era el aire—; su textura era algo que desconocía mi tacto y que por esto lo alertó, algo inédito —no era la lisura de la piel del cordero, no era el filo de mis dientes, no era agua o roca. No era luz ni oscuridad. No era caos—.

Su piel despertó en mí mi propia piel y con esta tuve la autoridad para decirle a mi mano «¡toma!».

Con un tirón, arranqué la manzana de la rama. Toqué con mis labios su piel. De nueva cuenta, algo nuevo. Abrí la boca. La sintió mi lengua. La mordí. Crujió, y era dulce, y el campanilleo de la pulpa de la manzana que sonó cuando la troncharon mis quijadas repiqueteó en mis oídos. Las quijadas mías se movían del gusto, querían volver a morder para sentir más ese repiquetear, ese dulce tronar, ese sonar crujiente.

Inmediato, o simultáneo, una inmensa onda de placer, onda o rayo que nacía de mí y corría hacia afuera de mí, un rayo que no quemaba, sino que era dulce —la comparación no es justa, porque no me estremecía, no lastimaba, aunque era intenso, hiriente—, un latigazo de intenso placer, perforante, expansivo.

El sabor despertó mi boca, mi oído, mi olfato, mi vista: mi conciencia. Todo cambió tras esa mordida. Y aquí sí digo bien cuando digo la palabra «todo», porque las otras veces que la he dicho sirven para demostrar mi carácter sin mesura, pero no como definición precisa.

Mastiqué más la pulpa que ya estaba en mi boca. Cada morder producía otro sonido, otro sabor, otro golpe de placer.

Fue por reflejo convidar la manzana a quien estaba a mi lado, a quien, porque la piel despertaba, se me había vuelto perceptible. Se la acerqué, y a una le lancé, por primera vez, una mirada ardiente.

Antes de siquiera tocar la manzana, Adán también me vio a los ojos (por primera vez) y comprendió que algo cambiaba: aquello era un cisma; de pronto estábamos cargados de una vida que desconocíamos. Esa mirada mía era por primera vez un torrente. La de él… era algo más estable y denso, no fluía.

Adán tomó la manzana, la sintió y la mordió, y conoció lo que yo —el campanillear de la crocante pulpa, el sabor dulce, el látigo, el rayo, la herida…—. Entrelazó los dedos de su mano libre con mis manos. Sentí en mi piel su piel: no la había sentido nunca. Vi a Adán y, viéndolo, me vi también. Comprendí que estábamos desnudos.

(El crocante sonido de la carne de la manzana en mi boca, su crujiente campanilleo… algo que no había escuchado antes porque no había escuchado nada antes. La delicada crujiente fruta despertó adentro de mí el sentido del oído… Oí lo que contenía mi cuerpo, porque esa mordida estaba ya en mí, me despertaba… y con ella despertó la música de las estrellas, la melodía del universo…).

3

Estábamos desnudos, el uno para el otro. Solté la mano de Adán. Necesitaba cubrirme, cubrirlo, guardar nuestras desnudeces de nuestras miradas. Intenté cortar las hojas del árbol de donde pendiera la manzana.

Resistiéndose, el árbol me habló. Suyas fueron las primeras palabras que sonaron en el Edén. Dijo:

—¡Desobedeciste! ¡No te daré mis hojas!, ¡no podrás tomar nada de mí!

Tiré con todas mis fuerzas para arrancarle las hojas, desoyéndolo, pero no lo permitió. Repitió sus palabras, una y otra vez, y yo *lo comprendí* de tanto que lo dijo:

—¡Desobedeciste! ¡No te daré mis hojas!, ¡no podrás tomar nada de mí!

Intenté tomarle hojas al árbol vecino. La reacción de este fue la misma, y también me habló:

—¡Desobedeciste! ¡Carne eres y en carne quedarás maldita! ¡Serás tu propia noche!

De nueva cuenta, lo repitió y lo repitió, hasta que comprendí el «desobedeciste». ¿A quién o a qué había yo desobedecido?

Adán, ya consciente de nuestra desnudez, se escondía entre unas plantuelas de hojas diminutas.

Libre de su mirada y de mirarlo, observé con paciente detenimiento las hojas de los árboles cercanos, ponderándolas. El placer provocado por la deliciosa fruta había despertado en mí la curiosidad y la capacidad de discernir.

Recurrí a un cuarto árbol que vivía en el abandono. Era una inmensa, inodora higuera. Sus hojas más bajas, las que alcanzaban mis manos, estaban alicaídas, aún algo flexibles, y pendían de ramas secas. Eran hojas carnosas, llenas de fibra. El árbol era también mudo, como si su alma estuviera en otra parte. Por su deshidratación, corté la rama con tres grandes hojas. Las manipulé sin dificultad, las ramas me lo permitieron, y a las hojas aún no las quebraba la sequedad.

Dos de las hojas, como las otras verdísimas del árbol, eran de mi altura; una tercera, más corta que yo. Separé ramas y hojas, a estas las trocé con las manos y los dientes, las rajé, y usé sus venas como cintas con las que me até los trozos de hoja al cuerpo, al cuello y a la cintura.

Las carnosas hojas (gordas, algo flexibles aún) me cubrían el frente del cuerpo, dejaban mi espalda desnuda, pero eso le bastaba a mi sensación de desnudez, porque lo mío no era pudor, como se ha escrito, sino el conocimiento de que alguien podría verme *porque yo veía*.

Vestida ya con mi delantal de dos capas, le acomodé a Adán un faldellín de hoja a la cintura, mientras que él, alelado, transido por la sensación de la manzana, no parecía capaz de acto alguno. Con otra vena de la hoja, le até otro trozo, como a mí, al cuello, cubriendo el frente de su pecho.

Al sentir repetidas veces mis dedos en la piel, Adán reaccionó. Bajó los ojos, iluminado aún por el placer que le producía la fruta. Alzó la vista y, sin despegármela, hizo el gesto de pasármela. Con la mirada, le pedí la detuviera en lo que yo terminaba de acomodarnos los delantales, colgando de nuestros hombros y torso, y el faldellín hechos con las grandes hojas de la higuera muda, hojas fibrosas, con anchas venas.

La manzana había despertado en mí también un instinto práctico.

Toqué lo que restaba de la manzana que él pinzaba entre dos dedos, su mano era firme, pero su pulso temblaba, casi imperceptible. Adán soltó la mordida fruta en mi mano, casi dejándola caer en mi palma. Volví a morder donde la pulpa de la manzana estaba aún recubierta de piel. La sensación fue aún más intensa. Mastiqué. Debí cobrar la transida expresión que yo le había visto a Adán. No quería dejar de masticarla, y no quería seguir masticando, deseaba que el bocado fuese eterno, y que no pasara por mi garganta; no podía contenerlo en mi boca porque mi cuerpo entero lo exigía, ávido, ansioso, impaciente… quería ese placer…

Dejé pasar el segundo bocado por mi garganta, y me llevé a la boca la última porción de la manzana. Al morderla, retornó la onda o rayo de placeres diversos.

Mientras yo mordía la manzana, Adán recogió dos ramas secas de las que yo le había tronchado a la higuera, y les ató lo que había yo dejado atrás de las venas de las hojas. Las manos de Adán también habían despertado.

4

El Trueno emitió su golpe, expresando con su modo colérico un «¿por qué?, ¿por qué comer de la única manzana sípida del insípido Edén?».

El Trueno altisonante usaba la lengua suya, si se le puede llamar lengua a ello, la que tenía en común con todo lo edenita. Compartíamos en el Edén el hablar del Trueno, pero no se puede llamar hablar a eso.

Fue excepción que los árboles que me negaron sus hojas hablaran lengua con palabras y gramática, con Tiempo. Hablaron porque yo había mordido esa fruta deliciosa, porque en el principio estuvo la manzana. Lo coherente hubiera sido que el árbol que me dio la fruta me hablara, pero en el Edén no había coherencia (tampoco en el Universo, pero es otro tema).

Los árboles siguieron mi inercia. Así son los del reino vegetal: perciben sensibles, se adaptan de inmediato, son los seres más inteligentes, comprenden sin meditación, asimilan y actúan acorde.

La lengua edenita, la del Trueno, corría en las frutas, en la verdura, en los animales del Edén, nosotros mismos la sabíamos reproducir desentonada; lengua tronante (y nuestra) que no era propiamente lengua, en la que, como expliqué, no había sombra alguna de gramática, sin verbos, sin inflexiones. Con esta, el Trueno emitía categórico, como si lo que sonara fuera hecho en piedra, esos ruidos en los que era imposible variar una sílaba porque eran largos aaaahes u oooooohes comprensibles por el temible tono, sonidos igual que paletadas o hachazos, como tronantes manijas o furibundos martillos; no guturales, no como si salidos de una boca sino como emitidos por un arma o la pólvora, o que no parecía de proveniencia terrestre, como el relámpago.

Así, en su sonar de objeto, el Trueno retumbó. Supo lo que había pasado. Sabía que habíamos probado el sabor de una fruta no edénica, y sabía de nuestra reacción. No nos preguntó, no intentamos esconderlo ni escondernos. Tampoco profirió maldiciones. ¿Cómo iba a hacerlo, si aún el Trueno no hablaba? Eso de las maldiciones ha sido adición de los que aprendieron a odiarme porque yo soy su origen, la causante de la condición humana, porque soy la que dio a luz a toda mujer, pariendo de mi propio cuerpo. Adán no tuvo nunca esa facultad, que yo gané por mi propio pulso. Porque al salir del Edén aún yo no era fértil.

5

El Trueno asesinó a varias bestias del Edén cuando yo llevaba en la boca la última mordida de la manzana. Digo «asesinó», pero no fue preciso así, porque, repito, en el Edén no gobernaba el Tiempo. Las acciones quedaban hechas al tris de la voluntad, sin que de facto ocurrieran, porque actuar es contar con el Tiempo como cómplice.

(Solo Adán y yo, al morder aquella fruta prohibida, solo él y yo corríamos en el Tiempo).

Al matar a esas bestias anómalas que hasta el momento aparentaban no tener corazón, músculo, hueso o piel, el Trueno bañó de sangre al Edén. A mí me lo volvió irrespirable. Las últimas espiraciones de las bestias ensopaban al ambiente con su asfixia. El último respiro, el aire letal que el Trueno había insuflado a esas bestias por las fosas de sus belfos, o como quieran llamar a eso que tenían en sus caras bestiales, hedía.

Yo aspiraba ahogándome en su sangre, en su espirar de muerte.

Las bestias, desolladas sin armas visibles, y sus pieles, curtidas sin el debido proceso, quedaron convertidas en nuestros abrigos, cortados y cosidos sin mediar tijera o hilo. Nos cubrían sobre las hojas de higuera, nos embolsaban las dos largas capas, o mejor enormes sacos. Pesados, pero flexibles como una segunda piel humana, ideales para defender nuestros desnudos cuerpos, nos cubrieron sin que nosotros o nadie nos hubiese vestido: era la mano del Trueno, esa mano ajena al Tiempo, inmune al acto y al tacto. Una mano edénica, sin botón ni aguja, que hacía sin recurrir a la acción.

Por morder la manzana y trozar las hojas resecas de la higuera, yo introduje el Tiempo al Edén, pero al Edén mi adición le fue ajena y quedó inalterado en su esencia. Los deseos del Trueno seguían la lógica suya; mis actos y deseos, la temporal.

Adán también cambió, él había mordido (como yo), y en él (como en mí) estaba impresa la pérdida de la reproducción de los descomunales comunicados del Trueno, replicados sin nuestro eco.

Adán tenía en cada mano una rama de la higuera.

6

El Edén nos expulsaba, hedía a muerte animal; lo único que había para nosotros era irnos.

¿Cómo salir de ahí? Pasé la mirada por mi alrededor. Vi una apertura, una puerta, algo que el morder de la manzana había rajado.

Regresé al árbol de donde había yo tomado el fruto delicioso.

Volví al escrutinio: no había en él otro fruto, pero a su pie una semilla brillaba, negra, alargada, con una punta delgada y el otro extremo redondo. Se parecía en algo a la semilla de un mamey, pero era pequeñita y áspera al tacto. Por eso hay quien llama al mamey la fruta original o la del paraíso, pero nada que ver.

Recogí la semilla del árbol. La guardé bajo la axila. El placer de la fruta deliciosa había despertado en mí también la gana de tener.

Me reencontré con Adán, sus dos ramas en mano, como cayados.

Nos detuvimos frente al reciente umbral del Edén, esa apertura por la que entraba frío. Los dos nos cerramos los abrigos, dejamos nuestros brazos y manos adentro de ellos, incluidos los cayados de Adán. Las amplias pieles se amoldaron a nosotros.

Bastó un paso para que dejáramos atrás el siniestro, letal mandato del Trueno, atrás quedó el llamado Edén.

Fin del primer libro

Papeles sueltos
que venían desordenados entre los folios de su primer libro

Un papel de Eva:
Hay quien dice que el Caos no. Que en el principio había un mar de agua dulce (la primigenia), llamada Apsu, un mar de agua salada, llamada Tramat, y que procrearon un ser, en perpetua conexión con las nubles, era la neblina, Mummu. Los dos cuerpos de agua había, no cielo ni tierra ni siquiera un trecho de pantano rojizo. Esos dos cuerpos de agua fueron el principio de todo.

Otro papel de Eva:
El hombre es lo que come, se dice. También lo comido es quien lo come: a la manzana sin morder, la que pendía de la rama del frutal, no le esperaba sino la pudrición. Yo le di a ella sentido porque la gocé, y nos di a nosotros el sentido, el sentir, la intuición, la acción, el deseo, el goce, la palabra que supe oírle decir a los árboles.

Otro papel, con otra voz:
La culpa la tuvo la manzana, no Eva. Ella respondió a una tentación justificable: las manzanas son para comerse, y son deliciosas. Si le hubieran dicho: tírate a ese abismo, Eva no se tirara. Si la hubieran invitado a darle un beso a una serpiente, tampoco. La manzana era otra cosa.

¿Qué sería de nosotros si Eva no muerde la manzana? La raíz del hombre no es subterránea: es el fruto, y el fruto mordido por la mujer. Un fruto que no es cualquiera: se le llama «el prohibido». Rompió con el fuego de su desobediencia la redonda incomible. Eva inventaba en clave la cocina.

A la manzana sin morder no le espera sino la pudrición. En los dientes de Eva, la manzana es un manjar, su gusto anula el paso del tiempo. Esa mordida es la eternidad en un instante.

Con ese bocado, Eva nos dio la cultura, a ella debemos la fundación del Hombre. Ella nos dio la conciencia de que estábamos desnudos, el deseo de vestirnos, de salir de ese paraíso, de trabajar para ganarnos el pan (o el dólar), de la tierra misma. Y todo por haber respondido al llamado a morder una hermosa manzana que estaba deliciosa.

Comer lo cocinado por su trasgresión fue el inicio de todo, el principio de la Historia.

La eternidad del gusto al morder esa manzana no era repetible. Eva pensó: «¡Ah!, ¡si se pudiera comer todo el tiempo!». Como era imposible

atrapar la mordida en la boca, como se le escapaba el gusto, la lengua empezó a moverse inquieta, los labios, la piel, el cerebro, las manos; les hacía falta algo: y nació la Palabra. Del placer, del final del placer, del dolor, del frío, del gusto. No habría palabra humana sin manzana mordida por Eva. Antes hablaban lo que Dios, una lengua que se nos ha vuelto indescifrable.

Otro papel de Eva:
Porque supe de mis manos, es por lo que ellas pudieron hacer nuestras primeras ropas de las hojas resecas de la higuera, trozándolas malamente para traerlas como mandiles o faldellines. Sintieron, percibieron, también imaginaron, bailaron a su manera, se movieron como nada lo había hecho antes en el Edén.

Porque supe de mis manos en el placer con que me llenó la manzana, por eso las manos de una no nacida se convirtieron desde el Edén en manos artesanas. Por lo mismo, de no ser por mi intervención serían desnudos bípedos; jamás habrían percibido su desnudez; no hablarían, no tendrían lenguaje; emitirían ruido tronante.

Otro:
Algunos aseguran que de estar nosotros desprovistos de la herencia que nos dejó la mordida de la manzana, Naturaleza hubiera seguido su curso, como lo hicieron el cielo, los peces, las bestias, los vegetales, la roca, la arena, la virgen Tierra, y que no reinaría la guerra, la violencia, el terror, el despojo, la depredación, la destrucción. Pero es un error garrafal que cierra los ojos a la violencia del tigre, la voracidad de la araña, el ansia del viento. Nuestra conciencia nos contiene. Sin esta, ¡ay de la Tierra! Acunaría sabandijas que perpetrarían mayores sabandijas monstruosas, los lagos serían todos de sangre, y esta perpetuaría la especie de los que sin saberlo son la muerte, la muerte, la muerte.

—Error tuyo, Eva, decir esto. El humano es la perdición, la destrucción de la Tierra. El mayor comedor de sabandijas, el destructor, el que ha bañado los lagos y las tierras de algo mucho más inmundo que lo más inmundo, emponzoñando las bellas entrañas de los peces, las aves…

—Ya para Silá, ya sabemos qué piensas.

—Y no es verdad. Tú porque eres menor no sabes cómo eran de tristes los campos antes de que nosotras…

—Fue Caín, ¿no es verdad?, fue él quien empezó…

Otro:

Eva dice que ella no tuvo madre, pero no es así: es hija de la manzana.

Nosotros somos descendientes de las frutas, que a su vez son hijas del árbol, que a su vez lo es de la semilla que contiene la fruta: un círculo vital redondo.

Lo de que fuimos hechos de barro y un soplo de otra especie es una truculencia, mentira inventada por seres enamorados de la muerte. ¿Quién puede creer que nosotros y las cazuelas somos hermanos? ¡Jamás! ¡Ni ebrio como algunos que conozco! Para llegar a nuestra condición no pasamos por el fuego y el horno, sino por la savia materna.

Otro:
Éramos otros en el Edén. Aunque seres corpóreos, nuestras formas distaban de ser lo que somos. Fue en el instante de tomar la manzana que dejamos de ser pue' que rastreros, porque la serpiente arguyó con sus gestos que ella, antes de tentarnos, caminaba erecta, y que nosotros nos arrastrábamos como ahora ella. La serpiente gesticulaba, pero no fueron sus gestos los que me indujeron a probar la fruta: fue el olor de la manzana.

Salimos del paraíso, pues, por la boca, la que había mordido la manzana. Nos fuimos de boca a la Tierra. Y el resto del cuerpo como un deshabitado tronco, aunque de carne.

Porque con boca, porque al morder dije nuestra primera palabra, y esta sonaba. Porque al nacer la palabra, nació la memoria y por eso puedo recordar: sonaba más que como una sílaba propiamente, como un quejido, amoroso o de dolor. Pero para quejarnos así haría falta aún habitar el tronco hueco de nuestro cuerpo recién erecto y extraño para nosotros como si acabase de cruzarse en un camino con nosotros.

Otro:
«Pues yo no soy hija de Dios ni hija del Hombre: soy hija del fruto de un árbol que respondió a la imaginación».
Otro (que dejamos en esta transcripción al final por resultarnos indescifrable):

«De "lo anterior" (el "antes que yo" del que habla Eva) no pudo haber tenido indicios.

»La manzana es el principio de la percepción. Antes que ella no existían los sentidos.

»La Tierra caminó su ruta alrededor del Sol docenas de veces antes de que Eva reconstruyera lo anterior y lo llamara "El pasado". Lo hizo para darle lógica al tiempo, para que tuviera forma, con ánimo estético, pero de ninguna manera intentando relatar una crónica fiel de los hechos. Por lo tanto no pierde interés, nos ilumina parte de su vida, que es también la

nuestra porque es La Madre Total».

Libro dos

7

Éramos en parte de apariencia animal por las apestosas pieles de bestias con que nos había cubierto el Trueno y los cascos en los pies. Teníamos pezuñas. Nuestras uñas eran como las de los equinos y las cabras que nos auxiliaban con la empinada cuesta del áspero Monte Divino. La memoria nos recuerda conscientes de nuestros cuatro cascos, los dos del varón, los dos de la hembra, yo, y que los cuatro eran cascos idénticos. No «de hembra» ni «varoniles», neutros, como lo éramos nosotros.

¿Será que esas pezuñas aparecieron de pronto, que nos fueron dadas junto con las pieles por el Trueno para bestializarnos?

¿O será que nos supimos desnudos porque, previo a morder la manzana, una cutícula pulida nos recubría; una que cayó con la primera mordida? ¿Nos envolvía cuando vivíamos allá, y tal vez por eso yo no oía, no sentía, no veía, no escuchaba, no percibía? ¿Eran las pezuñas el remanente de esa cutícula?

¿Será verdad que habíamos sido antes una sola persona de cuatro piernas, un solo ser con el rostro de mujer al frente y el de varón mirando hacia atrás, recubiertos sus dos cuerpos distintos en una cutícula común, unidos por la espalda?

Antes de la manzana, en el Edén, yo no tenía conciencia. Por la manzana supe de mi cuerpo. ¿Caería la cutícula que revestía nuestros cuerpos al morderla, y fue también por esto que me supe desnuda, que supe de nuestros torsos, cabeza, piernas?

¿Era el Trueno quien nos había bañado con esa cutícula, si es que la hubo, y reparó con las pieles con que nos cubrió su desaparición?

Algo teníamos de faunos. Las pezuñas protegían nuestros pies. Pero, aunque fuesen agarradizas, al estar revestidas con las fundas bestiales con que nos cubrió el Trueno, resbalamos.

La voluntad de salir del Edén propulsó nuestro primer paso como si alguien nos hubiese dado un empujón en las espaldas; por la extrema inclinación de la pendiente y su resbaladiza superficie y el peso nuevo de nuestros cuerpos, caíamos.

Confinados en los sacos de piel en que nos había enfundado el Trueno, contenidos nuestros manotazos adentro de estos, erectos, inflexibles y con precario equilibrio.

8

El Edén era un estar en ninguna parte; sin tiempo no hay espacio.

Apenas cruzar el umbral, estábamos en la cúspide del pico en extremo empinado del Monte Divino.

A nuestros pies, se extendía la inmensidad de la Tierra.

La vista era sublime.

Nuestros ojos *percibían*: el Sol comenzaba a desaparecer en el horizonte (a esconderse, como si él por primera vez también se hubiese sentido desnudo), el cielo se teñía de intensos colores, la piel del orbe se cargaba de tintes diversos, verdes, grises, azules, magentas, violáceos, dorados… El mar, el río, las montañas, la planicie refulgían por igual.

«Este es un universo —pude haber pensado, de haber estado preparada para hacerlo— que no se ahoga en sangre, en el que no se han desollado bestias, sobre el que no retumba el Trueno».

Caíamos y el recuerdo del Edén estaba presente en nosotros, en el hedor de las rígidas y pesadas pieles, y en la aspereza pegajosa de la textura de la sangre seca de las bestias, embarrada en nuestra piel. A su insípida sutileza original se había sumado irritante el crimen del Trueno contra las bestias adherido a nosotros. La comparación entre el Edén y la Tierra era ineludible: habíamos arribado al Paraíso.

Invisible por la distancia, el deambular de los gigantes y otros seres vivos, se hacía sentir, porque el pez, el insecto, el ave, el cuadrúpedo y el rastrero se unían con el Todo terrestre para celebrar la vida. ¡Oh, hermosa Tierra! ¡Mundo nuestro!

Resbalábamos en la arena negra de la ladera del alto pico del Monte Divino. Tras de mí, Adán, como yo a trompicones, tumbos, golpes.

Veíamos y caíamos, caíamos y veíamos. ¡Ay!, se imprimió el modelo de la percepción humana. Percibíamos desde nuestro torpe caer, aguzando los sentidos.

Contuvo nuestra caída una terraza. Detenidos en lo horizontal, respiramos hondo, nos faltaba el aire. Serenada la respiración, aspiramos dos o tres bocanadas en calma, y quisimos dar un paso para continuar nuestro camino y reincorporarnos al descenso. Los dos, casi simultáneo, tropezamos, ya no por la escarpada inclinación del Monte Divino, sino por nuestra flaqueza, como si esta fuese una fuerza mayor que la inercia gravitacional misma. Esto nos hizo detenernos, y fue un regalo.

Nunca he vuelto a ver un lugar así. Habíamos caído en el estrecho paso que mediaba entre dos imponentes lagunas borboteantes y sonoras, en la terraza trazada con arbitrario pulso, sin rastro de dobleces o irregularidades que son tan de la Tierra.

Una de las dos lagunas es rojiza, relucía tinta por el encendido cielo, la otra es de lava oscura, las dos borboteaban ardientes.

Habíamos caído en el tramo de negra arena que media entre las dos lagunas; medía algo como cuatro pasos por lo ancho y, como las lagunas, tenía el triple o cuádruple de largo.

Al final de la terraza, en las orillas de las dos lagunas, nos esperaba el Mundo iluminado por la luz poniente, en tonos ámbar, socarrona.

Las dos lagunas rugían sin pausa, dos monstruos vivos; sus aguas trazaban ondas, círculos, remolinos, embudos. Sus definidos bordes no daban la certeza de contenerlas.

Al día de hoy, los océanos siguen imitando el comportamiento enérgico, empecinado, de aquellos líquidos cuerpos que vi en aquella terraza.

Leí en la mirada de Adán el miedo. Temeroso de las dos líquidas amenazas ardientes que flanqueaban el estrecho tramo firme en el que nos apoyábamos, también temía el amplio y brillante Mundo a la vista, y lo empavorecía el cielo lleno de color. Se aferró firme a mi brazo, entre el suyo y el mío mediaban las gruesas pieles de nuestras respectivas vestimentas, pero aún sentí que se aferraba a mí ansioso.

Adán giró. No me opuse al giro: tenía curiosidad de saber cómo sería lo que acabábamos de dejar a nuestras espaldas, porque, al precipitarnos con tanta rapidez, solo había entrevisto la ruda y gruesa arena negra que, por nuestro roce, caía a la par.

Cara al Edén, Adán quería que regresásemos. Intentó avanzar. Lo retuve para observar el negro pico de laderas casi verticales por el que habíamos descendido resbalando. En su punta, sostenido del aire, resguardando el acceso al Edén, un ser de hermosura indescriptible, hecho de brillante polvareda blanca, resplandecía con difracciones luminosas de diferentes tintes. Era de forma similar a la nuestra. Llevaba en la mano lumbre viva. Su olor era también exquisito, y también complejo.

Viendo que yo lo veía, agitó su brazo, su fuego.

Por iniciativa de Adán, avanzamos hacia el empinado pico de arena negra que conducía a la puerta del Edén. Adán quería regresar al territorio del Trueno y, para conseguirlo, remontar la arenosa elevación —intento absurdo, porque, a menos que voláramos, era imposible subir por la ruda, casi vertical cima por la que nos habíamos deslizado cayendo, no había manera de aferrarnos para escalar su punta—. Yo me dejaba llevar por el empavorecido varón, porque deseaba tocar al Ángel.

Entonces, Adán notó al Ángel guardián. La visión lo golpeó, de su boca salió un quejido. No era el miedo presente en sus ojos y en su mano apretando mi brazo. En su quejido también había admiración. Tenía motivo, porque la brillantez que el Ángel tenía por cuerpo era bellísima.

Adán quiso dar un paso atrás, yo tiré de él y avancé, quería tocar al Ángel, palpar su cuerpo de luz.

Ángel, manzana: tentación.

Aclaro mi movimiento: yo no tenía ninguna intención de regresar al Edén. La visión del Mundo que se extendía a mis espaldas era maravillosa. Yo quería estar en la Tierra. Pero la bravuconería y la belleza del Ángel me provocaron.

La divina criatura reaccionó a mi aproximación agitando con mayor rapidez el brazo de fuego. No me amedrentó. Adán intentó retenerme. Me solté de su mano y me aproximé al Ángel. Este descendió hacia mí, aún más amenazante, aún más bello. Ardía tanto como el fuego que agitaba en su mano.

Cuando sentí en el Edén la atracción por la manzana, fue sin saber que tendría esa frescura crocante. El Ángel sí me enseñó sus cartas: él era el fuego, y esto me fue irresistible.

Abrí el pesado abrigo de piel en que nos había enfundado el Trueno, y, con la intención de exponer mi pecho y sentir al Ángel, para lo mismo alcé mi mandil de hojas carnosas de higuera aunque algo secas. Dejé mi

pecho desnudo, y con la piel sentí más la hermosura del Ángel, y más lo deseé. Estaba claro que no podía, como había hecho con la manzana, arrancar al Ángel mismo, llevármelo a la boca y morderlo. Deseaba tocarlo. Adán gritó atrás de mí; intentando remedar el retumbar del Trueno, con gritos me alertaba del peligro.

La visión de mi cuerpo desnudo reciprocó en el Ángel la provocación que yo sentía. Agitó con más vigor el blandido fuego, avivándolo y acercándomelo. Mi delantal, que llevara extendido con un brazo para desnudar mi pecho, prendió fuego, quemándose y quemándome. El fuego corrió enchispado por la carne de la hoja, y se demoró en sus venas (lámina en chispas, fuego en el raquis, diría el estudioso).

Arrebaté de mi cuello lo que pude del delantal en llamas, separándomelo, pero no lo solté.

Me arranqué del cuerpo el resto de las hojas, y envolví en ellas las que ardían sin la intención de ahogar sus llamas, para que siguieran ardiendo.

Así, una mano con mi carga de fuego (a mi manera, como un ángel), me di la media vuelta, y me acerqué a Adán. Él retrocedió. No vi su mirada, no entendí su movimiento. Temí que diera otro paso atrás y cayera en el líquido ardiente de una laguna.

Fijé la mirada en Adán para alertarlo, y entendió; supo leer de Eva que yo no era otro ángel, que yo le *hablaba* de la doble amenaza de las ardientes lagunas. Se detuvo. Comprendió, además, que ya que el Ángel guardián nos impedía avanzar para intentar la ascensión (de por sí imposible), no había oportunidad alguna de retorno.

Giré para ver otra vez al Ángel. Me arrojó con fuerza una piedra (más grande que mi cabeza), pasó rozándome el brazo y se estrelló a mi espalda, entre mis pies y los de Adán. El golpe la partió por la mitad. Tenía en el hueco de su centro cristales azuldorados que en sus pequeñas pirámides copiaban mal el brillo del Ángel.

Por el susto de la piedra a punto de pegarme, y porque las hojas ardiendo me quemaban, solté las de higuera. Con elegancia, como dotadas de sabiduría, bailando sinuosas, flotando descendieron a sentarse sobre los cristales de piedra angelina, esa amenaza hermosa que el bello Ángel me aventó y que quebrada en dos mitades las acogía en su cuna de cristales.

Uní las dos partes de la piedra cargadas de las carnosas hojas que ardían pacientes, lentas. Sus mitades no sellaban del todo, las orillas se le habían mellado con el golpe.

Acosté la piedra (de alma de dientes de cristal y de corazón ardiente) en un doblez de la piel animal con la que el Trueno me había vestido, y me envolví de nuevo en el bestial abrigo.

Adán y yo nos vimos a los ojos. Las miradas se tocaron y acordaron: seguiríamos nuestro camino abajo.

Pero la piedra angelina que cargara el fuego me quemaba el pecho. Vi a

nuestros pies un trozo de laja negra, lisa. La tomé (estaba helada), me abrí el abrigo de piel, y la interpuse entre mi torso y la piedra. A medio paso, advertí un segundo trozo de la oscura laja, la acomodé entre mis brazos y la piedra.

Nunca imaginó la higuera muda (de edénicas frutas inodoras e insípidas) el papel que le esperaba: ser cómplice del hurto del fuego. No estaba en su destino, se lo arrebaté y lo volví mío, mi creación.

Adán y yo bajamos un corto trecho, en mi caso con mayor dificultad porque no era sencillo llevar mi carga, mantener las dos lajas que me protegían del cuarzo en su sitio.

Paré, y paró Adán. Con un gesto, le pedí me diera las hojas de higuera que llevaba como mandil y faldellín, se las arrancó del cuello y la cintura, y me las entregó. Apresurada, separé sus correosas nervaduras ayudándome de mis dientes, abrí las mitades de la piedra, añadí las carnosas láminas de las hojas a las mías ya ardientes, emboné de nuevo la piedra y la até con las nervaduras.

Abracé mi carga, hecha ahora de dos trozos de laja y la fracturada piedra de cristales rellena con las hojas ardiendo, envuelta con las nervaduras de las de higuera de Adán.

Con más firmeza me envolví en la piel bestial. Adán hizo lo propio con su abrigo.

A Adán le urgía pusiéramos distancia con el Ángel, y avanzó apenas vio que yo podía seguirlo. Reaccionaba de nuevo al miedo, y el miedo lo enceguecía, porque el Ángel había ya desaparecido, no teníamos de qué huir, y Adán no había caído en la cuenta. Clavada la vista al piso, no quería ver la inmensidad, ni el cielo, ahora colorado, que se veía como si hecho de fuego.

Brincamos a la siguiente terraza.

11

La segunda terraza estaba recubierta de blanca nieve. El cambio de temperatura era extremo, el calor que producían las aguas hirvientes de los lagos de la terraza superior subía hacia el Edén, no irradiaba montaña abajo.

La recorrimos ansiosos (como si temiésemos aguardase alguna trampa bajo su piel de blanca nieve), y continuamos el descenso. Apresurábamos el paso, auxiliados por la inercia de la caída y los resbalones en la nieve. Nos deslizábamos como patinando, cuando no lo impedía lo anfractuoso de la pendiente. Corríamos cuando era posible.

Adán sacó de su abrigo las dos varas del frutal que había recogido en el Edén, se apoyó con ellas para avanzar y así se me adelantó.

Me esperó metros abajo, donde ya no había nieve, ceniza grisácea y suave acojinaba la superficie. El frío había arreciado.

Seguimos con pasos torpes, a grandes trancos —golpeándonos—. El terreno era irregular, menos claro a la vista, pues el cielo se pintó en partes de un azul más intenso, indicando que la noche ganaba la partida. Caíamos más, corríamos más hasta que la cuesta se tornó menos pronunciada. Pudimos detenernos y contener el impulso, la inercia de avanzar cuesta abajo.

Las pieles que nos cubrían se habían vuelto rígidas. A pesar del intenso frío, hedían, y nosotros con ellas. Por su rigidez, eran frágiles, en algunos de los tumbos las habíamos rasgado. La sangre con que nos habían bañado al vestirlas ya no era pegajosa, sino que nos barnizaba de una sensación de aspereza, extraña e irregular, también picante. Y así, estando en pausa, sopló un golpe de viento helado que despejó alguna nube del cielo, y nos abrazó con otra luz, una luz áurea, platino, la luz lunar.

Seguimos la pendiente, cayendo continuo.

Sobre nosotros brillaba la Luna en lleno.

Lloré lágrimas de frío. Fue una reacción del cuerpo, no una expresión de dolor. Llorar tardaría en madurar y volverse otra manera de hablar, de decir lo que no es fácil poner en palabras. Ahí, expresaba el pesar del ser que solo tiene el habla de las cosas.

Sin ese primer llanto de mi ser-cosa, el llanto, como lo entiendo hoy, no podría existir. Me enlazó entonces con los seres sin lengua y sin vida.

Nada es tanto como llorar: al morder la manzana, nos convertimos en esto que somos; con ese llanto, nuestra conciencia se volvió involuntaria. Sentir se volvió parte de nuestra naturaleza inconsciente.

En la carrera, no alzábamos del piso los ojos, vueltos seres de miedo. Yo me había contagiado del sentir de Adán. Aunque lo adánico y lo eváceo siempre han sido distintos, sí me contagié de lo suyo durante esa etapa de la caída.

El contagio no nos volvía un solo ser. Adán y yo marcamos para siempre una diferencia, simple y absoluta: cada persona, por efecto de aquella mordida mía, cada uno de nosotros es distinto al otro. Entre todos los descendientes de Eva tampoco hay dos seres idénticos. Nadie, ni los gemelos monocigóticos.

Pero es cierto también que, unidos de una u otra manera, somos a ratos espejo del otro. Ahí, en aquella carrera, yo fui por un tramo el espejo del miedo de Adán.

El brillo de la Luna nos acompañó ese trecho de nuestra carrera abajo.

Tras la Luna llena, lento volvió a aparecer el Sol. Y nosotros seguimos corriendo. Tras el Sol, la Luna regresó con su brillo, las hojas de los árboles y los pastos dieron reflejos de plata.

Corríamos sin detenernos, sin dejar de sentir y percibir lo que nos rodeaba, excepto cuando caíamos en cortísimos estados catatónicos alternativamente, nunca al unísono Adán y yo; nos ocurrían de pie, el catatónico dormía profundamente por segundos, mientras que el otro, deteniéndose, seguía con la mirada vigilante lo que nos rodeara, y de ahí a seguir corriendo, sin tomar respiro.

Apresurados, caminamos con la luz platino o con la desalmada del sol, hasta que una noche nos abrazó la más completa oscuridad. Tuvimos que detenernos.

El cielo se comió la Luna. La noche lo era todo. Noche total: para nosotros una desconocida. No se asemejaba nada al medio día perpetuo del Edén.

Nuestro temor cambió a pavor. No nos formulábamos la pregunta que se arrellanaba silenciosa en nuestros huesos: ¿nos habíamos quedado sin luz para siempre? ¿Viviríamos envueltos de oscuridad? Por ese nuevo temor, me acerqué a Adán. Sentí que él temblaba.

Su temblor me sacudió el letargo que produce el pavor. Saqué del amplio abrigo bestial mi carga con la piedra angelina. Me acuclillé y la acomodé en el suelo. Desaté el bulto, abrí las dos mitades de la piedra angelina. Las chispas saltaron, iluminando a su lado algunas yerbas de tallos rudos y delgados enredosos en nuestro seco entorno. Las yerbas eran correosas, pero estaban secas, las quise trozar y cedieron. Las acerqué a las brasas de higueras, soplé sobre ellas y ardieron; produjeron más chispas.

Adán tronchó las varas secas que traía desde el Edén, se acuclilló a mi lado, acercó un par de sus trozos a las chispas. Soplamos ahora los dos, avivaron los rescoldos y obtuvimos fuego, llamas gordas y naranja.

Respiramos hondo. Habíamos corrido y corrido sin descanso, sin pensar, quién sabe cuánto. Nos vimos el uno al otro, acuclillados malamente, vestidos con los abrigos, bolsas bestiales. Crepitaba el fuego. El tiempo cambió de ritmo.

Se levantó Adán, reunió hojas secas, apilándolas con más delgadas ramas rotas, secas también. Con las lajas, moví las que ya ardían sobre la

pila que Adán hizo. El fuego creció, y más porque lo alimentamos con otro trocito de las varas edénicas que cargara Adán, y que volvió a darnos la excepcional llama naranja.

Nos volvimos a acuclillar al lado del fuego que no robamos de los dioses, que sin quererlo me había acercado el Ángel.

El fuego fue un momentáneo mediodía. Nos borraba el miedo de la noche que creíamos eterna. Jugueteando con las llamas, nos supimos juntos. Jugueteamos más, el abrigo de Adán casi prende fuego, yo medio me quemé un dedo por entrometerme en la hoguera para salvarlo, y viendo nuestras torpezas remediadas (bastaba separar lo que iba a quemarse de la llama directa), reímos por primera vez.

Reír por vez primera: eso, con la manzana y el llanto, nos fue dando forma y espíritu. La manzana, forma. La risa, espíritu. El llanto, entre uno y otro, mezclándolos.

(El gusto, el placer, la manzana. El frío, la carrera, el llanto. ¿Quién tiró del hilito de la risa? ¿Qué poder nos dio ese sentido sublime, el mismo que nos dona el apetito de belleza? ¿Fue un efecto dilatado del sentido de las palabras de los árboles edénicos?).

Ante demasiado azoro, no di importancia a los puntos de dolor que sentí en la piel del torso y las manos por la piedra que cargaba el fuego, ni los que tenía en el dedo, pequeñas o medianas quemaduras.

Lo que sí hice fue encontrarme la semilla de la única fruta sípida del Edén, la tenía adherida por el sudor a los vellos de mi axila. La sentí; la volví a guardar en el mismo rincón de mi cuerpo.

13

La noche llegó acompañada de múltiples sonidos; por desconocidos, unos se nos mezclaban con otros. El crispar de la fogata los agrandaba y los confundía.

El Edén era el silencio, un lugar mudo, excepto por los retumbares o interjecciones del Trueno. Lo primero que oí que escapara del croar del Trueno, fue la crocante manzana, lo segundo, las palabras de los árboles, lo tercero, el borboteo de aquellas dos lagunas ardientes, que no percibí cuando pasamos entre ellas la segunda vez, por la atención puesta en el fuego, pero que sin duda daban ese sabor especial al momento. Pero fue hasta la noche total, la que pasamos frente a la hoguera, cuando comprendí que nos envolvía un mundo sonoro. Con (y de) los árboles, nació la lengua; entre las dos lagunas, nació la música del Mundo, porque fue la primera vez que oímos el canto de la Tierra, y fue durante nuestra primera noche, por la oscuridad, que presenciamos su confirmación: la música era parte de la vida nueva. Aún no lo sabíamos, porque nos hacían falta las palabras.

No repetiré el miedo o el temor, mi percepción no era toda un solo sentir, un «tengo frío», un temer o un asombro y gozo ante el fuego. Percibíamos que estábamos en el Tiempo, estábamos en la Tierra, vivos, frágiles —esto último me lo recordaban el dolor de las quemadas y el de los golpes por la caída y los tropezones en las carreras—. Ya no éramos eternos habitantes del lugar en el que todo era incorrupto, divino, obediente, sin voluntad, sin bien ni mal, sin vestido, sin olor, sin sabor, sin palabras, en silencio e insolente, sin carne.

La hoguera crepitando se nos volvió familiar y acogedora. Nos recostamos; quedamos dormidos.

Aquí empezó lo más extraordinario de esa noche: soñé. Sabía que estaba soñando. Le cuento aquí el último de mis sueños (el que pude retener porque los otros pasaron como ráfagas sin cola para poder agarrarlos).

En la planicie (que aún no conocía en la vigilia, pero que veo espléndida en el sueño), estoy desnuda. A mis espaldas, el Ángel (polvo blanco iluminado) me reclama el hurto de su fuego, quiere castigarme. No le argumento, sé que su acusación es injusta, yo no le robé nada a él: el fuego no se roba, no es una entidad divisible.

Echo a correr, y él tras de mí, llevando en una mano su espada sin lumbre, y en la otra la manzana. Lo veo como si fuera enfrente de mí, aunque corra a mis espaldas. Me amenaza con el filo de su arma, no me arredra, yo deseo la manzana. Agita su espada, esta prende en llamas. El fuego distrae su atención. Lo tomo por sorpresa, y le arrebato la manzana. El Ángel parece solidificarse, como si se convirtiera en estatua. Acerco la manzana al fuego de su espada. Él tiembla ante mi atrevimiento, pero no se echa atrás. Yo tampoco, a pesar del calor intenso en la mano. El Ángel sigue en un punto fijo y temblando blande el fuego en su brazo inmóvil. Recojo una vara del piso, clavo en esta la manzana, con la extensión de mi brazo la acerco aún más a la espada en llamas.

Retengo la manzana en el fuego, esta despide un olor distinto a cualquiera jamás percibido, el grato aroma a manzana asada. La sostengo todavía más en el fuego, la cara me arde. La manzana cambia de color. Cuando su perfume se torna en el de la cáscara quemada, la retiro. Me doy la media vuelta. Me alejo del Ángel inmovilizado.

El perfume de la manzana, sazonado con la suave intensidad de la cáscara ennegrecida, lo envuelve todo. Es tan poderoso que apaga la intensidad del Ángel.

Despierto.

Es aún de noche, pero el cielo pinta azul. El mundo no huele a manzana asada y dorada. Adán duerme a mi lado, enfundado en su abrigo.

Éramos dos en el ancho mundo, sin guardián, sin protector, sin vigilante, pero con el fuego a nuestro lado. Acostados ahí, inermes, el fuego nos escudaba de las bestias. Aún resplandecían las dilatadas brasas de las ramas y hojas de la higuera del Edén, allá había crecido la fibra resistente de su apretado tejido, bañado de su ser sin tiempo.

Me incorporé y me acuclillé frente a la hoguera. Soplé sobre las brasas, agregué otro puño de yerbejas secas, las llamas se encendieron. Me levanté y di dos pasos, dejando el fuego a mis espaldas. La oscuridad se sentía inmensa e inmenso el cielo. Me acerqué a Adán. Me quité el severo abrigo que el Creador nos había hecho, y con la misma ágil rapidez, entré al que, como una bolsa, contenía a Adán. Lo cerré sobre nosotros dos con cuidado. Enfundados en un solo abrigo bestial, estábamos los dos desnudos y resguardados del frío.

Sentí la piel de Adán, su suave piel de niño perpetuo. Pasé mi lengua por su piel. No era lo mismo que el sabor de la manzana, pero había algo ahí. Le planté un remedo de mordisco en el hombro, y lo desperté. Mi gesto lo nombraba varón y mi compañero.

Era aún noche profunda. Los dos estábamos despiertos. Como si nos percibieran, los pájaros empezaron a piar. Nos dieron la bienvenida al Mundo los cantos de las aves, algunos de tenaz y repetitiva sonoridad. Los cantos —otra música— eran otra lección de lengua. Parecían hablar de algo que estaba íntimamente ligado a la escena que pintábamos yo y Adán, desnudos en un mismo abrigo de piel oliente, desconcertados.

Adán se aferró con sus brazos a mí, algo temeroso pero contrario al miedo. No fue nada grato para mí. Alcé la vista e imité, como pude, uno de los cantos pajariles. El cielo se entreveía morado como una herida entre hojas enormes de arbustos. Cambié a imitar malamente otro cu-cu-uu. En el ya azul cielo vi cruzar un punto de luz, tal vez una estrella fugaz. Adán me soltó, se escurrió de la piel que compartíamos, y se enfundó la mía que había quedado al lado. Así cubierto, se acuclilló frente al fuego, removió las brasas y las alimentó. Guardé silencio. Cerré los ojos. Volví a quedarme dormida, ya sin soñar, imagino que solo por unos pocos minutos.

Desperté. Sentíamos sed, una sensación exasperante. En el Edén no conocimos la sed ni el hambre. El azar nos había llevado a dormir a escasos tres pasos de un ojo de agua que brotaba de una pequeña boca de piedra en un ángulo casi vertical de la pendiente. Nunca habíamos tocado el agua, pero morder la manzana nos había dotado de intuición. Acercamos nuestras caras al chorro de agua, los dos a un tiempo. El agua era helada. Reaccioné a su temperatura separándomele. Adán, no; bebió primero. Volvió a beber, su expresión era de satisfacción y gusto. Vencido el desagrado por lo helado del líquido, seguí su ejemplo, de inmediato sentí el alivio de la sed.

Nos recostamos en un descanso al lado del ojo de agua. Todo nuestro alrededor sonaba, las hojas al moverse con el viento y el paso de los animales, el brotar del chorro, el suave viento. Por primera vez vi la araña y su red, contemplé el caminar del gusano y otros insectos de los que desconozco el nombre, porque tampoco había insectos en el Edén. Adán volvió a beber. Dijo: «Bebo». Y esa fue la primera palabra que usamos para mentar el agua, el chorro, la sed.

Bebo. Aún *bebo*, aún tengo presente esa sensación que mezcla la necesidad y la urgencia, con la dádiva, la opulencia natural, los contrastes de sensaciones —el frío doliente, la saciedad de la sed—.

Al pie del chorro de agua, y un poco a su lado, se formaba un pequeño estanque. Me recosté dándole la cara y vi mi reflejo, asustándome primero, pero reaccioné de inmediato cuando Adán se asomó hacia el ojo de agua y vi ahí su imagen también.

Toqué mi cara, mi imagen reaccionó desfigurándose. Estuve largo rato viéndome. Adán no prestó importancia, dejó el ojo de agua y se tendió, la cara al Sol, enceguecido.

Dije la palabra *Eva* para nombrarme. Adán la repitió sin voltearme a ver. Lo nombré a él también, lo llamé *Adán* porque así quise, Adán, mi compañía. No repitió su nombre. El primer nombre que fue dicho dos veces es el mío, el de Eva. Se auguraba su continuidad.

18

El fuego mantenía a raya a las bestias. No lo dejábamos amainar cuando no corríamos cuesta abajo. Fogatas, antorchas, brasas a resguardo: nunca lejos nuestro. Asocié su ser con el ser nuestro, intuyendo nuestra fragilidad, la necesidad que teníamos de agua; la dependencia nuestra.

Sin fuego, dormir hubiera sido imposible; sin dormir no hubiéramos tenido los sueños que este provoca, ni el duermevela, ni esa conciencia que tiende un puente entre aquel universo —el del sueño— y el de la vigilia. El puente que produce una sólida, extensa verdad con influencia definitiva sobre la vigilia: la imaginación.

Había más ahí. El fuego comprobaba la diversidad de elementos: tierra, agua, aire, fuego.

Y aún algo más: el sueño.

19

Los dos, Adán y Eva, atesorábamos las palabras, las repetíamos, creábamos otras. Sobre todo cuando no estábamos afanados en otra labor, jugueteábamos con ellas, las alterábamos.

Entendimos el ansia de no hacer porque era la de estar con las palabras. Al no hacer, nos hacíamos. Las palabras acompañaban la contemplación, la observación, el azoro, también la sorpresa. Después, las requerimos cuando nombraban alguna necesidad, y a utilizarlas como herramientas.

Entre la observación y la utilización con las palabras, comenzamos a crear nuestra propia música, primero con las vainas secas que contenían semillas, con las varas huecas, con las pequeñas piedras que, al rasparse entre ellas, producían un sonido más agudo, y con las tiras sacadas de las fibras vegetales.

Nombrábamos como brota el agua del subsuelo, como si las palabras se elaboraran en nuestro cuerpo, como si ahí fueran talladas, cortadas, pulidas, cosidas, curtidas por cuanto hay adentro de la piel, y exhibieran su pureza al llegar a los labios. El aire que aspirábamos cobraba forma verbal en las entrañas, y forma auditiva al regresar. Poblábamos la Tierra de palabras. Los árboles, las plantas, las bestias convivían con estas, algunos seres vivos tocados por el efecto que en su ser tenían las sílabas.

Los días pasaron acompañados de las palabras. Por ellas supimos observar que la Luna crecía y se adelgazaba con regularidad, que la oscuridad nocturna no era arbitraria ni definitiva, que el Sol se ocultaba en un punto y regresaba al buenos días asomándose desde el amanecer.

Sopló el viento. Cayó una tempestad de esporas tan espesa que no la traspasaba la luz solar. Otra forma de oscuridad cayó en nosotros. Era blanca, totalmente blanca, impedía que nuestros ojos vieran nada más que su blancura espesa. Era corpórea. Irritaba al respirarla.

Cada ráfaga de aire traía más esporas que nos cegaban. Ya no eran visibles la tela de araña, las hojas de los árboles, la ladera o nuestro reflejo. Entre nosotros y las cosas inmediatas había una cortina de oscuridad blanca, una oscuridad brillante. Aspirar la blanca oscuridad, carraspear y toser, dejar de ser visibles el uno al otro, como si sombras blancas y sin ojos…

Los árboles afuera del Edén callaban: suplantaban la lengua por su pertinaz afán de reproducirse. Sus esporas suplían a las palabras. Trazaban formas al caer, formaban cuerpos y bloques, se separaban de pronto y se reunían aglutinadas. Eran palabras de multitud, palabras gritadas, palabras que ciegan.

Cubiertos con esa cortina blanca, por ese griterío silencioso de los árboles, nos desvestimos de nuestros abrigos bestiales. Desnudos, no veíamos nuestra desnudez. Había un placer de ser anónimos y parte de ello. Adán, sobre todo Adán, lo disfrutaba.

Yo añoraba volver a tener ojos y palabras. Ocupaba mis manos mientras mi ser adormecido en esa noche blanca sentía corroerse. Tomé algo que encontré —sabría después que era un hueso de buitre leonado—, lo tallé. Le sorbí toda la médula, y quedó bien hueco. Soplé en él. Sonó algo. Le abrí una pequeña apertura a su costado, y después una segunda. Soplé de nuevo en él: ahí estaba el dulce sonido de una nota inestable y aguda.

Esa fue nuestra primera flauta.

21

Llovió. Torrencial, tremenda, jubilosa, sonora, magnánima, la lluvia que no era aire ni era preciso como el agua ni era tampoco tierra, otra materia me pareció, precipitada, veloz, insistente, parlanchina, inexplicable. Me seguía, me perseguía, yo la quise, ella se fue sin avisarme.

Se despejó el aire, quitándosele la blancura ciega con que nos había atosigado. Volvimos a ver el mundo.

El clima era perfecto. La transparencia del aire y el silencio que la acompañaba, poder ver al ave volar y saber qué me rodeaba, cambió por entero mi ánimo, para bien.

Fue la primera vez que bailé.

—El primer día que Eva bailó, fue porque sí, porque el viento sopló quedito, porque las hojas de los árboles se mecían. Ya no había manzana impresa en ella (la recuerda ahora que es vieja, cuando su vitalidad dormita). Entonces, dejaron de importarle el fuego, la semilla que había hurtado del Edén, las raíces comestibles, el lobo acechando, el buitre, o Adán. Aunque es posible que Eva empezara a bailar cuando alzó la vista y vio entre ella y la bóveda celeste múltiples voladores. El mosco, en diversos tamaños y formas, se columpiaba bajando los escalones del aire en bruscos brincos. La mosca, el moscardón, la mariposa, el pájaro de diferentes colores y formas volaban con la ligereza de quien cae sin desplomarse, como aquellas gordas hojas encendidas que Eva dice eran de higuera cuando prendieron fuego, cuando trocitos de estas se alzaban encendidos en el aire. Bailó al son de las vainas de semillas secas que meneaban sus manos bailarinas.

—Eva repetía palabras como si una percusión más para animar su baile.

De continuo decía:

«La serpiente es el bien: cuida bajo tierra el agua.

»Hablando encabalgada a su ritmo, contaba a ritmo la historia de la manzana».

Morder la manzana, llorar de frío, reír y bailar: nos íbamos volviendo esto que somos.

22

Adán duerme de día bajo su abrigo bestial, cuando se le acerca un bichito, como un suspiro zumbador, con tres rayas perpendiculares y doradas en el cuerpo. Lo veo con curiosidad. Zumba. ¿Es rayado para mostrar que el camino de su vuelo es una irrupción, para decir que él cambia donde camina? Lo sigo con la mirada. Va directo hacia una florecilla pálida del arbusto. Bebe de ella. Va a la siguiente. Regresa a Adán, de quien no bebe, pero cuyo olor parece también gustarle. Revolotea alrededor de Adán, zumbe y zumbe.

Adán despierta, lo ve y lo nombra: abeja. Yo repito: abeja. Tras esta, aparecen otras. Las abejas se hicieron presentes en nuestra vida antes de mostrarnos su valía.

23

Descuidamos el fuego. Una bestia en cuatro patas, enorme y espantosa, dando coletazos con su gorda y larga cola. La tierra tiembla con cada uno de sus pasos. Va aplastando toda verdura, y el suelo mismo parece resentir su paso. No tuvimos tiempo de nombrarla. Pergeñé la piedra guardiana del fuego en la que puse un puño de brasas, y los dos nos echamos a correr. En las prisas por salvarnos, dejamos atrás nuestros abrigos.

La bestia se encamina bramando tras las vestimentas de piel bestial que habíamos traído del Edén. Su olor es lo que la atrae (¿tal vez también a la abeja?). Alza los abrigos con su hocicote, y con estos prensados en sus fauces sigue bramando, sus patas golpean el piso sin moverse un punto.

Huimos de ese lugar, sin ver ya más atrás.

Ignorábamos que no nos sería tan fácil dar con lugar en que pudiéramos saciar la sed.

Pasamos por días ansiosos.

Fin del segundo libro

Un papel:
Huimos, pero recuerdo, antes de seguir con mi historia, que yo estuve ebria antes de probar un trago. ¿Quién no lo hubiera estado, en mi lugar? Algún poeta me describió asombrada, otro me dijo confundida, otro hechizada o seducida, hubo incontables que hablaron de mi maldad o perversión, de mis pactos con las fuerzas oscuras que, hoy se da por cierto, dieron la forma fugaz al universo. (Forma fugaz que creemos infinita y eterna, pero no es ni uno, ni otro. El universo en perpetua expansión, cabe en un dedo y es cosa del pasado. Vemos su fuga, una infinitamente porción de esta, y vivimos diminutos en su inmenso estallido, creyendo que hacemos y deshacemos, y que somos Historia).

De todo aquello que me han llamado los vados, yo prefiero «asombrada», pero no va al caso: lo mío era ebriedad.

Imagino que antes de abrir la boca, el olor del fruto me emborrachó. Mis recuerdos del instante de mi primera mordida quedaron bañados en ebriedad.

Era la primera vez que alguien veía, que alguien advertía, que se percibía. Los seres a mi alrededor tenían las cuencas vacías de visión. La realidad era de ciegos y no existían los sueños. Nadie, nada formulaba una imagen, ni sentía un rayo de luz, movimiento, gases, materia, o su hacedora, la antimateria.

Yo fui la primera que vi. Y la primera que imaginé porque vi —o pude ver porque imaginé—. Dije que el arriba quedaba arriba, que el abajo está donde está y el medio en su sitio. Pero esto no fue inmediato. Lo primero fue ver.

—Nunca dijiste, Eva, «los quiero más que a mis ojos». Nunca.

Otro papel de Eva:
¿De dónde a dónde, cómo y con qué cosieron las hojas de higuera? ¿De ellas a ellas mismas? ¿De los labios de Eva a los de Adán? ¿Del Cielo a sus cuerpos? La versión conocida no precisa:

«Cosieron hojas de higuera».

Yo he cosido hojas de higuera. Hojas de higuera he cosido. Coseré hojas de higuera con higuera, con cuerpo mío y de Adán, con cielo, e incluso con turbios torpes, con todo coseré, porque coser es bordar, es dar sentido, entender, interpretar, imponer, casar…

Otro:
Mi nombre completo es Eva Hawa. ¿Que antes me llamaron varona, pero yo no atendí ni respondí nunca a ese nombre? Inútil preguntármelo, la

respuesta prudente sería «no, que yo lo sepa». La imprudente, es decir: «En mí está el principio».

Otro:
Nunca fuimos polvo inerte.

Otro:
Adán extendió su cuerpo sobre la tierra y apoyó en mí la cabeza. Su gesto me hizo pensar en la manzana. La memoria de la fruta crujiente picaba mi lengua y mi paladar. Pronuncié mi primera palabra, incitada por ella, e inspirada en el habla del árbol. Le dije a Adán dos sílabas que querían decir: «noche». Adán las repitió: «noche». Levantó la cabeza. Me vio a los ojos. Iluminados por las llamas de nuestro pequeño fuego, vi algo en ellos que no había visto antes, y supe, aunque no pudiera yo aún decírmelo, que amaba, y que esto, y el cansancio, la emoción, tantas percepciones nuevas y la también nueva sensación del paso del Tiempo, nos tenía extenuados. Caímos dormidos

(siento:
que al amor me he confiado,
soy el animal pescado,
no tengo rumbo,
soy el animal valiente,
pero, abierto el cuerpo,
entregada al amor
soy, por un momento,
o creo ser,
aquello que escucho).

Otro (versión ligeramente distinta de un pasaje elegido ya):
El Trueno se manifestaba como una piedra que cae, no pronunciaba palabras, no existían verbos, adjetivos, eran como si retumbaran largos aaaahes u oooooohes de temible garganta, como si paletadas o hachazos, como martillazos; no guturales, no salidos de una boca sino como emitidos por un arma o la pólvora.

Otro:
—Tú nos contaste, Eva, que después de la caída, aunque tenías ya la boca vacía, el oído quedó despierto y que oíste voces, o algo que después emparentaste a voces o campanas, algo parecido a la música. Que creíste que vendrían del Ángel aquel, el guardián del Edén. Que pensaste que sus alas producían un sonar metálico, como si un badajo golpeara contra el

cuerpo de la campana, que con su boca severa exhalaba un sonido que parecía risa calma, las voces varias, la conversación que se escucha a la distancia, en la que es imposible distinguir la lengua. Era un sonido armónico, con ritmo, bello, infinitamente bello.

—Cierto, aunque nos dijiste también que «al correr, no percibí más sonido que el rozar mi oído el aire», porque no era aire lo que nos rodeaba en el Edén, sino un vacío tibio, un vacío».

Otro (de otra hija de Eva):
Los árboles arrojaban inmensa cantidad de esporas masculinas y femeninas, para que alguna encontrara en cuál fecundar. Necesitaban el exceso para reproducirse mínimamente. Eso volvía noche blanca al día.

Eva aborrecía la noche blanca de la espora que duraba todo el día y toda la noche, y que volvía el respirar una continua irritación; odiaba ese manto, esa cortina que tendían a todo lo ancho y lo largo los árboles y los cereales.

Por esto, Eva engendró primero una cosa inmensa, basta, burda, sin gracia, con un tubillo en la trompa, y toda ala. Era un protoinsecto, pesado y volador. Pero tras varias camadas, Eva obtuvo al ser que volvería el aire traslúcido, que correría la blanca cortina que hacía nocturno al día: la abeja. Ella, la abeja, sería, además, bella y proveedora y dadora de placer, porque de la abeja es la flor y es la miel.

La abeja hizo el viaje infinito más expedito, más directo, La oscuridad blanca de la espora quedó inútil, innecesaria. Nació la flor en abundancia, sobrevino el frutal.

Los hongos odiaron a la abeja desde un principio.

El humano volvió a ver la luz sin la blanca cortina opaca, y respiró hondo. El paisaje a la distancia reapareció, como si de pronto la Tierra quedara reducida a un tamaño gobernable.

Después de intentar y conseguir seres muy diversos, Eva pensó tenernos, y así fue que naciste tú, Caín, el primer humano, mi hermano y marido, mi protección y a quien yo protejo, mi compañero y alegría, y mi desgracia.

De otra hija de Eva:
Esto fue lo que me contó a mí Eva. Es su verdad:

que un día se encontró en el fondo de la orilla del río una ostra más grande que las vecinas, más redonda, más opulenta, las estrías marcadas muy oscuras y profundas. Sus vecinas parecían tan pálidas, eran tan pequeñas, que Eva no dudó en tomarla.

«Ella», me dijo Eva, «tenía que ser la primera de su especie, como yo de la nuestra». A sus ojos, esa ostra era la Eva ostra.

Su comentario me irritó. Yo era más que sus pares, engendrada por ella —por Eva, que sin mano amiga—, y quise dejar de oírla. Añadió, como leyéndome el pensamiento, «había algo insospechado en la ostra; pesaba como cargada de una robusta perla, aún más, como si fuese una perla de metal fundido. En cambio, la ostra misma se adivinaba ligera como el oro, aunque fuera más gruesa que las demás».

Eva acomodó la ostra en un cuenco. Derramó sobre ella el jugo de tres limones. Un chorro de agua y sal. Algunas yerbas olorosas, de aquellas ásperas que son imposibles de mascar. La puso al fuego.

La ostra se abrió un poco, rodeada y protegida de las yerbas como si se las engullera al tiempo que pelaba el ojo.

Eva tomó entre pulgar y pulgar las conchas de la vulva, y develó del todo sus secretos. No había adentro una almeja, sino un extraño animal de largo cuerpo. Cocido por el caldillo de yerbas y limón, no se había encogido, sus colores exaltados. Parecía hablar.

«Quiero les quede claro: entonces nadie hablaba aún. Decíamos ya palabras, pero eso de realmente hablar, no era…».

Me describió lo que había en aquella ostra. El habitante era cercano a un pulpo. Al sacarlo, cocido pero aún con el aspecto de un ser vivo, vio que tenía tentáculos, en estos con qué succionarse. Lo tocó. El ser reaccionó, uno de sus brazos rodeó el dedo que le había aproximado. Y ella supo lo que el ser le decía:

«Hagamos monstruos».

Entonces, me dijo Eva, llegó la temporada de los monstruos. Enormes seres que engullían a cuanto manifestara movimiento.

Se comieron incluso al viento. En su lugar, brotó la niebla. Los monstruos empezaron a engullirse unos a otros. Se comieron la oscuridad. Después, se comieron la luz. Tanto habían comido, que uno de los voraces expulsó un gas, o algo similar, y se hizo la luz.

Ante la visión de lo que estos monstruos habían dejado, Eva huyó. No pudo describirme el páramo que vio antes de escapar.

Otro:

Eva huyó hacia el mar. Temió el agua, creyéndola llena de esas ostras que acunaban seres que darían a luz monstruos con su complicidad. Estaba muy consciente de que ella también era cómplice del nacimiento de los voraces.

Y entonces, me dijo Eva, por primera vez en su vida, lloró. Fueron las primeras lágrimas en la Tierra. Ahora cuenta otra cosa.

Otro:

(Y dijo Eva: «¡hagamos monstruos!». Entonces la que modela todas las cosas dio a luz serpientes, monstruos de fauces inmisericordes).

Libro tres

Descendimos los altos picos escarpados (del primero y más inaccesible, a otros de empinadas pendientes también escabrosas), moviéndonos en el bosque de inhóspitas cimas.

Reconsidero la calma de nuestro caminar; habría sido imposible avanzar con acierto si hubiésemos sabido los peligros extremos que corríamos, nos habría cegado el terror. En cambio, la iluminación de nuestro desconocimiento nos dio a Adán y a mí un sostén para el avance.

Insignificantes desde la altura mayor —mi atención puesta en la magnífica extensión de la Tierra, y no en lo que se interponía entre ella y nosotros—, el laberinto de cumbres en que descansaba el Monte Divino era inmenso, una altísima y extensa muralla con rudos torreones altísimos. Además de algunas terrazas o entresijos, y descansos como el que he descrito, entre los declives había también llanuras, que nos permitieron durante nuestro descenso gozar de los dones terrenales.

Quede explícito que brincar de uno a otro pico y descender de la áspera cordillera no fue insignificante empresa, y su valía no era nuestra responsabilidad porque la habíamos emprendido a ojos ciegos.

Como se ha dicho ya, algunos de aquellos cuerpos de roca y piedra guardaban agua, y era a su pie donde encontrábamos el mayor solaz. Llevábamos como a un tesoro las brasas guardadas en la piedra angelina, y como a una maldición la sed.

Aves formidables simulaban columpiarse en el aire, sus polluelos piaban desde las pequeñas cavidades de los acantilados. Enormes cabras huían a nuestro paso. Una especie de simios violentos, agrupados y siempre hostiles, nos acechaban cerrándonos continuo el paso. Imitando al Ángel, los espantábamos aventándoles los pedruscos que había a la mano, después debíamos correr para remontar el paso que ellos querían impedirnos. Durante trechos llevamos en las manos antorchas que impedían la amenaza de los simios, y al descender algo más de altura fueron nuestros escudos contra otras bestias fieras.

Deben haber sido dos jornadas de que dejamos el refugio, cuando dimos con una trenza de agua alborozada que brotaba de una rocosa ladera. Que saciara inmediato nuestra sed fue lo primero; el chorro de agua se asentaba sobre la cuesta, tornándose en un arroyo de espuma blanca, y decidimos seguir su paso.

Conforme avanzamos, el blanco arroyo crecía, se hacía más ancho, y su caudal parecía descender aún con mayor premura; se deshizo de la blanca cresta con que se vistió al principio, era traslúcido, y no venía solo, lo poblaban pececillos, renacuajos y otros seres vivos, algunos aferrados a sus orillas, otros saltando a contracorriente o pareciendo dormirse con esta.

El arroyo nos ignoraba, pero no sus habitantes; bastaba con que metiéramos en él la mano, o que nuestra sombra se les acercase, para que se retiraran de nosotros con disgusto. Más aves, ahora de largas patas, y animales furtivos (las cabras de enormes cuernos, los felinos que las acechaban) se acercaban a beber al río mientras bajábamos con él la cuesta; estas también huían de nosotros, si no a nuestro paso, sí cuando agitábamos hacia ellas las antorchas.

De pronto, el riachuelo se escondió de nosotros. Se sumergió. Seguimos bajando, ahora siguiendo el trazo verde que generaba su camino subterráneo, al humedecer la tierra que lo cubría, germinaba las semillas. Aquí y allá brotaban diminutos ojos de agua, no como aquel primero, estos sin fuerza, teñidos del color de la oscura tierra; por no tener alternativa, de esa bebíamos, y cuando era día de lluvia, de las gotas que dejaba en las hojas que las capturaban, verdes cazuelas.

Llovía seguido. Cuando la lluvia se acompañaba de vientos helados, nos guarecíamos en los resquicios que encontrábamos en la cordillera del Monte Divino, por salvar las brasas que cargábamos en la piedra angelina, y porque la temperatura descendía, al estar desnudos, guardarnos ahí nos hacía el frío más soportable.

En una de esas ocasiones, nos vimos en una caverna. Su descubrimiento coincidió con lluvia prolongada; aún no siendo paradisíaca, nos instalamos en ella. Fue nuestra primera casa.

En la cueva, sin necesidad de antorchas, quedamos a salvo del ursus, los simios, el leopardo y otras bestias. Menos acosados, buscamos alivio a la irritación que nos provocaban nuestras desgastadas pezuñas.

Estas habían funcionado como tracción y afiance, el tanto caminar había dejado ya parte de nuestros pies descalzos. En los bordes desgastados de las pezuñas, se formaban filos hirientes.

Las pezuñas, pues, nos lastimaban. Tallamos sus filos, valiéndonos de piedras ásperas relativamente lisas. Ya solo quedaban como aros alrededor de nuestros tobillos.

Fue gracias a la necesidad de pulirle los bordes cortantes a lo que restara de nuestras pezuñas, que Adán hizo en esa cueva nuestro primer fuego, pues queriendo adelgazar el borde de una de las lajas que usábamos como guardianas de la piedra que cargaba el fuego (áspera piedra, ideal para pulir uñas), Adán la frotó contra la blanca pared de la cueva. La negra laja no se dejaba modelar, pero de su roce con la piedra blanca brotó una chispa.

Adán la talló contra la piedra de la pared, salieron numerosas chispas. Siguió haciéndolo, regocijado. Me acerqué a las chispas que caían: quemaban. Tomé un puñito de hierbas secas que ahí habíamos guarecido, y extendiendo los brazos las acerqué a las chispas: se contagiaron de su ardiente crispar. Las puse al suelo, exhalé con cuidado en ellas, Adán las nutrió de más y de ramillas: hicimos fuego.

Nos regocijamos. Continuamos soplando en las llamas para alentarlo. Nuestro aliento, acompañado de la repetición de largas vocales que expelía acariciadas por la boca y la nariz, sostenidas en un tono —un la—, sonaron en la cueva, musicales, un canto.

Mi cara vibraba, y el aire que la hacía vibrar también la refrescaba ante la proximidad del calor de la ardiente hierba. Adán se unió a mi canto —con un do—, reteniendo la voz en el paladar antes de expulsarla lento.

El efecto de nuestras voces en nuestro fuego hizo brincar chispas próximas a nuestras caras. El fuego creció y con este nuestras sombras, y

nuestro asombro ante algo que era especial. Seguimos haciendo voces —la, do, nariz, paladar, garganta— no permitiendo desmoronarse o quebrarse al tono elegido por cada uno de nosotros, como si fuese lo único estable en ese entorno que tenía algo mágico, algo que no parecía ser de la Tierra, así estuviéramos en su entraña misma.

Nos sentamos con las piernas cruzadas frente a un fuego que no era ya el que tomamos del Ángel, un fuego proveniente de la chispa nuestra (de la piedra, la cueva y nuestras manos), tocados por un estado de ánimo que era festivo y de recogimiento. Palmeamos.

Adán dejó el fuego y escaló por la alta pared de la cueva, apoyando los pies en sus recovecos. Llevaba en una mano la piedra que me lanzó el Ángel. Sabía que ya no la necesitábamos para contener el fuego. Imitando al ave quebrantahuesos, la arrojó desde lo alto para quebrarla. Solo consiguió desgajarle una orilla y desprenderle dos trozos de sus cristales interiores, que yo atesoré.

Nuestras sombras hacían figuras en las paredes de la casacueva que al inicio nos asustaron, en breve nos divirtieron y nos provocaron risa. Para producirlas, alimentamos el fuego nuevo con ramas frescas, aprendiendo a aumentarlas o disminuirlas. El fuego de ramas frescas terminó por pintar completamente con hollín la pared de la cueva que quedara más próxima al fuego.

Una noche, con uno de los cristales que Adán le tronchó a la piedra angelina, raspé el hollín, dibujé una línea y tracé arriba de esta una figura simple, el tronco de una mujer. Rayé otra perpendicular sobre ello, representando sus dos brazos, y le tendí hacia abajo, en vertical, dos líneas más, las piernas.

Trazado, al resaltar el blanco de la roca, parecía dibujado sobre la negrura aterciopelada del hollín. A su lado tracé otra línea vertical y le hice dos alas, como las que creí haberle visto al Ángel de luz, y las repasé; al rellenarlas de blancura produje algunas chispas: el Ángel era luz.

Después, regresé a las dos piernas de la primera figura y en su base pinté los cascos nuestros, aquí enormes en comparación con el resto del cuerpo, cascos que no quebraría el más largo caminar. También los rellené, y también produje chispas.

A chispazos produje tanta luz como el Ángel y lo hice de otra manera, porque mi luz se obtenía cuando tocaba y rozaba. En lo que yo pinté, marqué cómo raspábamos con nuestros cascos, con nuestro caminar, la Tierra, y tracé nuestro fuego con la punta del cristal.

En cuanto despejó la tormenta, reiniciamos nuestro andar, libres ahora de cargar el fuego, llevando con nosotros cómo hacerlo —pero no dejé ninguna parte de la hermosa piedra angelina atrás—.

Los rastros de las pezuñas nuestras terminaron por desaparecer con el



pulido.

Queríamos conocer, recorrer, habitar en la inmensa Tierra que habíamos avistado desde el pico de la cordillera del Monte Divino. Adán había ido perdiendo la ansiedad y el miedo, y se había sumado a mi curiosidad. Era esta nuestro remo y nuestra vela.

Éramos de un material resistente, como las hojas de higuera que guardaron las brasas por meses. Al ir perdiendo las pezuñas, nuestros músculos se volvieron más firmes. Los tendones, más tensos. Delgados y firmes nos desplazábamos cada vez con mayor velocidad, siguiendo al arroyo de caminar sinuoso, hasta verlo convertirse en un río carrera abajo.

Ahora que lo recuerdo, mi Adán de esos tiempos era como menor mío, mi cachorro, pero no como un muchacho, sino como un pequeño que, aún teniendo gestos de viejo temeroso, se apegaba a mí buscando protección. Reía menos que yo, pero sí reía. Se aventuraba si iba atrás de mí, aunque, como ya expliqué, fue él quien obtuvo la chispa, cuando ganaba en sí confianza. Me explico su comportamiento porque yo había representado nuestro pasado en la cueva, y él creía que yo gobernaba el fuego, aunque el nuestro hubiera sido hechura de los dos.

Se agregaba otra al presente: lo atemorizaba hundirse en el agua. Primero, yo me había sumergido en ella hasta la cintura, después hasta los pechos, los hombros, la cabeza. Aprendí a nadar cuando el río hacia pozas calmas, y después me aventuré en su agua corriente. Vi el mundo que habita bajo el agua. Supe así más de los peces y otros seres acuáticos. Adán, en cambio, rehuía el agua si no era para beberla; no se atrevía a entregársele.

A menudo, yo me acostaba en la ribera donde, de subir el cauce, podría cubrirme, él prefería en ese caso dormir a solas —que detestaba— con tal de no pasar el riesgo.

No era yo imparcial paseante. Al tiempo que seguía o contravenía la corriente del río, que flotaba o me sumergía en él, obtuve para alimentarnos ostras diversas, algunas enormes y otras muy pequeñas. Asé al fuego aquellas plantas enconchadas que se menean como animales (pero es obvio que no lo son), los erizos, que aprendí a abrir, y otros seres del agua que no tenían ojos similares a los nuestros, como tosté otras frutas, hierbas, hojas, tallos y tubérculos. El fuego, como en aquel sueño mío primero, sacaba de ellos olores nuevos y perfumados, transformaba su olor, nos deleitaba, volvía a nuestro alimento una delicia. Aún nada comparable como la manzana que tomé en el Edén, pero perfumados y de

buen sabor.

Después de días de lluvia y frío, regresó el cielo claro y continuamos nuestro descenso.

El cabello me crecía a capricho. Las uñas se alargaban. Las de los dedos de los pies, en lugar de tornar a cubrirlos, como habían hecho las primeras pezuñas (de materia tan similar), sobresalían y rasgaban.

Una noche que Adán y yo dormíamos juntos y profundo, con la uña de mi dedo gordo le rasgué un orificio un poco más abajo de donde termina su espalda. El dolor del raje lo despertó; por la hendidura salió su bagazo, lo que su cuerpo no tenía dónde guardar, y de inmediato Adán sintió un alivio.

Ese movimiento involuntario marcó el inicio de una nueva etapa. La rotura incidió en su apetito: ya no solo sintió sed, sintió hambre.

A mí, el accidente me enseñó que había en él una sabiduría mayor, y que así fuera indomable no era idiota, estaba dotado de una sabiduría que no solo le concernía a sí mismo. También me alertó más a lo que le pasaba.

Las uñas de mis manos me auxiliaban en todo. Eran, ahora lo puedo decir, mis eficaces herramientas. Con la de un dedo gordo, yo escarbé más abajo de donde acaba mi columna, y ahí hice también una rajadura para mí, y salió lo que mi cuerpo deseaba desechar, y sentí el placer que había sentido Adán. Y el hambre.

Inspirada por mis uñas, tallé las primeras escamas de piedra, llámanlas nuestras primeras herramientas. Las tallé y guardé y cuidé, y también tallé a modo mis uñas, y peiné y adorné con plumas mi cabello.

Continuamos la marcha abajo. El camino era menos dificultoso, la verdura más abundante, y el frío parecía haber quedado atrás, cuando llegamos a una dorada meseta que daba la idea de extenderse hasta el final del universo. La colindaba el río que era ya caudal, y que en breve se ramificó en tres anchos e irremontables.

A los lados del ancho río se multiplicó la presencia de animales. Los simios que habíamos visto allá arriba, o unos parecidos, aquí existían en grupos numerosísimos. Guardamos distancia de ellos, no nos fue difícil, pues eran de lo más ruidoso, y sin desearlo nos alertaban de su paso.

En el río mismo aparecieron también animales de gran tamaño, los hipopótamos tampoco solitarios. Las gacelas, los elefantes, las jirafas e incontables aves. Nos rehuían, algunos de los inmensos nos ignoraban, pero los más nos tomaban por comida.

El leopardo subido en las ramas de los árboles acechaba su presa.

Uno de los brazos del río cargaba nudosos islotes, al modo de nidos de pájaros, formados de varas, ramas, cáscaras, plumas, anillos de arena y cuanto hubiera, trenzados por el agua turbulenta, algunos consolidados por verdura fresca que tenía humedad de sobra para brotar.

Recuerdo que en uno de estos islotes veloces iba una gacela hambrienta; viajando así, libraba los ataques de las bestias, pero malamente podía dar un solo paso, navegaba en el centro de la ancha mesa puesta para un banquete formidable. Debió morir de hambre, aunque lo más seguro antes, devorada por algún cocodrilo.

El río, agua y comida, guía y protección, y amenaza. Sin anuncio, se desborda, se ensancha salido de su cauce, se expande incontinente, anega la meseta volviéndola pantano. A capricho, puede arrastrarnos o devorarnos, aislarnos o entregarnos a las fauces de alguna bestia devoradora.

Habíamos optado por caminar a buena distancia y seguir su curso. En la tierra que dejaba tras expandirse al contraerse, advertí que, aunque fuera primero lodosa, al secarse, conservaba firme y rígida los rastros marcados por el río, como un remedo de piedra. Esa tierra del río era dúctil cuando húmeda y dura al secar.

Tomé algunos puños de ella, e intenté darles forma con mis manos cuando era chiclosa. Me resultó inmanejable. Le añadí conchas que pulvericé valiéndome de piedras, arena áspera que había más adentro de la llanura, algo de cal que había levantado en el camino, y así conseguí una masa moldeable a la que le fui dando formas, primero sin pensar en alguna utilidad.

Imité las apariencias y cuerpos de lo que me significara, desde la piedra angelina, a la manzana y su forma original (más parecida a un higo), a mi cuerpo o partes del de Adán. Después moldeé un recipiente para contener agua.

El barro así moldeado conservaba relativamente el líquido, era poroso y el agua se trasminaba. Moldeé el barro con otras formas por ver si así el agua quedaba retenida algo más de tiempo. Lo dejé secar al sol. Por más que lo intenté, aún variando la cantidad de concha y cal y diversificando arenas, quedaba frágil y poroso.

Humedecí repetidas veces otros puños de barro, volví a darle forma de vaso, y lo sumergí, entre paja, al amparo del sol mayor que es el fuego, alimentándolo de continuo.

Después, dejé secar el vaso. Se había puesto duro. Contenía por más tiempo el agua. Repetí la forma, uno para Adán, otro para mí. Serían para beber. Hice una cuarta figura, una vasija, y las horneé. Los vasos cumplieron su función. En la vasija coloqué las correosas ramas pintas de un arbusto de intenso olor, y las puse sobre las brasas. Produjeron un sabor distinto que nos plació.

Continué trabajando el barro. Lo mezclé con briznas de paja. Cavé para hacer un fuego más resguardado. Lo hice cocer bajo las brasas (enterrándolas para que guardaran más el calor). Tras dejarlo enfriar, primero templándose sobre el carbón, después al aire libre, el vaso contenía mejor el líquido, aunque no del todo.

Para entonces, Adán y yo ya conversábamos, nuestras palabras habían derivado de otras, teníamos verbos, nuestras frases se habían ido complicando. Fue entonces cuando empezamos a percibir cómo transcurría el tiempo, lo medimos con el paso del Sol y las estrellas, dimos nombre y número a los días.

Fin del tercer libro

Huidas:
Esquivamos repetidas veces ser devorados o esclavizados por las fieras. Luchamos por discernir qué llevar a nuestras bocas que no nos provocara el vómito, el mareo, el malestar. No lo hice voluntariamente, no está en mi instinto. El reto de sobrevivir y protegernos fue por una imposición traída del mudo Edén, un ansia de no tener tiempo, así estuviéramos en el Tiempo.

Pero eso por lo que pasé, no es lo mío. Lo mío es asar manzanas, cocer legumbres, asar y rostizar semillas, encontrarle el sabor a lo que llevamos a nuestras bocas. Pero comer o ser comido es una pregunta básica que excede a nuestra gramática: es parte de la lógica natural. Pero yo no soy natural del todo, como no lo es ninguna persona. Hay en nosotros algo que no es parte de la Tierra, que nos hace anhelarla, desearla, y sabernos de raíz distinta. Por eso inventamos pertenecer a otras fuentes —país, religión, qué sé yo—. No pertenecemos nunca, nunca, al paraíso o al infierno que habitamos.

Otro papel:
Arrojamos la roca de cristal de cuarzo que el Ángel me aventó, rompiéndola en pequeños fragmentos que aventamos al cielo para devolverle lo que el azar nos había regalado, y para que nos retribuyera con otros dones.

Libro cuatro

31

El recuento de las amenazas y huidas nuestras sería fastidioso, como enumerar qué comíamos cuando aún no sabíamos de la mesa, y además sería absurdo si los comparo con los infinitos dones que nos regala la Tierra. Enumeraré solo uno, el ojo de agua con luz:

Dimos con un lugar que nos proveía de completo resguardo de las bestias. Era una garganta rocosa que desde el exterior lucía como un monte árido y hostil. Ni siquiera los pájaros hacían nido en sus altas paredes casi verticales. Parecía impenetrable, como si fuera todo de piedra seca. Pero en su centro, al que se accedía por una sola y delgada entrada laberíntica, había verdor y un ojo de agua. Ahí nos establecimos. Sellamos la estrecha entrada con una enorme piedra que acarreamos valiéndonos de nuestra paciencia para resguardarnos de las bestias.

El lugar tenía, además, luz nocturna, lo iluminaban en las tinieblas los brillos que saltaban de su ojo de agua. Bastaba con removerlo y salpicar, para llenar el lugar de luz, luz de color azulverdosa encendida, con resplandores metálicos.

Ya no necesitamos ni queremos correr. No tenemos que huir. El río no puede alcanzarnos. El lugar nuestro tiene además su propio clima, no se siente ni frío ni calor.

Dos arbustillos florean, sus flores se vuelven frutas parecidas a la granada, tintas y deliciosas. Alrededor del estanque crece verdura delicada y también sípida. Vuelan las abejas artesanas. Las vemos construir sin descanso su casa, el panal.

Nuestro refugio es nuestro paraíso privado.

Por curiosidad, acerco un bulto de ramas frescas ardiendo a la casa de las abejas. El humo las asusta. Huyen de golpe. Observo el panal. Me retiro, y en cuanto el humo se esfuma, las abejas regresan a su labor.

Otro día, de nuevo con mis ramas verdes humeantes, me acerco al panal, se retiran las abejas, hurto un trocito de la casa de las abejas. Pruebo su deliciosa miel, convido a Adán, mastico la cera del panal, tan distinta a la manzana, chiclosa. Ya sin sabor, guardo la cera, la moldeo, la llevo conmigo.

El mismo día del hurto de la miel, sueño que Adán y yo nos amamos de una cierta manera: su cuerpo es una hiena, el mío es un cadáver.

Cuando despierto de ese sueño, perturbada, necesito dar unos pasos. Adán duerme, musitando no sé qué. Remuevo el agua del estanque para iluminar mi noche. No me acerco al panal, me alejo tanto de él como de Adán, pero los tengo a la vista.

Estoy de pie. Contemplo el cielo. Veo las altas paredes de piedra cercándome, protegiéndonos. Recojo del suelo un pedrusquillo y lo aviento al estanque, el agua salpica sus estrellas, tan distintas y tan iguales a los brillos del cielo.

Sigo de pie. Saco, como he hecho a menudo, la semilla que recogí del árbol de la fruta deliciosa del Edén, vive entre los bien enredados vellos de mi axila. Veo de nuevo al cielo. Rozo mis labios con la semilla lisa. Los vuelvo a rozar.

Sigo de pie. Estoy viendo el cielo. No sé por qué me llevo la semilla a la boca, y con mi propia saliva me la trago.

Cierro los ojos. Siento cómo la semilla se desliza silenciosa por mis tripas, primero en un avance tímido, cauteloso, hasta que el cercano sonar de mi corazón la espabila. Entonces, más que por la inercia de la gravedad, convertida en algo más veloz que lo que vive adentro de un cuerpo, sideral, entre que alegrada por el tambor interno, alentada por el paso de la sangre y el acto de reflexión impulsiva del hígado —percibo el vértigo en que navega la semilla adentro de mí sin desviarse hacia mi trasero para reunirse con los desechos que salen por atrás—, la pequeña llega al trecho inferior interior de mi tronco, el que tengo entre mis dos piernas, y que es como un callejón sin fondo, con solo un ducto para la salida de la orina. Pero esta semilla no viaja por donde va la orina. Está por la libre, está en mi cuerpo. Va en lo suyo que es lo mío.

Siento que me golpea de adentro de mí hacia afuera. Siento que se me clava. Que casi se me sale. No consigue salir, la retiene el puentecillo que es la base de mi tronco. Y entonces la semilla sube de nuevo. Regresa sobre sus pasos. Me llega al centro del pecho. Respiro hondo. El aire que he tomado es aspirado por la semilla, y ella toma vuelo. Ahora sí cae con fuerza, ahí, en el puentecillo entre mis piernas.

Es tal su impacto esta vez, tal su fuerte golpe con su dulce punta, que me abre ahí, entre las dos piernas, una segunda boca. Un par de labios me brotan, como se abre una flor, entre las piernas.

«Piernas que tocan la tierra», parecería les dice la semilla, como hablándoles con esa boca que me acaba de salir, «estén atentas». Se me doblan las piernas. Me acuclillo. Y en el centro de esa boca nueva, florece el clítoris: el placer vivo de la manzana, rompiendo, abriendo mi piel. Un

trecho de carne viva, sensible, conocedora de la cercanía del corazón, palpadora de la sangre, percepción de la gravedad terrestre, un algo como crocante aunque suave, que lleva la palabra y el recuerdo intenso del placer que sentí al morder la fruta, y que lleva también la conciencia, y lleva más, aún más.

Me llevé la mano al clítoris.

Aquella mordida original que crujió en mis dientes y alteró nuestra vida, me tenía reservado un gusto supremo en esa pequeña semilla negra.

Clítoris, manzana, fuego, semilla: las comparaciones son limitadas, pero van tres:

Una tiene que ver con la manzana. Dicen que yo di a probar la manzana a Adán. Si lo doy por cierto (como estoy haciendo), sabremos sin dudar que Adán sintió algo parecido a lo que sentí yo, aunque con menor intensidad —lo suyo no fue menor, pero le llegó atenuado, degradado, el suyo fue un placer no comparable al mío.

La segunda, con el fuego, que me provocó en el brazo del bello Ángel que ansié tener, y que obtuve, y que nos dio la luz en la noche, el ancla para impedir la tormenta del miedo nocturno, la protección contra las fieras. A Adán no se le hubiera ocurrido robarlo o coquetearle.

La tercera, con la semilla que la manzana me dejó. Alerta a lo que la semilla de la manzana me había dejado —abierta mi persona al clítoris—, gocé tocándomelo.

Adán despertó, y supo que algo había en mí nuevo. Yo me tocaba aún el clítoris, en éxtasis. Adán agitó el agua del estanque luminoso para verme mejor. Me observó fríamente, escrutándome. Tal vez recordó la manzana, lo que sé es que quiso tener lo que yo tenía. No sabía cómo lo había yo obtenido, así que hizo su intento básico: quitó mi mano de mi clítoris y se la puso entre sus piernas. Pero entre sus piernas no había nada. No sintió nada. Regresé mi mano a mí.

No solo esa noche. Yo me tocaba el clítoris muy seguido, el placer estaba siempre ahí, esperándome. Adán quería imitarme, quería tener lo que yo tenía. Ya había visto que no era mi mano quien daba lo que yo sentía, así que probó con las suyas. Y siguió probando.

Empecinado, frotó y frotó y siguió frotándose el doblez, por ratos con ayuda de otros objetos, pero él no obtenía esa delicia que me había sido dada por la semilla de la fruta deliciosa, encarnada en mí de adentro de mi cuerpo a mi exterior.

De tanto frotar, Adán se produjo un doblez en la piel que mediara entre sus piernas.

Entre otras cosas, porque mi clítoris había nacido de la semilla de la manzana, entendí la importancia de las semillas. Tampoco me cabía duda de que el clítoris no habría florecido en mí de no haber estado yo en la Tierra.

Así que aprendí a venerar las semillas, asociándolas con la Tierra. Las aprendí a ver, a sentir, a distinguir, a sembrar y a cuidar. Entendí que debía yo enlazarlas con mi voluntad y con mi mano a la Tierra.

Elegí una semilla porque tenía un puntillo naranja, y porque su piel era suave, relativamente. Le hice cuna: removí tierra, la humedecí y acomodé ahí la semilla recubriéndola de poca tierrilla. Marqué el lugar con arena y piedrecillas. Cuidé no le faltara agua. La vigilé y cuidé.

Adán me veía hacer, pero ahí no me imitaba, seguía en cambio tirando del pellejito que le había salido entre las piernas, sin obtener nada a cambio, excepto que se le hacía un poco más largo el pellejín.

Cuando mi semilla germinó y echó su primer brote verde, apareció un Ángel, este no de fuego, sino de luz. Ángel bello, insoportablemente bello como aquel primero de fuego, el guardián del Edén. Este era un Ángel testigo. El tallo creció y dio un botón, y el botón se abrió y dio una flor, de intenso color rojo, en el centro tenía manchillas anaranjadas. El Ángel la vio y se fue. Había venido solo a presenciar su nacimiento.

La abeja visitó mi flor. Bebió de ella y se fue, zumbando.

Poco duró esa flor. Me entristeció ver a sus pétalos perder color, y toda marchitarse. Me dolió ver caer cada pétalo.

Busqué una semilla similar.

No me detengo en detalles: brotó una línea de flores de color intenso, también con la visita del Ángel de luz seguido por otros ángeles, sus pares, como si a cada flor correspondiera un Ángel.

Las abejas vinieron en grupo, de flor en flor.

Una de estas flores me dio un frutillo, una especie de calabacín que crujía en los dientes, casi como la manzana aquella del Edén. Adán no estaba presente, y no pude compartirle del fruto.

La oscuridad blanca, aquella que creaban las esporas y que bañaba la lluvia, y que nos había caído encima con cierta regularidad, dejó de aparecer. Las abejas reemplazaban su labor.

No olvidaba yo ni un día mi clítoris, ¿cómo hubiera podido?

En lo que toca a Adán… Como ya les conté, cuando mi clítoris apareció y gocé, él se había producido un doblez en la piel que mediara entre sus piernas. Ahí lo tenía; le colgaba, inerte. Era un algo inútil.

Adán veía mi goce como me veía hacer las vasijas, sin entrar a mi fiesta. Me veía, y me veía más. Ver le provocaba algo, un sucedáneo tal vez de lo que a mí me daba crear con el barro objetos que pasaban a ser parte de nuestra vida… De igual manera, le daba también algo al verme tocar el clítoris mío. Ver iba volviéndose una parte suya —y él iba convirtiéndose en un par de ojos, más pasivo a cada paso—.

Su compañía me empezó a fastidiar, pero no podía dejarlo atrás. Insatisfecho y percibiendo mi disgusto, su mirada empezó a empañarse.

La intuición nos salvó.

Una tarde, después de un ataque de risa que tuvimos por algo que aquí no viene a cuento, llevé la mano a mi clítoris, vi la expresión de Adán, la retiré y en cambio la puse sobre su pellejillo, ese que había conseguido hacerse de tanto tallar entre sus piernas. Lo froté, y froté y froté, y froté. Y froté y seguí frotando.

Aquel rabo dormido que le colgaba entre las piernas despertó. Su mirada se liberó de esa nube opaca. Hizo mi mano a un lado. Él mismo frotó y frotó, ahora era un rabillo, instándolo así a crecer. Creció y creció. De rabillo, pasó a rabo, se tornó en una tripa colgante.

Con los días, con el continuo frote, la tripa dio a moverse, luego decidió dejar su zangoloteo y le dio por hincharse un poco, después más, hasta alcanzar el tamaño de la mano de Adán, más o menos. La hinchazón no le duraba.

Eso colgante entre las piernas, flaco remedo de lo que después llamaríamos espada, eso se irguió. ¿Cómo se irguió? ¿Fue también de tanta envidia que sentía Adán de mi placer?

Porque yo tenía todo para el placer, yo tenía el clítoris.

Él, si dejaba de frotar su tripa, tenía otra vez solo un rabo pendiendo, un colguijo. Adán siguió frotando, hasta que su rabo apuntó al cielo. Y ahí se dispuso a frotar y frotar, para mantenerlo parado, auxiliándose a veces de herramientas talladoras o que enfundaran su colguijo erecto. Quería erguirse a costa de cuanto tenía a la mano, fiero por el placer que en mí se daba tan basto, tan sin esfuerzo, tan mío.

Adán sentía envidia del clítoris. El varón vivirá siempre con eso, la no confesada, no explícita envidia del clítoris. El silencio que acompaña a esa envidia la vuelve todavía más cierta.

Nuestra convivencia cambió a raíz de su resentimiento. Tuvo unas buenas, Adán metió también sus manos en el barro, y con él modeló su primer cuenco. Al terminarlo, la mirada de Adán fue de nueva cuenta traslúcida, pura.

Emponzoñamos nuestro refugio. El ojo de agua con luz brotaba de las entrañas de la tierra a cuentagotas y no de continuo, lo mayor de su caudal era el líquido acumulado y el que caía de la lluvia. De natural, emitía unos cuantos puntos luminosos. Nosotros removíamos sus aguas al caer sol, y lo hacíamos por largo rato, para que así regara su luz en la oscuridad nocturna. No dejábamos sus aguas asentarse, ni a los puntos confinados de luz regresar a serlo, despertábamos la luz molestando su paz.

Cualquiera fuera lo que los produjese (bacteria, hongo, algún otro organismo) impedíamos su feliz aislamiento, y diseminamos su amargura en toda el agua, de tal modo que terminó por volvérsenos agua imbebible. Lo que la convertía en fuente iluminada, la emponzoñó cuando pasó de ser algo marginal que la habitara, a ser sustancia franca en ella, y que nosotros provocábamos a expandirse en las noches.

Retiramos la enorme piedra con que habíamos cerrado la entrada a la garganta rocosa, disponiéndonos a dejar nuestro refugio para ir hacia donde hubiera agua bebible (yo reunía semillas germinadas, añadiéndolas al atado con nuestras herramientas, la más querida mi primer peine tallado en un trozo de tronco seco), cuando llegó el enorme león de las cavernas[4], animal voraz e inmenso. Lo precedía el águila de Haastx[5], mamífera y voladora, enorme.

Ante las dos fieras, por un momento la creímos perdida. Corrimos hacia la fogata que ardía preparando el fuego para nuestras antorchas, y encendiéndolas demostraron su eficacia: el águila de Haast desapareció de nuestra vista, el enorme león retrocedió, lo acorralamos contra un hueco de piedra en el fondo de la garganta, sembrando frente a él tres antorchas que lo dejaron ahí rugiendo, paralizado.

Salimos con premura y extrema cautela, dejando atrás algunas de las más atractivas semillas que yo había puesto a germinar. Llevaba en mi ombligo adherido aquel bocado de cera que hurté al panal de las abejas, parte mía. Y los dos cargábamos en una de nuestras manos fuego, como ángeles custodios de nosotros mismos.

Pronto la sed nos obligó a acercarnos al costado del río, donde las bestias fieras acechaban deseosas de nuestra carne. Ni por un momento soltamos nuestras antorchas, las clavábamos, llameantes escudos, en cualquier punto en que descansara nuestra marcha.

Fin del cuarto libro

Uno:
—¿Y Adán, Eva?, ¿qué con Adán?
—Un poco Adán.
—¡Eva!, ¿por qué solo un poco?
—Entiendan: mi conciencia acababa de surgir. No distinguía bien esto de lo otro, y eso incluye a Adán, que era más esto que otro, más cosa inanimada que Adán, sin que yo lo supiera…

Otro:
No fue así como el clítoris apareció en el cuerpo de la hembra. Al llegar a la meseta donde el calor ecuatorial desfoga su poder, Eva sintió asfixiarse. Ingirió la semilla —pensamiento mágico: como la manzana, esta le daría nueva vida—. La semilla, acalorada también, excitada, entró, aunque algo a regañadientes porque desde la boca de Eva sintió que en el oscuro rojizo interior del cuerpo de allá adentro había todo menos frescura. Ese territorio era más caliente aún que la axila, y no tenía un nido que le diera un asiento cómodo, como el que allá formaran sus vellos.

Entre tripas, huesos y músculos, luchó por salir. La semilla tomó las riendas. Pero no encontraba por dónde escapar del horno de Eva. Deambuló, cada vez en estado más frenético, hasta topar con el corazón y rompérselo a Eva. La semilla estaba perdida, y Eva más que cabizbaja, pero la primera hizo acopio de fuerzas y las unió a la de gravedad, proyectándose vertiginosa hacia la base del tronco. Lo demás (cómo brotó el clítoris, etcétera) es sabida cosa, y alegre y completa quedó Eva.

Aunque hay quien dice que el asunto fue de afuera hacia adentro —como en el pene de Adán—, que como el calor volvió insoportable para la semilla su refugio entre los vellos de la axila, se deslizó por el costado de Eva, dio la vuelta al torso casi rozando a la entrepierna y, entre las dos piernas, en la base del tronco, se clavó y empujó *contra* la fuerza de gravedad, resistiéndola hasta conseguir recorrer un camino del bajo vientre interno, hasta el corazón, los pulmones, el cerebro, porque el clítoris los enlaza.

Otro:
Continué recolectando semillas y hojas (de la fruta deliciosa, de la higuera, así fuera para vestirnos con ellas y luego usarlas para guardar el fuego, quemándolas), como había hecho con las palabras. Las piezas de mi colección pronto ramas secas, o tallos, hierbas, hojas, flores, tubérculos, hongos, porque su olor me atrajera, o por curiosidad o pudiera alimentar

el fuego que yo seguía portando, o para comérnoslos, porque, creo sobrará decirlo, me tentaba conocer los sabores, la fruta deliciosa del Edén me había dejado abierta, ansiosa de probar. Mi paladar quería saber, y conocer y gozar.

El paladar. Qué palabra, tan mía como no lo será nunca la palabra muerte, o esa palabra arisca que es la palabra «mía». Mía: tú, palabra «mía», no eres mía.

No abrigué la ilusión de que otra semilla abriera en mí otra boca más. No era necesario: el clítoris de que me había dotado aquella negra y brillante que tomé del árbol de la fruta prohibida, yo sabía era irrepetible. Aunque la palabra es errada: siempre era irrepetible cada una de las diversas sensaciones, siempre distintas, que me regalaba el gran gozador, ese sí era y es mío, tan mío que ello es, era y será yo, hasta que la muerte nos separe. Aunque en mi caso eso de la muerte no pasa de ser un decir…

Otro:

Soñé, noche tras noche, soñé. Los sueños, al tiempo que la propia comida, preparada o cultivada por mí, se trenzaron dando cordura, narrando, hilando las partes: ahí aprendí a entender que pasaba por mi vida una historia, o mejor: una sucesión de historias que por instantes, si las enlazaba, cobraban cordura. Como es cuerda la vida de una planta: semilla, raíz, tallo, brote, hoja, flor, fruta. Hilar con la manzana.

Libro cinco

El río nos regalaba con el beneficio de su barro y con la fertilidad de la tierra que él había bañado con anterioridad, pero su caudal también atraía a las bestias. Cierto que con el fuego en nuestras manos o que nosotros sitiamos a nuestro lado conseguíamos mantener a las peligrosas fieras a una cierta distancia, pero por las inesperadas crecidas del río era imposible tenerlo vivo.

Por otra parte, el pantano que él provocara cercándolo se nos hizo invivible, entre otro por sus escurridizas y traidoras alimañas, muchas de ellas ponzoñosas.

Las crecidas del río eran peligrosas, el caudal se hinchaba de súbito inundando sus alrededores, a veces por grandes extensiones, imprevisible, sin anuncio, pretendía tragarnos, cargado de troncos y bestias muertas que había ido deglutiendo al desbordarse. En una, nos salvamos solo porque un árbol de sólido raigambre cuyas ramas nos quedaron accesibles le impidió arrastrarnos. Adán y yo nos prendimos en su áspero ramaje hasta que el río regresó a su cauce.

Nos alejamos del río. Pusimos distancia. Padecimos otra vez la sed. Echamos mano de las costras secas de algunos frutos (las jícaras) para acumular agua mientras avanzábamos, las atábamos con las fibras vegetales que por las noches trenzábamos cada vez más elaboradamente con nuestros dedos, al calor del fuego. Usamos también los restos de los cuerpos animales que encontrábamos en nuestros caminos. La vejiga para contener líquidos, los huesos, entre ellos la quijada, como útiles herramientas, las carcasas, los dientes para protegernos de los espíritus de la noche.

Recolectamos también las pezuñas de los animales, así como sus nervios y tiras de la piel, para atar, entre otras cosas, nuestras vasijas.

Y todo eso era bueno: la Tierra generosa proveía de tantas maneras.

Posiblemente hubiéramos terminado por ser devorados por las bestias, desecados de sed o muertos de hambre de no haber encontrado un recodo de la sabana que nos resultó ideal para establecernos. Para nosotros era atractivo lo que para otros seres sería repugnante: el hedor de un delgado y extenso arroyo en forma de V, que en su extremo angular salía de las entrañas terrestres y se precipitaba en sus dos puntas a un barranco.

El aire al lado del arroyo era irrespirable. Apestaba como un cerro de cabello quemado, irritaba al inhalarlo, causaba náuseas. Asfixiaban sus gases malolientes. Del vacío y del otro lado del barranco, soplaba un fuerte viento continuo, de modo que lo maloliente que exudaba el arroyo se extendía hacia la sabana.

De su maloliente agua turbia, los escasos peces que la habitaban sacaban sus bocas en el desespero, como si quisieran respirar algún aire posible, sacaban sus enormes cabezas del agua noche y día, incansables, empecinados en sobrevivir. Tenían cuerpos endebles y delgados, insignificantes en comparación con las cabezas, de transparencias que revelaban sus entrañas. Eran tan horrendos como la fetidez que producían sus habitaciones, las aguas horrípidas de su arroyuelo, hogar de mierda.

En las orillas de arena negra del arroyo, se formaban líneas, alternativamente blancuzcas y verdeoscuras, y en algunos puntos, antes de que estas, se apilaban piedras de superficies viscosas, resbalosas.

No habría bestia que soportara acercársele al arroyo pestilente. Los pecezuelos que vivían en él debían ser espíritus que habían recibido mayor castigo que Belcebú.

Nos cubrimos las fosas nasales con cera de abeja. Elegimos un tramo que no tuviera piedras en las orillas, y saltamos al otro lado del fétido arroyo. De aquel lado, la vegetación era espesa. Nos adentramos en esta. Veinte pasos adelante, brotaba un manantial a altos y visibles borbotones, su agua fresca era brillante de tan traslúcida, abastecía un estanque poblado de multitud de peces de vivaces tonos, más grandes que nuestros brazos, peces gordos de vigorosos cuerpos y boquitas pequeñas y discretas, con poco interés de acercarse a la superficie del agua.

Al fondo del agua de este estanque, reposaban piedras perfectamente redondas, más brillantes que los peces. Pronto probarían ser en extremo útiles para provocar la chispa del fuego, si talladas contra los fragmentos de aquella piedra mayor que yo venía cargando desde las faldas del Monte Divino.

Más allá del estanque, en la orilla del barranco donde acababa este trecho de tierra, crecía una valla de gruesos arbolones apiñados muy cerca

el uno del otro, sus pocas hojillas oscuras brotaban de ramas raquíticas que se entrelazaban formando una cortina palpitante incapaz de contener el paso del viento, permitiendo que este se llevara la pestilencia de nuestro escudo, y favoreciendo una atmósfera de tibieza estable. Atrás de estos, el ya mencionado barranco. Sobre y desde él, el viento soplaba de continuo, como si la garganta de la Tierra quisiera hablarnos.

Entre los árboles y el largo y fétido arroyo en V, se formaba un triángulo cubierto de vegetación de un claro verde intenso, de hojas enormes, algunas alargadas y otras tan anchas que entre tres podría cubrirse este terreno. En los márgenes del triángulo que custodiaban el arroyo pestilente, cavamos además dos fosos, tapándolos con yerbas; eran trampas para las bestias, hechas a pulso con nuestras palas de hueso y palos. No contendrían a los animales de mayor tamaño, sino a los rastreros, contábamos con el poder de la fetidez y el resguardo del barranco para los demás. Los leopardos, el mayor peligro, no tendrían cómo subir por las delgadas ramas de los árboles que crecían verticales, paralelas a los troncos, como eran tan delgadas, se troncharían con cualquier peso, a manera de cerca.

De los insectos voladores o no, nada de qué preocuparnos. Los que supieran evadir la pestilencia y soportar el ventarrón, serían bien pocos.

De hilos trenzados con las fibrosas plantas que acompañaban el camino del manantial al estanque, hicimos las telas con que levantar una tienda para resguardarnos. Usamos algunas de las varas tiesas y resistentes de los arbolones pelones que antecedían al barranco para sostener la tienda. Esta nos proveía de un cielo invariable y protector. Con el tiempo, conseguimos trenzar más apretado los hilos y nos volvimos bajo la tienda inmunes a la lluvia.

Esos arbolones eran una especie de frutales estériles que jamás nos regalarían la fruta para la que habían nacido. Inútiles, de su yerma situación generaban gran utilidad para nosotros porque sacamos de ellos también postes para sillas y la mesa.

Cuando conseguimos trenzar hilos más resistentes, rehicimos nuestra tienda, quedando al amparo de la lluvia.

El fétido arroyo protector tenía otras virtudes. Las piedras recubiertas de ese verdor pegajoso, resbaloso, viscoso, puestas al calor intenso, se tornaban rojas, ardían y, como si fueran barro, maleables. Por su temperatura era imposible moldearlas, pero en una de mis vasijas probé a vaciarlo.

El fuego pasó, de ser el amparo de la oscuridad, a ser el centro de nuestra reunión, y con él la comida. Simultáneo, hicimos nuestras ropas de hojas que también puse a secar en la proximidad de las llamas.

Ya establecidos, comenzamos la cuenta de los días. Rayábamos en un añoso tronco enorme de uno de los arbolones, marcando con piedras el paso del tiempo.

Pero la medida más fiel, la más severa, se forjaba en el fogón donde la comida se cocía y sazonaba, pues empecé a alterar los alimentos. Los segundos eran ahí implacables para que el sabor y la textura nos fueran gratos, deliciosos o deleznables. El fuego tenía sobre los alimentos propiedades distintas. Nada era repetible, nada idéntico a sí mismo, dependía si la fruta, la flor, la yerba o el tubérculo eran nuevos, frescos o de una temporada anterior. Yo entendía ahí que el tiempo escapa a ser medido en rayones o rígidas marcas, es una materia volátil, también, como la luz.

Comíamos en cuencos de madera ahuecados con las uñas de piedra que habíamos tallado. Hicimos dos asientos con patas que imitaban el largo de nuestras piernas, de la rodilla al piso, eran dos sillas en rigor.

Con los colores que dejaban escapar las frutas o las semillas, antes y después del calor, nos pinté la piel. Formas, disformes notas, no había porción de mi piel que no tuviera un color añadido, y la de Adán en gran medida.

Para acomodarme el largo cabello, ya relaté que tallé un peine, después otros, y alguno pequeño para sujetarlo y darle forma. Desembrollado y peinado, mi cabello era sedoso, como venido de otro mundo. Nada es más ajeno al liso cabello que la Tierra virgen.

Limpiaba yo mis dientes con arena. Si crecían incómodas mis uñas, las pulía con piedra áspera. De flores me hice collares, de hojas secas faldellines. Adán había optado por la desnudez total, y yo tenía voluntad de ornato.

Pinté también nuestras cazuelas y vasos.

Pienso ahora que fue también de los árboles que aprendí a desear los adornos en mi cuerpo, que ellos lo hacen conforme avanzan los días, mudando hojas, tirando flor, echando esporas que pintan hasta al cielo mismo.

Por supuesto que yo había visto que las bestias ponían huevos o daban a luz a sus crías. Pero Adán y yo teníamos la certeza de que no éramos de la misma especie que ellos, proveníamos de otra historia, así nuestros huesos y dientes fueran tan similares. Desconocíamos el origen de las bestias; sabíamos que provenimos de la mordida a la manzana.

¿Ellos?, no eran como las bestias que el Trueno había enmudecido por decreto. Allá, en el Edén, no había habido insectos rastreros, alimañas, fieras, esos seres monumentales que encontrábamos por todas partes desde que el río se había convertido en esa fuerza pavorosa.

Pero no era tanto la dimensión de las fieras, sino cómo los bichos (las alimañas) alimentaban de vida a los demás vivientes. Las aves los comían. Los peces comían de las diminutas acuáticas. Las bestias pequeñas se alimentaban de estas. Las de gran tamaño se alimentaban de las pequeñas, de peces y de aves.

Los animales acuáticos, los voladores, los terrestres, los rastreros y los subterráneos producían con y en sus cuerpos sus crías y, para quien esto no bastara a repugnar —porque a ojos luces es repulsivo, una forma inversa de canibalismo, en la que engendrar es autófago—, comían alimañas. Sin duda, nosotros no respondíamos a la misma lógica que ellos, era lo obvio: a un hijo no se le puede «generar» de uno mismo, mucho menos «sangrar», «cagar» u «orinar» para expulsarlo o, como dicen perversos, «dar a luz». ¡Luz, luz, por ese paso en las tinieblas!

La llegada de una persona a la Tierra no puede tener como fase final la defecación o su expulsión por orificio del cuerpo, como si fuera un cúmulo de gases incómodos. Nosotros, y lo pusimos en palabras, no somos eso, no somos seres a perpetuidad sin lenguaje.

Esto lo digo aquí por lo que vendrá.

En un gesto de confianza, amistad, complicidad, hermandad, Adán me dio su parte de la semilla, su porción generadora. La metí a mi boca y ahí la reuní, la hice una, con la mitad que me correspondía, como un bolo nutritivo que alimentaría a un hijo.

Claro: la boca. Por esta pasó la manzana, de esta salen las palabras, por esta y con esta nos definimos como lo que somos.

Probé guardar la semilla que remojé en mi boca (bicéfala, contenía la parte de la semilla de Adán fundida con la parte de la semilla mía) sobre la tierra húmeda, al lado de un árbol, para crear nuestro vástago. La semilla se enfrío y se marchitó.

Volvimos a intentarlo.

Probé poner la semilla bicéfala entre dos lajas (imitando aquella vez que guardé así el fuego), como si fueran chispas dormidas de donde pudiera brotar la llama de la vida. Nuestras semillas se llenaron de pereza pétrea, se encogieron; cuando separé sus contenedores para revisarlas eran ya solo brizna rígida.

Volvimos a intentar creación. Puse su mitad y la mía en una vasija con un poco de agua tibia. Cuidé que no se enfriaran. Las alimenté con unas pocas gotas frescas cada día para que el líquido en que las había remojado se conservara fresco. Me ilusioné con que nuestra hija naciera con la cola ágil del pescado y que pudiera recorrer los mares del mundo sin peligro. Su tierra sería de agua y sólida, una casa perfecta. Pasados los días, nuestra semilla se disolvió, tal como se disuelve un terrón de azúcar en el agua.

Volvimos a crearla, una mitad Adán, una mitad yo.

La acomodé entre las ramas de un árbol, bien sujeta, pero de manera que no se ahogara, similar al nido del pájaro. Adán y yo tomamos turnos manteniéndola tibia con nuestro aliento, lo hacíamos hablándole a la semilla, contándole cuentos. Adán encontraba en esto gusto, yo no. El árbol, noté, me ignoraba. Sus ramas se quebraban cuando me apoyaba yo en ellas. La semilla se veía idéntica, no había cambio alguno en ella, como si no fuese cosa viva. Me fastidiaba ver a nuestra cría crecer como un extraño, un extranjero, ajeno a su entorno, y su entorno ajeno a él. Dejé a Adán continuar con el entibiamiento, y fue entonces que empecé a guardar nuestra historia, tallándola en piedra.

En un montículo de enormes piedras pelonas que al ser rayadas mostraban un color blanco y brillante, tallé con la dura espina de un cardo (y la ayuda de alguna cuña de piedra) nuestro descenso del Monte Divino, la llegada del fuego a nuestras manos, la estancia junto al río, el recorrido, hasta llegar al momento en que acunábamos a nuestro vástago entre las

ramas de un árbol sin flor. Si no marcábamos, tallándolo en piedra, nuestro pasado, haciéndolo parte de nuestro presente, no podríamos hacer brotar nuestra semilla.

Adán seguía empecinado con el entibiamiento de nuestra fría semilla. Subido como un mono en el árbol, contaba a la semilla otra versión de nuestros hechos.

Por el golpeteo al tallar la piedra, poco oía yo, solo alcanzaba trocitos sueltos, y creí que Adán le contaba fantasías para convencerla de abrirse. Más que nada, yo ignoraba a Adán, dejándolo hable y hable sin importarme.

«No vas a llegar a ningún lado», le gritaba yo de vez en vez, para hacerlo entrar en razón. Menos me preocupaban su sarta de mentiras que la semilla nuestra fría como un hueso de zopilote muerto. Adán no alzaba la voz, lo contrario, seguía con el hilo de sus fábulas, intentando engatusar y sonsacar a la vida una cría. Eso era mentir, pero ¿cómo sacar una cría de un hielo?

Cuando terminé de grabar nuestra historia en las piedras, dejando bien cifrada nuestra raíz, bien tallado nuestro pasado, subí al árbol para observar el estado de nuestra semilla. La corteza del árbol la había encarnado. No era nada, ni un fósil, un nudo más en la rama sobre la que Adán dormía, sin dejar de musitar.

Pegué los labios y escuché al árbol decir:

«Estoy aquí para recordarte la palabra que ya conoces, la que hay quien hoy desconoce».

Adán musitaba desde el sueño, repitiendo lo que no se había cansado de afirmar a cuatro vientos, sin que yo hasta el momento lo supiera:

«Yo fui el primero, y de mí salió Eva. Es cosa menor. Me la sacaron de la costilla. Ella es cosa sin valor, salida de un pedazo de mi persona, una segundilla».

Eso era el colmo. El árbol me había hecho oír lo que mis oídos ignoraran por tontería mentirosa.

Descendí a saltos del árbol, enfadada. Llené nuestras vasijas de agua fresca. Aticé las brasas. Utilicé por primera vez el caldero de piedra sobre el que también yo había escrito un pasaje nuestro, fiel a los hechos.

Los siguientes días, Adán insistió en su falsedad, la repetía y repetía —él que era tan poco platicador, se había vuelto un hablantín que decía lo mismo y lo mismo sin cansarse—.

Me hice amiga de tres perros, yo los alimentaba. Ellos eran mis aliados.

Cuando dejé de estar enfadada con Adán por su obtusa mentira, lo intentamos de nuevo.

Llevé nuestra porción generadora en la mano cerrada, bien apretado el puño. Dormí con el puño así y, apoyándolo, las quijadas como si de una cuerda me detuviese yo con los dientes para no caer a un precipicio.

Algo empezó a revolotear en mi puño. Un aletear de mariposa. No me dejé engañar. Apreté más el puño, seguí cerrándolo, convencida que aquello que papaloteaba era la muerte.

Seguí con el puño cerrado. Y adentro de él, siguió el papalotear.

Tuvimos sed. Bebimos agua. Comimos crudezas. Quise hacernos un guiso. Deseaba manducar algo en que hubiera corte, cocido o condimento. Y deseaba también continuar apretando el puño para que aquello no se escapara, se terminara de cocer.

Frente al fuego, al poner un puño de hierbas sobre el recipiente de barro, obedeciendo un reflejo abrí el puño: la semilla inmadura cayó sobre las brasas. Yo había fallado en un punto: es imposible cocinar con una sola mano. No hay manera. Mi primer posible hijo murió porque me lo pidió la boca.

Mis perros aullaron.

Adán y yo lo intentamos a un tiempo otras dos veces. Una fue que Adán puso nuestra semilla en su culo. Esa se cuenta rápido, porque de ahí no salió nada más que la semilla misma en su siguiente evacuación. De la otra hay un poco más que decir. Coloqué nuestra semilla en el pabellón de mi oreja derecha. Mi cerebro y mi semilla cantaron noche y día a coro.

Por la noche, rumoraron los arbustos, todas las hojas se unieron al coro. La verdura replicó en mil tonos y voces lo que yo le canté a la semilla.

La semilla nuestra echó raíz en mi oreja. Sus ramas se dejaron ver, subieron por mi cabeza, pasó por mi frente esa fronda personal, expandió en su espesura.

Tenía lo suyo: si Adán deseaba un poco de sombra bondadosa, nuestro hijo vegetal se tornaba rehuyéndolo, se acomodaba hacia el lado opuesto de Adán, negándose a darle sombra. Por esto y otras, cuando yo dormía, Adán vino y podó inmisericorde las ramas de nuestro hijo, no le dejó ni una hoja viva. Sobre cada muñón de rama, Adán talló la sal.

Lo de Adán, no me pareció nada bien. Me había hecho la ilusión de que ese hijo nuestro nos daría en breve una fruta, y que ella y sus raíces serían deliciosas, tal vez tanto como aquella manzana original. La idea misma repugnaba a Adán: *¡Comer hijo!, ¡piensas en comer hijo, y aún así dices que lo que yo cuento de ti no es cierto! ¡Infame Eva! Pensar en comer hijo comprueba mi versión de nuestra historia*.

Días después, arranqué las raicitas y el tronquillo reseco, el cadáver de ese intento. Era inútil y pesaroso cargar con un muerto en la cabeza.

Seguimos con los intentos, aunque estuviéramos agriados los dos con los dos. Habíamos comprendido que a la semilla nuestra había que protegerla y esto nos daba una causa común. Debíamos guardarla como algo *nuestro* en mi cuerpo para que algún hijo madurara.

Adán tuvo una idea y la llevamos a cabo, los dos de acuerdo: él plantó su porción de semilla en mi cabello. Únicamente su porción.

Mi cuero cabelludo respondió pataleando vigoroso ante el huésped, y la moción consiguió fermentar a su semilla generadora. Ya que se dio a crecer, mi cabello desobedecía mi mandato, se enroscaba alrededor suyo. Mi contribución a la semilla de Adán se imponía, era como un turbante, cabello enroscándose sobre él mismo, acunando y nutriendo a la media semilla de Adán.

Crecían a la par, cabello e hijo. El turbante mío se hizo inmenso. Se movía. Daba saltos elegantes.

Mi largo y lustroso cabello cayó sobre mis hombros al tiempo que el caballito que acunaba dio su primera coz. Divino animal, bendito.

Así fue cómo del cabello engendramos al caballo. Hijo de nosotros, recuerdo de nuestras pezuñas, semilla de Adán, cercanía de mi piel, de mis sueños, mis pataletas.

Caballo, el de sueño efímero, inestable. El caballo es el animal que duerme de pie.

Hermoso el caballo, pero incapaz de palabra, y por eso a mí no me bastaba. Adán, en cambio, había entrado en un delirio paternal y se complacía con la progenie. Podía gobernar al caballo. Ya no era el que me seguía, el que iba tras de lo que yo hiciera, el que rabiaba contra mí, sino el que le enseñaba cosas a *su* caballo. Lo llegó a montar incluso. Era un Padre enorgullecido, arrogante, mandón.

Mi ansia de palabra era mayor, porque, acompañado del caballo, Adán ya no escuchaba. Le bastaba el caballo para sus días. Me impuse, y entró en razón. No desconoceríamos al caballo, al contrario.

Volvimos a intentar un hijo. Le di yo a Adán mi porción generadora, escupió sobre ella y le echó no sé qué más, mientras cantaba. Me hizo una incisión en el vientre, al lado de mi ombligo, y en ella puso nuestro intento de engendro.

En el momento en que esta creció y buscó espacio, se removieron mis tripas, molestas, echándola de sí. Afuera estaba la hostil atmósfera, y la materia fetácea cayó gelatinosa, un remedo de ser, sin vida alguna.

Había que imitar a las bestias. Lo supe de noche, en un sueño.

Mi vientre era el lugar para que la semilla madurara. No el sitio obvio, porque nosotros no somos como las bestias, no daríamos a luz animales, sino a seres con palabra, no a uno hecho en y de lo natural, sino a un descendiente de esa anómala fruta, la manzana, y de mi apetito de placer, y del fuego, y de nuestra fragilidad. Contra todo sentido común, mi vientre era el sitio más probable.

Por esto, Adán y yo copulamos por primera vez. La semilla nuestra se formó adentro de mí.

Mi olor cambió. Mi forma cambió: me volví toda vientre, fui Panzota hermosa. En mí había otro, formándose, lento, auditivo, sensorial. Y por esto yo olía más, sentía más —mi clítoris más él mismo que nunca—, percibía con mayor ojo y piel, entendía mejor. Al tiempo que acunaba al hijo, me hacía a mí misma, otra nueva, distinta.

Mi nueva manera de ser tuvo un efecto inmediato: Adán se sintió desplazado. Advertí en él temor y enojo. Ante lo que pasaba tan afuera de su dominio y escrutinio, Adán creyó que eso parecía no ser asunto suyo. «¿Y qué tal —se preguntaba— que ella lo está haciendo solo con su semilla, tirando a locas mi contribución?». El posible vástago pasaba tanto tiempo en ella —decíase Adán—, que después se alimentaría de ella, viviría apegado a ella. ¿Y él? ¿Qué y quién era él? Se supo desplazado. Se dio por vencido.

Adán dejó de prestar atención a nuestro hijo caballo y este huyó a las planicies, a soñar a solas y a engendrar como pudiera un caballito más.

En cuanto nos dimos cuenta de la huida de caballo, Adán intentó destruir la historia que yo había dejado grabada en la piedra. La golpeó con un mazo y con los puños. Me interpuse y lo pude detener, a pesar de su furia. Vuelta, convertida en Panzota, era mayor mi fuerza.

Quise encerrar a Adán, guardarlo junto a mí hasta que naciera el hijo, pero no pude hacerlo. Adán escapó. Dormía al aire libre. No sé qué hacía con todos sus días. Yo vigilaba que no regresara donde nuestra historia estaba escrita, preservando la memoria.

Y el vástago crecía, tan sólido como el árbol, tan lleno de alma, un árbol que me tenía solo a mí de sol rojizo. Lo sentía yo moverse. Hablé con él, y mi chiquito respondía. Mi cuerpo cambió, ya no solo por el vientre. Mis dos piernas parecieron cambiar eje. Mis pechos crecieron. Mi cabello brillaba y era quebradizo. El sentido del olfato se me agudizó.

Lo siguiente que deseó Adán fue destruirme a mí.

Adán se encabritó con el ansia de destrucción. Cambió la velocidad de sus movimientos. Se volvió depredador. Me atacaba apenas verme. Cerqué con varas largas la entrada a nuestra casa. Solté a los perros: no atacarían a Adán, pero me indicarían si se acercaba.

Clavé una segunda cerca cuando intuí se aproximaba la llegada del hijo.

Amanecía cuando me abrazó un placer sin par, un placer mayor que el que se creería pueden percibir los sentidos. Supe que había llegado el momento. Me guardé adentro de nuestra tienda. La sensación que me bañaba no me permitía estar de pie. Me puse de cuclillas, húmeda de sudor. Mi respiración, mis músculos, todo cambiaba ante el placer generoso que me abrazaba. Pujé. El hijo salió de mí entre mis piernas, bañado del líquido suave de mis entrañas. Fue un delicioso alivio, aunque se llevara esa sensación sin par que no sé describir. Le puse nombre al hijo: Caín.

Caín estaba enlazado a mí por un cordón, como el cachorro a la madre. Corté el cordón, y le anudé a Caín lo que había sido su enlace a mí, volviéndoselo un botón con él de ojal. Mi cuerpo dejó salir la bolsa en que lo había guardado. La enterré en la entrada de nuestra tienda, cantándole para celebrar su ayuda: eso había sido el nido que nos había dado al hijo.

Pensé en llamar a Adán a que viniera a verlo. Lo temí, también. No tenía fuerza para defendernos. Con el niño en brazos debía protegernos a él y a mí.

Dormí unas horas con el hijo pegado al pecho. Pensaba: tengo que decírselo a Adán, pero de tal manera que se le haga visible, le recuerde, le ratifique que la semilla que lo gestó era nuestra, una semilla bicéfala.

A la mañana siguiente ululé afuera de la tienda, llamando a Adán. Vino, con cara de pocos amigos, y fue un desastre hablar con él. Prefiero ni acordarme.

Caín, que creció veloz en las horas que siguieran a su nacimiento, ignoraba lo que borboteaba la boca del padre, no tenía oídos para el odio, aunque entendiera todo. Tapaba las maldiciones de Adán. Decía, una y otra vez, mientras Adán escupía sus cosas: «La vida es buena, ¿cómo puedes decir que lo que nos dio Eva es malo?». Está en esa frase parte de la esencia cainita.

Supe lo que debía hacer: apresurarme a que engendráramos al siguiente hijo, y hacer el teatro de la fecundidad *afuera* de mi cuerpo. Tenía que sacar la acción de mis entrañas.

Recurrí a un Ángel, y este llamó a un Gigante.

(Un paréntesis: llamé al Ángel echando mano de lo que restaba de aquella piedra que él, agresivo, me aventó, regalándome sin saberlo tantas riquezas. Tomé el cristal y le hablé:

«Piedra, sé mía, llámame al hermoso de quien obtuve el fuego que fue el alma del fogón, el ablandador y el que despertó tantos sabores en los alimentos. Llámamelo».

Pero el cristal no respondió. Me desnudé. Mis pechos redondos de leche y vida. Toqué el clítoris, despertándolo con un renovado sentir tras el paso de Caín. Puse los dedos de mi otra mano sobre uno de mis pechos, y sentí, también nuevo, también magno. Dije:

«Bello te supe desde que te vi, portador del fuego, generoso, me regalaste la alerta a la belleza. ¡Ven! Toma de mí. Te necesito.

»Convoco también a uno de los gigantes, porque sé ustedes, enormes, me espían. Elijan quién. Ángel, belleza en fuego aparecida: controla la maldad del Gigante, sé bondad…».

Eso bastó. Mi ritual de carne los trajo a los dos).

Muy someramente he mencionado al paso a los seres de otras naturalezas que intervinieron en nuestras primeras etapas, porque nuestra vida era tan poderosamente inquisidora que no había tiempo para verlos. Pero ahí estaban: el ser de Luz portador de fuego, el ser bello *per se* que era el ángel, y el desproporcionado y temeroso, que infundía un temblar y zozobrar que animaba la atmósfera. Estos segundos eran los gigantes.

Los gigantes formaban grupo. El Ángel, siempre unitario. Los gigantes sabían reír, obedecían el hálito de la aurora, perpetraban desproporciones, se dejaban pisotear por los seres animales bestiales, solo para marcarles las patas de cosquilleos mortíferos. Parecían benignos, no lo eran. Los Ángeles por supuesto que ni siquiera lo parecían.

Para el teatro que debía montarle a Adán, yo los necesité a todos. Viéndolos frente a mí, les hablé, implorándoles:

«Gigante, dame locura. Ángel, dame belleza y olor, y fuego».

Los dos, que me deseaban, me vieron con una simpatía diversa, atizados con la idea de participar en la aventura generatriz.

Tuvieron un cónclave entre gigantes y ángeles en el que no participé, del que solo puedo imaginar fragmentos estridentes que mal lo representan.

Tramaron pensando en Adán, sobre todo.

En su cónclave decretaron que la menstruación era la manera de indicar a Adán que ahí, en mi cuerpo, se estaba cosechando vida. Indicándoselo con el contrario, con algo que aparentaba ser sangre derramada y no lo era.

Adán cayó en la trampa, y yo me dejé llevar.

El costo de la menstruación no fue el mes por mes, ese qué más da, sino el parto, porque al nacimiento se le intentaría anexar, ellos decidieron, el dolor. Pensaron la trama, confirmo, gigantes y ángeles, por bien de la teatralidad que daría a Adán la manera de creer que él era parte de esto.

Para que él no se sintiera desplazado, Eva sufriría al parir, él se creería privilegiado. A él no le dolía, él ponía su parte de la semilla, y la mujer ponía el dolor.

Qué trama tan estúpida, y tan eficaz.

Mala idea, sobre todo. Adán, ya para entonces cargado de resentimiento, marcó a Abel con ese signo.

Mientras tanto, Adán había estado perpetrando la trama de una historia nuestra que cuadrara a su sentir. Y decidió que había pasado lo que ustedes ya han oído contar:

¡Válgame el despropósito! Decía Adán: Que un Él (innombrable) lo creó todo, y que lo hizo de barro y le infundió el hálito de la vida para que disfrutara de la creación. Como Adán estaba solo, Él decidió sacar a Eva de la costilla.

Yo era nada más un pedazo de un señor enfadado.

Y encima de eso, contaba Adán, no solo él era el primero y el origen de mi persona, sino que yo, cuando comí la fruta, porque esta era prohibida (?) por Yahvé (?), pequé (?), y traje a nosotros la expulsión (?) del Edén que era paradisiaco (fabulosa mentira); que por mí se nos impuso el trabajo como un castigo (barbaridad), y el dolor en el parto (ya saben la verdad).

Con su hablar cainita, Caín decía, cada que oía la arenga adanita:

«Pero Adán, el conocimiento es cosa buena, la vida es buena, ¿cómo puedes decir que lo que nos dio Eva es malo?».

Llegó el día de dar a luz. No hubo anuncio en placer, como fue el caso de Caín. El dolor pegó, como un látigo que me cruzara el cuerpo del cuello a los pies, de la quijada al ombligo y más abajo.

Tuve que gritar, aullar, un bramar que mis oídos desconocían, porque yo ni sabía que tenía esa voz.

Tras el grito, el sudor y la serenidad. Había pujado —lo supe entonces— no sé cuántas veces, pausé y escuché el «¡Es un niño!» de Abel.

Me daba lo mismo. Por mí que fuera un monstruo acéfalo, que tuviera siete piernas y todas llenas de espinas, como los cactus… ¡me daba por completo lo mismo!

Abel, a quien puse entonces el sobrenombre el Fuete, crecía del resentimiento exponencial. Vivía cercano al padre y pegado a los corderos y sobre todo a una perra que Adán había domesticado a golpes. La perra adoraba a Abel. Sobreprotegido por Adán y la perra, los seguía noche y día, sin saber estar a solas, llorón y quejumbroso. La fuerza de su madre se había retirado de él desde su nacimiento.

Adán, por su parte, hablaba largo con su creación, su «Él», y nada conmigo. Intentó darme órdenes —eso no es hablar, acordarán conmigo —. Lo ignoré.

Nació Ara (la llamé Delicia, porque lo era), la tercera parida remedando al animal, que nació con clítoris, ¡gran y hermosa sorpresa! Esa manzana era algo verdaderamente fantástico.

Adán quiso darle órdenes a Ara, órdenes muy distintas de las que daba a los hijos varones. Eso yo no lo quise permitir, pero poca falta hacía porque Ara mi Delicia le dio siempre oídos sordos.

Adán predicaba que el Dios de los Ejércitos echaría a los cadmoneos, faítas, cenezeos, jebuseos, hititas, amorreos, quenizitas. El corazón lleno de odio hacía un enemigo de cualquier sombra, y creaba sombras donde no las había. Cayó en una especie de vapor del conocimiento.

Mientras tanto, yo sembré, procuré y cultivé la rival enemistad de los dos hermanos. El lazo entre Caín Semillas y Abel Fuete fue mi jardín del odio. No guardaba el odio en mí, el que yo había incubado contra Adán; los infectaba a ellos de odio y creía así quedar libre.

Adán hilvanaba con más cuidado su fábula, que él se atrevía a llamar «mi versión de los hechos». No era versión salida de la honesta memoria, sino del rencor y del vapor que digo.

El odio era más frontal y, igualmente irresponsable, caía sobre otros.

Abel y Adán le hablaban a un «Él». Inventaron los rezos con los que se permitían repetir hasta el fastidio las frases de su monólogo. Inventaron rituales. Pronto, Adán y Abel quisieron imponer el no trabajar, no gozar, no disfrutar la tierra. Adán solo quería matar. Hizo una flecha, hirió a un pequeño venado, se lo comió de trompa a cola sin dejar residuos.

Fue el principio. Abel reunió cabras en un rebaño, las controlaba —como el padre había hecho con el caballo—; las mató; las desolló; puso a secar sus pieles, las zaleas; colgó en porciones sus cuerpos para desangrarlos, una parte separada de la otra, acá la cabeza, lengua, hígado, riñones, panza, pulmones, corazón, tetillas, sesos; allá las piernas, el cuello, los labios, el sebo.

Colgaban de las ramas, pendían de cuerdas que Abel Fuete le pedía a Caín Semillas. Gran fue el disgusto de Caín cuando supo dónde terminaban los cordeles que él tejía con los frutos de sus cultivos. Exhibidos así, en porciones, los animales que dóciles lo habían seguido o que indóciles se habían convertido en sus cautivos eran piezas bajo su dominio, y él se paseaba entre ellas, vestido de piel de borrego.

Desangrados, se los comía. Al lechal lo dejaba entero, para asarlo. Hizo lo mismo con borregos. Lo hizo con los vacunos. El olor me repugnaba.

Se llamó a sí mismo pastor, omitiendo el obvio «carnicero». Pastor había sido antes, era cosa suya la granja donde encerraba a sus animales en corrales, declarándolos de su propiedad —¿a quién sino a él se le habría ocurrido tamaña barbaridad?—, así no requería ni caminarlos rumbo a su muerte, porque donde los engordaba, les cortaba el cuello.

«Mi hijo», me decía, «me repugna». Exigí sacara el corral y su plantío de piezas de muerte de nuestros ojos, pero Adán lo defendió, argumentando había que tenerlos cerca para protegerlos. ¡Proteger! Para matarlos y restregar en nuestros ojos el destazamiento. Atrás de ellos, el monte parecía, al caer la tarde, un cadáver más, desangrándose con vértigo.

57

Parí dos hijas en una misma camada, «lumbre» y «hielo». Dos pujos, dos distintas: una tenía el cabello rizado y negro como el mío, y como mi piel era la suya, oscura. La otra era pálida, y de cabellos decolorados, como si adentro de mi vientre no hubiera habido colorante sino para la una, la que nació primero, sus labios rojos. Una era iracunda, impredecible y apasionada, la otra parecía insensible a lo que fuera, en una órbita distinta, como el hielo; meditaba cualquier respuesta.

La rubia dormía. La negra reía, se agitaba, a todo respondía con rapidez. Con ellas terminaron los tiempos en que las crías de mujer maduraban inmediato al nacer, comenzaron por ser niños pocas semanas —generaciones después empezaron a ser niños por una eterna década—.

Las primeras almendras que comimos Caín Semillas y yo fueron, así lo dijo él, «patéticas, mamá, parecen muertas de hambre». Fue mucho el trabajo para robárselas a su incomible fruto. Al tostarlas, quedaron de buen sabor y textura, tenían el pero de ser diminutas como ajonjolíes, aunque de mucho mejor sabor que estas. Ya lo sabíamos: ese diminuto obstáculo tenía solución. Caín había remontado más difíciles. Requirió lo que en casos anteriores: para conseguir el tamaño apropiado, bordar uno con otro, vía las ramas de árboles jóvenes, hasta alcanzar tres o cuatro distintos frutales. Uno por fin produjo un tesoro que hoy seguimos comiendo.

Al margen de la almendra: encontramos una semilla que se parecía a la original, la que tomé cuando salimos del Edén. Cuántos intentos para por fin, un día, obtener una manzana paradisiaca. No lo vi hacerlo, esto vendrá después.

Caín Semillas, Ara mi Delicia y yo hacíamos distintas formas de cerámicas, mejoramos el horno, conseguimos la vidriada en los recipientes. Todo cambiaba, los guisos, los cultivos, y nuestro gusto.

Hicimos collares, aretes, brazaletes, ropas porque trabajamos arduo en el telar. Pintamos figuras en las ropas que hicieran juego con las que teníamos en la piel.

Adán insistía en su versión de la historia, repetía su obtusa mentira. ¿Por qué obtusa? Si no bastara lo que he contado, he aquí otro porqué: la Tierra misma se hubiera opuesto a la creación de Adán de la manera en que él, reduciéndolo, relata: que Él con su poder sagrado formó al varón del polvo de la tierra, sopló en sus narices aliento de vida, y el varón se convirtió en ser viviente. Aquello no pudo ser, y de haber llegado a ocurrir algo similar, hubiera sido más parecido a otros relatos que trataron de dar pies y cabezas al de Adán. A saber:

«Cuando Él envió al arcángel Gabriel a recabar el polvo que requería para crear a Adán (un puño rojo, otro color cobre, otro blanco y el último negro como la roca que avienta aún líquida el volcán), la Tierra protestó, con palabras ("Invoco a Alá, en tu contra, Gabriel") y con movimientos tan decididos y ásperos, que Alá desistió.

»Pero no por mucho tiempo. Poco después, llamó al arcángel Miguel, y lo instruyó, "recaba polvo rojo, cobre, blanco y negro, tráelo de los cuatro puntos cardinales". La Tierra protestó enfática (con terremotos y maremotos, alternando sequías y diluvios, eructando lava y escupiendo fuego continuo de sus entrañas, soplando vientos huracanados, bajando su temperatura hasta helar los mares y subiéndola de súbito hasta volver vapor lo que hacía instantes era nieve). La Tierra le repetía: "Invoco a Alá, en tu contra, Miguel".

»Entonces el Creador envió al Ángel de la Muerte, que no cejó hasta terminar su misión. La Tierra entonces, temerosa, guardó silencio».

Si fuera verdad (definitivamente no lo es) que Adán fue creado de polvo y un soplo, al primero lo acarreó el Ángel de la Muerte, y el soplo que lo insufló, por lo tanto, fue el pavor y el odio.

No había día en que no sintiésemos la energía, la fuerza, el poder de la Tierra. Oíamos sus voces (porque ella tiene infinita cantidad, no como aquella gutural del Edén, opaca, cadavérica), generaban vidas diversas, del búfalo a la guacamaya, del lobo al caimán, del halcón a la mantarraya o el ciervo o la variedad de vegetales con sus frutas. La Tierra nos procuraba o nos trataba con la rudeza que corresponde a la roca, la piedra inmensa que hay al pie del precipicio —y, todos sabemos, ha sido en ellas donde desde un principio guardamos nuestra memoria, porque es la Tierra nos provoca a contarla—. Es por ella que habló el primer árbol, es por ella que hablamos nosotros.

Si nosotros fuéramos más de ella, no hubieran ocurrido tantas, tantas cosas. Para empezar, no habríamos pasado una era en el acartonado Edén.

Fin del quinto libro

Otra versión de los hechos, de fuente autorizada:
Cuando la Tierra comprendió que Él había dormido a Adán para hacerle una esposa fértil que daría a luz fértiles hijas, se zangoloteó furiosa. Le preguntó:

—¿Por qué me haces eso? ¡Qué voy a hacer con tantos viviendo a mi costa!

—Lo que yo quiero es que los seres vivos, los que pueblan el mar, la tierra y el aire, vean la gran diferencia entre mi Ser y el de las personas, y para eso necesito el coro.

—Piensa en mí. No tengo la fuerza para producir comida para el rebaño de adanitas.

Él le contestó:

—Tú no te preocupes, entre tú y yo encontraremos la manera de alimentar a esa horda.

Acordaron: para Él, la Noche, el día, para la Tierra. Él ayudaría a la Tierra a producir con su apoyo: haría llover a los cielos para mantenerla húmeda, y durante la noche, pondría a dormir a las personas, de esta manera asimilarían sus alimentos y recobrarían fuerzas; fortalecida por la oscuridad, la humanidad sembraría en las diferentes partes de la Tierra, sembraría el arroz en las humedades, el frijol y la calabaza entre terrones, el ostión y el pez en las aguas; cosecharía, pizcaría, pescaría y cazaría en mar y en firme.

Después de su acuerdo, los dos (Él y la Tierra) expresaron cuáles serían las irrefutables excepciones: el infeliz que lo traicionara a Él o se traicionase a sí mismo, no dormiría; el grupo que maldijera, infamara y saqueara sin cordura la Tierra, recibiría a cambio heladas y caniculas mortales.

Nota de Eva: Si alguien me creó a mí, fue una diosa.

Si yo elijo a mi Diosa, ella fue La Tierra. En ese caso, el Trueno me abdujo a su Edén, haciéndome perder temporalmente la memoria.

Otro papel:
Si era una diosa quien te creó, Eva, debiera haber sido Coatlicue, la madre de todos los dioses y de todo lo viviente —una de sus hijas es Coyolxauhqui—. La Coatlicue, dadora de toda vida y de toda muerte, de su cabeza decapitada brotan dos serpientes (lo que se arrastra por la tierra), de sus piernas mutiladas, un águila (lo que vuela más alto). Ella reúne a los contrarios. Ella es acción y es pensamiento, es el pasado y el presente, híbrida más allá de ser su cuerpo de distintas naturalezas. Es

perfecta en su imperfección. Ella te hubiera dado una inercia distinta, y de ti, madre de nosotros, y también a nosotros. Yo a eso rezo, Eva, a esa madre terrible y generadora, a la Coatlicue.

Y si así fuera, en los cuatro puntos cardinales reinaría Coatlicue, en el oriente, norte, poniente y sur:

Irás hacia el rumbo de donde la luz procede. Irás hacia el mundo de donde la muerte viene. Y luego irás hacia la región de las sagradas sementeras. Y luego irás hacia la región de espinas, el sur.

Otro:
Mis hijas copulaban, mis hijos encontraban goce en ello, sin distingo. Comíamos cada vez guisos más deliciosos. Nuestros frutos eran cada temporada más sabrosos. Vivíamos para gozar. La memoria se confunde y da por hecho que eso era el Edén, pero no era sí: eso era la Tierra, un telón para el goce.

Otro papel, un paréntesis:
(¿Clavaría la manzana deliciosa del principio sus semillas en la Tierra, y quedó ella tocada por la vida de esa fruta? ¿O fue la Tierra, como los hechos comprueban, quien generó, en un descuido del Trueno, la vida en el árbol que parió la fruta deliciosa?). (¿Fue la Tierra el subrepticio jardinero del Edén, habiendo tendido el árbol por descuido una pata de su profunda raíz hasta la arenosa superficie de su primera terraza, y desde ahí se deslizó oculta entre la arena y la tierra, hasta llegar a la primera, mágica terraza, arraigándose en alguna de sus esquinas?). (¿O es que la Tierra magnífica, madre de toda lengua, provocadora de toda memoria, hacedora de la vida, no requirió de la pata tentaleante de la raíz del árbol abriéndose paso entre la arena, las rocas, los trozos de piedras arrojadizas de la boca del volcán, para transmitirle la vida que la fruta me pasó a mí, y que nos volvió a todos nosotros seres terrenales?).

Otro de Adán (y una hija respondona):
—Yo era más grande que el más grande jamás creado, y el más bello y perfecto, porque Él, cuya grandeza lo vuelve innombrable, me quería a su imagen y semejanza.

Es un hecho: nadie fue más hermoso que yo, más fuerte, más hábil, más ágil, ni nadie más sabio, porque antes de yo nacer, antes de que mi alma fuese asignada a mi cuerpo, Él me llevó a ver el destino del hombre. Me dio una compañía, la mujer…

—¡La mujer!, ¡por dios, papá! ¡Ya párale a eso!

—Díselo, y lo mantengo, porque es manera de nombrar al humano, y porque el hombre fue el primero y fue y ha sido siempre el modelo…

—¿Dirás el superior?

—Nadie es superior, sino Él. Aunque debo recordarles que solo yo fui hecho a su perfecta imagen.

—¡Ya basta, papá, ya basta!

Otro de Adán:
«Eva no fue la primera», soltó, «a esa que lo fue, a ella, tan hermosa, la pude querer porque no la vi nacer. En cambio a la varona, la que ustedes llaman errados Eva, yo hubiera preferido no tener ningún tipo de trato con ella. ¿Y cómo iba a ser distinto, si vi cómo me la sacaron de una rebanada de mi muslo?; ella siempre me dio repugnancia».

Otro de otro:
Los pelos se le pusieron de punta a Adán al morder la manzana.

Daba risa.

Uno de Caín:
… si es cierto lo que dices de la manzana, Adán, el conocimiento es cosa buena, la vida es buena, ¿cómo puedes decir que lo que nos dio Eva es malo?

Uno de Abel:
… con los huesos de los animales que había matado preparó percusiones. Con sus pieles, tambores. Ni unos ni otros tenían aún nombre, ni Abel intención alguna de darles ritmo, sentido: quería agredir y dominar, volvernos como los seres que habían animado las partes que él golpeaba para enruidarnos, volvernos cuerpos inertes a punta de sonar fuerte y temible.

Porque lo que él hacía era temible.

Intenté convencer a Caín que debía responderle con las mismas armas. Él no escuchó, pero intuitivamente usó su flauta de carrizo, que imitaba el tenue sonar del viento entre las ramas de aquellos árboles de hojas inmensas, ramas que apenas se meneaban de vez en vez, no precisamente rígidas, más sólidas, como piedras suspendidas que sabían jamás caerían al abismo.

Atolondraba para bien, calmando ánimos, el sonar guerrero. No era como la tormenta, ni como el estruendo que precede al rayo que parte la

oscuridad del cielo o pinta el azul de blanco tísico.

Nos atolondraba, Abel cavilaba. Sabía que iba a confrontar a Caín, confiaba derrotarlo, llevarlo al fogón ya sin vida. No sé si comérselo, aunque es posible deseara hacerlo. Calculando, sabía de la posibilidad de perder. Entonces fue que escondió su semilla.

Otro de otra (también dícese de Eva):
Creo saber que algunas hijas se desprendieron de mi cuerpo, crecidas de mí, cuando aún no era mío del todo el músculo, el hueso, la piel, los ojos, sin padre ni parto.

De mí se desgajaron, sin dolor, sin conciencia, sin voluntad de alguna de las dos partes. Digamos que fue como si mi mano hubiera echado a andar por su cuenta, o mi nariz. Fui, tal vez, una hidra por tiempo indefinido, pero una hidra no de la cabeza, de la cintura para abajo. Así no hubiera dolor.

Otro: La semilla de Abel despertó.

Colándose entre las piernas de las hermanas de Abel, engendró nietos míos de piel sin tinte, casi traslúcida o rosada, hombres y mujeres blancos, de cabellos desteñidos. A su lado, eran las sombras que la noche, de tener la intención, habría pintado de nosotros. Sombras baldías, sombras con nuestra forma, pero sin la presencia digna de la sombra. Cuasi blancas, ni de asomo con la claridad de la nube.

Otro papel, se dice de Eva y es distinto:
Me enfermé de un padecimiento que no me he podido explicar. No empezó súbito sino de manera gradual. Lo primero fue una molestia minúscula ante la luz intensa del medio día.

La persona busca el sol, como los vegetales. Lo sigue, cual perro fiel. Yo, en cambio, necesité protegerme de su luz. Mudé el fogón al interior de la casa, contra el deseo de los demás, que disfrutaba remover las brasas y mirar los varios colores del fuego. Para mí, el fuego no era objeto de goce o inspiración para pensar, sino un utensilio para cambiar de signo los elementos, un utensilio de trabajo, de vida, de transformación; para ellos, el fuego era un descanso.

Mi disgusto por la luz se intensificó. Metí bajo techo el molino, donde había guardado los granos. Si no había quién me trajera la cosecha, comía lo que tenía a la mano. Mi reacción hacia la luz era algo físico, que yo no controlaba, y que más que ser un «gusto», como lo he descrito, era física, corporal. Dejé de salir de casa. Cerré las ventanas, cegándolas. Después, escondí el fuego atrás de un receptáculo de ladrillo —que favoreció el proceso de cocimiento—. Sin proponérmelo, obtuve un fermento que usé

con la masa, consiguiendo levantarla, hacer pan. Igualmente el vinagre. Fui tenaz contra las moscas. El oído me guiaba en la tiniebla continua que había conseguido conservar.

Cuando empezó a llover, no obtuve suficiente alivio para mi alergia de la luz que para entonces se había exacerbado. Ya no soportaba yo ni la pálida luz del día cargado de negros nubarrones. Desesperada ante la reacción de mi cuerpo hacia la luz, ansiosa por ver la Tierra, encontré serenidad en una idea: yo iba a contar mi historia. En esta habitación había tinta y pergamino. Podía hacerlo.

Pero en lugar de esto, encontré el camino al pan. Fermenté la masa. La puse al horno. Gozamos.

Una noche, pensé que mis dos instintos de sobrevivencia eran lo mismo: hacer el pan, era hacer nuestro lo que nos dio el azar. Pan, historia; pan, relato; pan, delicia.

Sin pan, sin gozo, rechazando la luz, yo habría muerto del tipo de inanición más humana. Pero di con el pan, y este me llevó a la luz. Y su luz me llevó a contar la historia que aquí se lee, entre otras.

Relato de alguna hija de Eva: Esto es lo que yo le oí decir a Eva, y estoy segura de que eso fue lo que dijo:

1. Cuando todo era el Caos, yo no estaba ahí, pero yo era parte de ello. Mienten los que hablan de los monstruos de la oscuridad que se desplazaban en la incuerda desustancialidad. Argumentan que los horrendos vagaban inmundos, la cabeza de alguno en órbita, su pie fijo sobre el vientre de otro, allá los miembros, también desmembrado. Dicen que cada trozo, separado del todo, ansiaba al resto, y que en eso la gravitación que los debiera unir operaba enemiga, alejándolos de sí mismos cada vez más. Van más allá, diciendo que fue esa ansia, esa voluntad de que el cuerpo estuviera con las partes del cuerpo lo que conglomeró y organizó, y que por obra de los espantosos tenemos hoy lo que vemos. ¡Absurda idea! Lo cierto es que no había ni nada ni todo, sino Caos, y en ello el principio y el Fin.

Algo amarró los cabos sueltos, o deshizo el nudo, o peinó: los elementos se consolidaron. No ocurrió en un instante, porque el Tiempo no existía en el Caos.

2. Morder y gozar generó nuestra primera procreación. Fue de hechura involuntaria, a ustedes los generó el placer, se suscitaron por la atracción del aroma, del gusto, y de lo que de estos resta en los desechos —tal vez más de lo último, porque tiene su peso, mira nada más cómo huelen, si no quieres creerme—.

Si el dicho es que Adán fue hecho de polvo, yo diría que los polvillos que lo hicieron fueron de perfumada fruta mordisqueada, de lo que resta de ella al trisarla con los dientes, deleitarse, encontrar en el placer, el sentido. Si no, no lo creo.

Otros seres, como son colaterales, desconocen tal vez la lectura del sentido, el placer, el deleite. Pero por lo menos un par de especies reconocen lo que morder esa fruta generó, y son como somos.

El universo de seres de menor tamaño apareció convidado a la mesa de la vida, como la entendemos, la vida cultivada, la vida hecha por nosotros. Del mordisco a

mi boca, surtieron infinidad de voladores, rastreros, caminantes o trepadores. En su vuelo o su desplazarse, poco tardaron en saber que nosotros éramos su verdadera presa. En su arrastre, fue un parpadeo lo que les tomó darse cuenta de que en nuestras carnes —las mías primero, las de Adán inmediato— estaba su posibilidad de dar el bocado exquisito, y con ello su proliferación.

Cuando bajamos precipitados del Edén, venían con nosotros. Corrían, volaban a nuestro lado. Nos deteníamos, se detenían; reiniciábamos nuestros pasos, y nos seguían.

Entendía que era imprescindible proveerlos para que nos dejaran en paz.

3. Entramos a la tierra rodeados de nuestra prole, los insectos. Cuando llegamos, no era visible una sola flor. Necesitábamos la flor.

4. Cueva, casa - techo

5. Los helechos, los saurios, los insectos, el mundo sin flores. La vida escondida.

6. Ay, caballitos del diablo, de dientes aserrados, formando un corazón al copular para inseminarse.

7. La línea de alimentación, que es decir que así comimos: primero, la llamada manzana, excepción en el jardín.

8. Al bajar a la Tierra, soñábamos con dar otra mordida, lo más que podíamos era beber agua y mondar con nuestros dientes el hielo. Les siguió la sal. Protegidos por los continuos nubarrones de cenizas que corrían por los cielos, provenientes de un sinnúmero de ardientes montes, mientras bajábamos por el costado del río, probamos con deleite los moluscos, algunos suavizados o torneados de chispeantes sabores al someterlos a nuestro fuego. Después probamos los ostiones, en la primera laguna cambió la variedad, y se sumaron almejas diversas, los naranjas mejillones, los blancos callos pegados a las conchas, sacados con la punta de laja que fue, como el fuego, mi constante compañera.

Cuando llegamos a la orilla del mar, comimos pulpo y calamar. Las oleadas de mareas impredecibles, provocadas las más por los terremotos continuos, la lluvia de fuego del volcán, nos obligaban a guarecernos, hasta que un día nos fue imposible salir. La cueva en que estábamos, hecha de piedra calcárea y sal, quemante nos forzó a explorarle sus entrañas. Recorrimos una serie continua de pasajes oscuros, la mayor parte del tiempo a ciegas y buena parte a rastras, buscando un lugar que no produjera ardor, escozor o dolor en la piel, y que no nos hiciera sentir ahogo. No había comida y tuvimos que echar mano de nuestra prole, los pequeños insectos.

Porque los seres procreados por nosotros en el jardín original habían sido pequeños, diminutos, pero en la Tierra los había enormes. El polen era abundante —los vegetales de ese mundo sin flores requerían cantidades bárbaras de polen para reproducirse—. Estos seres inmensos comían carne de otros insectos, fueran o no de su propia especie.

La Tierra era de caníbales, muchos rastreros. Los que llegaron con nosotros también habían sentido el impacto del polen y la influencia de los gigantes. Varios perdieron las alas. Al momento que cuento, eran los más de nuestros acompañantes, rastreros como nosotros en el laberinto subterráneo.

Con mis piedras hicimos fuego, cuidando alimentarlo donde hubiera salida al humo y entrada de aire fresco. Así, >bajo la superficie, devoramos a nuestra prole,

previo salarlos y asarlos; sus sabores, así no se compararan ni de lejos al atractivo de la manzana original o la dulzura de algunas almejas, saciaban y halagaban, acompañando de su gusto nuestro encierro.

Ya solos Adán y yo, trasegando en pasadizos que debieron haber sido abiertos por alguno de aquellos artrópodos o arácnidos que habíamos visto en nuestro camino, llegamos a una gruta de dimensión menor, que de tan negra daba la impresión de brillar. Las paredes eran suaves, al rozarlas nos acariciaban la piel.

La Tierra seguía con su temblar continuo, diciéndonos que aún allí donde estábamos, pisábamos su territorio, que ella comandaba la mar, gobernaba sus entrañas.

Por las sacudidas, los túneles se reconformaban de continuo, y nos llevaron hasta una galería en la que caía un rayo de luz rojiza, pues en lo más alto de su bóveda había una abertura al exterior. Por esta empezó a gotear fuego, fuego líquido que se salpicaba en desiguales chispazos. Aquello no duró.

La luz de la galería era rojiza. Iluminaba un estanque de forma irregular, en el que sobresalían algunas rocas también rojizas. El agua era traslúcida, con ágiles peces azulados nadando cerca de la superficie. Un par flotaba, algún golpe de fuego los había tostado parcialmente. Los saqué del agua, y los acosté sobre una de las pocas rocas incoloras, grisáceas. En la luz rojiza eran iridiscentes, y tenían más tonos en las escamas donde no habían quedado pintados de negro, quemados.

Los salé.

Los probamos: Adán se pinchó la lengua con las agujas del bocado, por lo demás suave, de exquisito sabor y textura.

Sobre las rojizas paredes de la gruta, con mi punta de piedra, celebré nuestra estancia representando cómo había llovido el fuego en la gruta, cómo el monte cocinó para nosotros, con su fuego, la carne deliciosa de los peces azules, cómo, en el placer, Adán había quedado herido. Las marcas en la piedra, líneas color arena para las que no había viento que las moviera, ni agua que las borrase, porque llovió, cayeron empecinados goterones, el estanque subió de volumen, y bajo el líquido traslúcido, engrandecidas, fabulosas, seguían intactas, mirándonos.

Yo las tracé para recordarlas, pero eran ellas quienes nos guardaban en su memoria, impertérritas.

Llovió goterones constantes. Con la lluvia vinieron las ranas, croaron al llegar la noche, repetitivas, sin imaginación. No hay duda de que la rana no sueña, haciéndola distinta de tantos animales.

Necesité las dos manos para levantar una sola rana; la avento al fuego, la asé. Que se entienda: la tuve en las manos por haberla cazado. Para esto, la memoria; repetí lo que había observado en los caballitos del diablo: primero, observar inmóvil sobre una roca a orillas del agua, premeditar, calcular; estrategia digerida, rapidez, oportunidad. Pero a diferencia de la libélula, asé la presa para compartirla con Adán, la preparé al fuego, la comí sin premura, en cada bocadito una sorpresa, y de esto el placer.

Porque la rana, de aspecto y nombre deleznables, acumula en el sabor el agua, la arena, la tierra, la planta, el árbol, el pez y el ruido de cada paso, de cada ser que se acerca al estanque o el riachuelo que la aloja.

Nuestra reserva de sal mengua. Adán sale un día, regresa con los ojos perdidos, extraviados, sin contener una emoción que no comprende. Me habla: acaba de ver, por vez primera, lo que hoy fácil llamamos «flor», preciso una magnolia. La describe, sin continencia. No le creo.

Al atardecer, me enfilo por el mismo camino subterráneo tomado por Adán. Apenas sacar la cabeza, y solo la cabeza, encuentra, percibe mi olfato el árbol descomunal de magnolias. Espero la oscuridad. Saco entonces el cuerpo, con

cautela. Subo al árbol. Sacudo una rama, la más delgada que puedo alcanzar. Una flor se deshoja. Bajo, recojo los pétalos dispersos. Pasos allá, hay una flor descansando, casi entera, sola en su desmayo, herida. La levanto.

Escucho rugir a mis espaldas; percibo los pasos de un pesado saurio acercándose. Casi ciego, tronchaba todo a su paso, los arbolazos-helecho, las palmeras. Comprendo lo guía el olfato, y sin duda él me hubiese percibido, de no ser por pétalos de la flor con su pistilo, las partes y el todo de una muy perfumada magnolia.

Espero sin moverme a que el descomunal saurio, a cuatro patas, la cola zigzagueante, se deslice y se aleje. Está, repito, ciego, indefenso.

En el cielo las nubes de ceniza. Es doloroso respirar. Recuerdo como noble el escaso aire cavernoso.

Tembló la tierra, derruyendo la gruta. Quisimos regresar a donde el polvo es suave, de carbón mineral, pero el acceso quedó también destruido. Salimos por un estrecho pasaje en el que también todo se derrumbaba. La luz enceguecía.

Corrimos buscando escondite.

De la línea de nuestra alimentación: hongos y hojas verdes. Oso, venado, huevos y médula de diversos.

9. Estaban las abejas.

Caín fue quien guio a las abejas. Cuando años después llegara un mensajero con la nueva de que en su exilio había fundado una ciudad y explicó lo que esa era, comprendí que desde niño él sabía a qué estaba destinado. Por otra parte, él las guio, y ellas lo guiaron.

Abel trajo a las abejas corsario, que despojan a las nuestras de su miel.

10. En las tierras más bajas se volvió peligroso desplazarnos.

Al llegar a la planicie, buscamos resguardo.

Eran los tiempos previos a que la mar océana dividiera los cuerpos terrestres que hoy llamamos continentes. Helechos engrandecidos, como ceibas monstruosas, cubrían largas extensiones, bajo sus penachos de verdura, en dos patas y apoyándose en voluminosas colas, seres siempre hambrientos, manducaban noche y día, sus inmensas quijadas tronchando el follaje bestial de aquellas descomunales plantas. Volaban enormes libélulas, caballazos del diablo de tonos iridiscentes, y algunos de los grandes voraces, que habían conseguido despegar de la superficie, sus patas traseras alongadas de tanto rozar el viento (los pterosaurios).

No había una sola flor en la Tierra entera. Esta ansiaba algo bello.

Respondiendo a su deseo, y para ayudar en el vuelo a los saurios, brotó la pluma. Yo la vi nacer en la piel de un animal volante. Era necesaria su belleza, el pasaporte para existir se lo dio su utilidad mecánica. ¿Volar sin volar, es volar?, ¿es soportable que un lerdo cuerpo pesado de huesos huecos galope en los aires, sin demostrar de alguna manera su reidora utilidad? Las plumas llenaron lo que se necesitaba para que la vida siguiera su curso, indolora y hasta feliz.

Porque esos filamentos delgadísimos, ese parpadear de materia que es la pluma, ese ser y no estar, eso único, daba a la realidad un no sé qué de sentido en su absurdidad, en apariencia innecesaria.

La primera pluma nació de noche. De día la luz cada día me era más insoportable. Pasábamos las vigilias guarecidos en nuestros refugios. Éramos mucho más pequeños que los seres voraces de tierra y aire. Los dientes aserrados de los caballazos del diablo nos amenazaban tanto como un coletazo o un mordisco de los saurios que nos haría pasar intactos a sus… viajé adentro de un saurio, salí…

¡Ay, lo que vi!
La primera eyaculación de Adán lo convirtió en mortal.

11. El pan, y el uso de la leche y la grasa animal, cambiaron mi cuerpo. Yo había sido más cercana a la libélula, el caballito del diablo, de lo que ahora era a la vaca.

El peso me dio lo dicho. Caminé a menor galope. Mi cabello cambió también, se me volvió más pesado. Ni aún cargando a los gemelos tuve esa gravedad.

Porque un día tuve gemelos, a uno lo llamé Gog, al otro Magog. Mi error fue darles esos nombres.

12. Llegó de Caín, blanca, arena dulce. Me hizo saber que la conoció de China. La llamamos azúcar. Me informan que ella hizo después esclavos para tener vida.

Si a esto nos ha llevado el buen Caín, el que cultivó el grano, el que procuró las flores y su variedad, el que cuidó de los árboles, ¿qué habría sido de nosotros de haber vivido más largo Abel? Él que observaba a los depredadores insectos, el que aprendió del lobo, ¿a qué nos habría llevado?

Otro escrito, y muy distinto, se dice de Eva: Entonces yo me dispuse a procrear a los Ángeles.

Serían seres sin carne, y en eso distintos a mis otros hijos. Los elegidos sabrían hablar. Los demás tendrían fuego, aire, luz, espada o flecha, ira, arrogancia y belleza, aún sin tener carne y hueso, porque sus cuerpos imaginarios se aparecerían de vez en vez, con forma similar a la humana, aunque con serias diferencias, a saber: carecerían de peso, serían fuertes como bestias y aún más, estarían desprovistos de entrañas, párpados y de partes sensibles de la piel (su boca, de no hablar, era sellada, sin o con labios aparentes, y era seca, la lengua tal cual un dedo suyo, pues ni en dedos ni en lengua tendrían uñas).

Por no tener entrañas, su cuerpo incorpóreo no contaría con los órganos del placer, todos nacidos, si buenos, de las entrañas hacia la piel. No existiría distinción entre hembra y varón ángel.

Los más serían con todo y ropas, excepto los que existen que son solo cabeza, cuello y omóplatos para pender sus alas, que a su manera suplantan piernas y brazos; esos, llamados querubines, no tendrían ropita.

Algunos de los de cuerpo entero, sabrían manejar la espada, pero los más de los que la tenían la usaban solo de adorno.

Libro seis

El mediodía, la dura luz vertical de los rayos del sol, se prolongó. Anormal, empezó a golpearnos desde muy temprano en la mañana, se siguió feroz, voraz, hasta entrada la tarde. Expuestos a su abierta crueldad durante horas, nos dispersamos por reflejo, como si a falta de su paso, la luminosidad nos exigiera guarecernos de nuestros pares.

Tuvimos destellos de ideas insólitas. Yo pinté en la blanca roca un animal decapitado devorando a una mujer, comiéndosela con su cuello abierto (boca fenómeno de su tronco). Tracé una manada de jirafas huyendo del animal tragón, y dos palmeras caídas, como si a ellas también las hubiera derrotado el sol.

Los primeros signos, abruptos, de la caída de la luz, nos desconcertaron; si bien previsible y deseada, parecía inesperada en contraste con la sólida calidad del brillo meridiano que se había creído eterno y se había placido en explayarse a nuestras expensas.

Agotados, estábamos también cargados de energía —¡había sido tanta, tanta luz!—, más el caprichoso, lento caminar del tiempo que se instaló fijo, y se movió de pronto, más nuestra previa reclusión y las ideas que la acompañaron, desataron el ansia de compañía. Excedidos de emociones, exacerbados rayábamos en hostiles, como si fuésemos todos huérfanos.

De cierto éramos huérfanos, porque huérfana soy yo, su madre, huérfano su padre (aunque tanto insistiera él en atribuirse divinas paternidades), ¿qué más se podía esperar de nuestra grey?

Agotados, ansiosos, hambrientos y sedientos, reunidos alrededor del fuego donde los guisos murmuraban, mis tres hijas, Adán, Abel, los animales domésticos (que entonces llegaban casi a la docena) y, a unos pasos de nuestras espaldas, las decenas y decenas de bestias domadas (vueltas dóciles a punta de su látigo) que vivían en el cautiverio de Abel y bajo su total dominio.

Bestias que mugían el nombre de su dueño —las vacas, «Abel»; los borregos y las cabras, «A-beeel»; cada especie con un balido en la forma de su garganta para alabar al dueño, al amo, a su opresor—, seres esclavizados que anhelan la mano del amo, el tirano, el abasto, el remedio y su verdugo. Abel jamás les escondió que él era su carnicero.

Abel, luz siniestra de sus bestias, ya había establecido el rastro como abasto del hogar; la sangre del animal incidía en la mesa, en el paladar, en mis cazuelas, en nuestras lenguas, en nuestro gusto. Eso lo empezó Abel, lo secundó Adán; yo me doblegué, compartí con Abel cuchillo, y tallé con mi mano en la más dura piedra otro filo para controlar los ingredientes de mis guisos.

Con Caín, coincidí en el trinche, la pala, la palma de la mano —su cultivo, como mi trato con el guiso, la masa, la verdura—. Con Abel, el corte y el golpe que se volvieron también parte del cocinar. Con Caín, moldear, sembrar, provocar reacciones. Con Abel, atacar. Yo fui la semilla de lo que ustedes dos levantaron, tan diferente. Creció ahí, en mi fogón y la mesa donde preparé mis guisos.

Estábamos reunidos todos, menos Caín. Por lo común él era el primero en llegar, las manos llenas con algo para el caldero —flores deliciosas, frutos, semillas o cereales, algunas veces ya pasados por el mortero—.

Caín fue el primero en salir esa madrugada, antes (bien antes) que algún signo anticipara la anormal luminosidad del día. Iba, como a diario, a su labor, más temprana que el rutinario ordeñe de las cabras de manos de Abel.

Caín, dicho sea de paso, era el único que aún reprobaba la ingesta animal:

—El par se come al par. Y si el par se come al par, se comerá el par al par, la hermana a la hermana, el hermano al padre.

Lo decía con tono de sabio, convencido de que comer borrego, vaca, ave, nos volvía en potencia asesinos de los de nuestra especie. A veces iba más lejos, alegaba que no era propio que manducásemos a ningún ser que tuviera, como nosotros, dos ojos. Y de la leche de las cabras, porque su mención me llevó a esto, decía que le era igualmente repulsiva: «es comida de ladrón, robas a la madre lo que es de su hijo».

Así que, al caer ese día solar, Caín fue el último en llegar. Traía en la mano una rueda de madera clara. Mostrándola, y con satisfacción impresa en sus palabras, a sabiendas de haber hecho algo único, especial, dijo:

—Es la rueda del cielo. Yo la hice. Con tramos de madera dura pulida y que he logrado curvar aquí…

Yo me acerqué para palpar su creación. El hermoso objeto estaba bordeado de piezas en efecto algo curvadas, ensambladas con cuidado para formar un círculo sin tropiezo. Terminé mi inspección sin decir una sola palabra; no hacía falta, satisfecha yo admiraba la hechura y el objeto mismo.

El primero en hablar fue Abel.

—¿Rueda del cielo? —preguntó en tono socarrón.

Pasando la rueda a su mano izquierda, Caín extendió el brazo derecho, apuntó al horizonte con el índice y, girando alrededor de uno de sus pies, señaló el círculo que el cielo forma en el horizonte.

—Ese círculo. Con él…

—El cielo no tiene un círculo sino varios —lo interrumpió Abel—. Lo que ves, engaña a tus ojos. Debemos escudriñar más allá de esa primera impresión. Hay siete círculos, lo menos, en el azul del cielo. En el primero

está el Creador… Tu rueda es un error, y atenta contra el poder del Creador.

La expresión de Caín se enturbió. Bajó su rueda, apoyándola en el suelo. Ara intervino:

—Es peligroso, Abel, estudiar las formas del universo. Deja eso de lado o perderás el juicio, y en todo caso caerás en el infortunio y nos arrastrarás contigo a todos. No digas necedades, y fía en lo que ven tus ojos.

—Yo sé, Ara, cuántos círculos tiene el cielo, en cuál de ellos viven los ángeles caídos, de qué manera la Tierra se suspende en sus giros. Me lo dijo al oído Él, el más grande entre todos…

La expresión de Caín se endureció de enfado. Ara lo advirtió, y sin despegar la vista de Caín, dijo a Abel:

—No sabes nada. Lo que no llega a los ojos…

—Eso es idiota, si así fuera no podríamos respirar, porque respiramos lo que no ven los ojos, y por esto vivimos, y en ello está el espíritu y…

—Si tus ojos no saben recibir lo que llega a ellos, ni siquiera el aire, es porque tienes cabeza de chorlito.

No era la primera vez que una discusión entre Ara y Abel subía de tono. Cada uno defendía su versión con estacadas verbales. Abel la insultó. Ara le arrojó un hueso que yo había dejado aún con carne y que dejaba secar para dar sabor al guiso. Ara y Abel se liaron a golpes.

Caín los separó. Abel se aventó sobre Caín, le arrebató la rueda y con esta lo empezó a golpear. Ara le quitó la rueda a Abel, lanzándola fuera de su alcance. El hermoso objeto rebotó al caer y caminó sobre su borde, rodando, para el gusto y asombro de mis dos hijas menores, que la siguieron, y quedaron fuera de la escena. De los restantes, solo yo percibí la pausa que nos dio el rebote de la rueda.

Caín atenazó a Abel con sus dos brazos. Con todas mis fuerzas, jalé a Caín de su brazo derecho, separándolos. Abel me miró con ira. No me arredré. Llevando aún a Caín del brazo, eché a caminar en línea recta. Dejamos a los demás a nuestras espaldas.

Pasamos por los pesebres, bordeamos el corral de Abel, hundiéndonos en la noche. Llegamos a los sembradíos de Caín, desnudos de brote por la temporada. Era tierra peinada, acicalada, mimada, que Caín removía frecuente, la aguaba y nutría, tierra sana y fértil, en pausa.

La Luna iluminaba lo sembradíos, tiñéndolos de tono azulado. Irradiaban algo más allá que calma, serena luz contraria a la hostil que nos había martilleado durante el día.

Caminamos. A los dos costados del arroyo, las yerbas, que Caín educara con tesón, bailaban con el paso del agua; el arroyo jugueteaba con los rayos lunares, las salpicaba con destellos, resplandores platinados de tan blancos.

Nos detuvimos.

Los sapos croaban, a coro. Los chispazos de luz líquida trazaban dos líneas bailarinas en los dos bordes del agua. Las gargantas de los sapos alzaron de tono. Cantaban en amarillo, más insidiosos que la tenue, sobria iluminación de los campos, más opacos que las chispas de agua. Se escuchó el rugido de una bestia de aquel lado del arroyo, su par le respondió, bramando. Era un llamado a la cópula. Oímos a los dos cuerpos trozando arbustos al moverse. Después, el silencio. Los sapos callaron. El chisporroteo del agua helada dejó de serlo, una mancha opaca el agua, con la tierra confundida. Silencio.

Algo nos golpeó a Caín y a mí. No un objeto físico, pero algo que dolía igual en la piel, la carne y más adentro. Caín alzó de golpe los dos brazos, compungido, y soltó a llorar. Pasé un brazo por su espalda, queriendo consolarlo; también llorando, desolada. Percibíamos que estaba ocurriendo algo que nos ahogaba en llanto.

Al claro de luna, los sapos volvieron a croar. Callaron. Zumbaron los grillos, intentaron calmar nuestro dolor y desconcierto. La Luna se cubrió de velos, como si el alfiler de nuestro dolor detuviera las nubes, pinchándolas en ella.

La boa, que a esas horas siempre duerme, se deslizaba, siseaba su largo cuerpo, la amenaza de su viperino veneno imponía el silencio y la inmovilidad.

El arroyo fue negro, las yerbas de su cortejo invisibles.

Sé bien que no estuvimos presentes en lo que ocurría alrededor de mis guisos, pero no hizo falta nuestra presencia física, lloramos simultáneo a los hechos.

¿Cuánto tiempo estuvimos Caín y yo, percibiendo lo que no alcanzaban nuestros ojos, lo que ocurría allá, junto al fogón, vueltos estatuas frente al margen del arroyo? Aunque estuviera fuera del alcance de nuestra visión, lo veíamos, así las pupilas no vieran; así nuestras manos no tocaran, lo palpábamos. Estábamos en la atmósfera común, en la misma abisal dimensión, y su luz nos develaba el dolor que a la distancia herraba nuestras conciencias.

En silencio, Caín y yo nos dimos la media vuelta y regresamos sobre nuestros pasos —y eran estos lo único que se escuchaba en la oscura noche inmensa—. El camino me pareció tan largo como el mediodía que insidioso se había apoderado de las horas del día. Lo recorrimos sin dirigirnos la palabra, cada paso volvía más distante el ánimo del uno del ánimo del otro.

Segundos antes de llegar, Caín se desprendió de mi mano.

En casa, se había asentado el silencio amenazante que provoca el paso de la boa. Por reflejo me dirigí a remover las brasas del fogón y alimenté el horno. Siguiendo esa misma rutina, volteé hacia la masa para el pan, siempre sentada al lado del cántaro. No estaba en su lugar. El cántaro

repleto de agua estaba intacto. Peiné el espacio alrededor de la mesa buscando la masa. La cocina lucía como el campo después de la batalla.

Aquí relataré lo que Caín y yo sentimos que ocurría, en ausencia. Apunto estampas breves, al no haber estado ahí, porque yo solo escribo lo vivido:

—A nuestra salida, se calmaron los ánimos. Estaban a la espera de nuestro regreso para sentarse a comer.

Las dos hermanas menores jugaban con la rueda, atinaron a hacerla girar erguida sobre sus bordes. Una de ellas caminó llevándola vertical a su lado, arreándola con la palma de su mano. Persiguiendo la rueda, salieron en dirección opuesta a la que nosotros habíamos tomado antes. Iban riendo, olvidadas del pleito ocurrido.

Adán no estaba ahí, no sé dónde había ido.

Solo Ara y Abel seguían en la cocina, primero como dos bultos inmóviles, luego que Ara se acercó a la masa del pan para volverla a amasar. Entonces, Abel brincó tras ella como un resorte, y la atenazó con sus dos brazos por la espalda, estrujándola ¿lascivo?

La masa del pan cayó al suelo. Ara se zafó del abrazo hostil, y se defendió de Abel. Arañó, pegó. Abel la pescó otra vez, de nuevo por la espalda. Ara lo golpeó en la cabeza, se soltó otra vez, tomó una cazuela, se la aventó, tras esta un plato, un vaso, los trozos de barro roto crujían bajo sus pasos. Abel golpeó a Ara con una vasija, rompiéndosela en la cabeza. Atacándose uno al otro, pisoteaban sin notarlo la sagrada masa del pan. Abel agarró el cuchillo de hueso que él había tallado, contribución suya a la cocina. Se acercó a Ara amenazándola con el filo. Ara extendió el brazo hacia su espalda y alcanzó el cantarito, lo estrelló contra la frente de Abel. Abel, sin soltar el mango del cuchillo, saltó sobre Ara, la tumbó jalándole los cabellos, ella lo arañó, lo golpeó; Abel puso la punta de su arma en el cuello de Ara, y teniéndola así acorralada la tumbó entre los trozos de barro y la ya para entonces embarrada masa. Así, forzó la entrada de su tripa en ella, con violencia, la penetró lastimándola.

Adán entró cuando la escena sucedía, cuando aún el cuchillo apuntaba al cuello, cuando aún Abel montaba como un animal a Ara, cuando aún Ara clavaba sus uñas en la espalda de Abel, arañándolo. Adán gritó a Abel:

—¿Qué haces, Abel?

Abel retiró el cuchillo del cuello de Ara. Soltó a Ara. Semidesnudo como estaba, el miembro erguido, rodó para acostarse de espaldas en el piso, y dar la cara a Adán:

—Yo no lo hice, actuó sin mi permiso esta parte de mi cuerpo.

Adán se encogió de hombros, sin dar una mano a Ara para levantarse.

Ara levantó el torso del suelo, herida, algunos cortes por el barro en la

espalda, las uñas rotas, el rostro golpeado, bramó:

—¡Y esa parte la hiciste tú! Lo sé yo, y lo sabes tú, Adán. *Eso* es tu hechura. Y con *eso*, que por tenerlo tú lo tiene también Abel, con *eso* me lastimó; él lo entró en mí en contra de mi voluntad, hiriéndome de algo que no puede sanar.

Ada soltó a llorar, inmóvil, sin sollozos, como una piedra de la que brota agua.

Adán encolerizó.

Abel se levantó, aventó una patada a Ara.

Ara le aventó encima el cuenco de madera que alcanzaron sus manos. Adán, agachándose, la tomó del puño.

Aquello siguió, Adán y Abel contra Ada, hiriéndola ahí, en su botón de placer, ahí, con sus miembros, y con los objetos que pudieron. Ese horror fue lo que Caín y yo percibimos a la distancia, sintiendo el espanto y el dolor de la escena.

Adán y Abel se retiraron, y Ara se arrastró (le era imposible caminar) a su lecho.

Removí de nuevo las brasas del horno. La masa del pan pisoteada en el suelo, porciones adelgazadas e irregulares, parecía de imposible recuperación. Me esmeré, paciente, recogí lo que era salvable, y lo puse en un platón hondo. Bañé la masa para despojarla de lo que se le había adherido en su caída.

En la masa encontré una larga astilla del hueso que yo había dejado para el guiso, delgada y punzante, excedía el largo de mi dedo medio. La observé. La astilla me habló:

—Ara le aventó el hueso a Abel, rompiéndolo. Ara me vio tirada en el piso, y no me volvió a levantar, me dejó ahí como una inútil mientras en mis narices pasaba esa escena… De haberme ella recogido, de haberme ella usado, no hubiera ocurrido lo que pasó, conmigo Ara se hubiera podido defender. Yo era su arma. ¡Era la guerra, era la guerra! ¡Es la guerra, Eva, la guerra entre varones y hembras!

Solo acerté a decir «¡astilla estúpida!, ¡cállate que ya tengo suficiente con qué lidiar para además oír tus quejideces!». Aparté la astilla parlante a un lado. Escurrí la masa. La rocié con poca agua —restaba en la vasija que yo guardo bajo la mesa, debía yo volver a llenarla y reemplazar el cántaro—. Añadí harina y agua al resto de masa, la amasé. Aún daba muestras del embarre en el piso. Con cuidado la fui dejando en un cuenco; le puse agua.

La astilla no se quería callar:

—Te lo advierto, Eva: una cosa es que Ara no me usara y me dejara ahí como un desecho, como un testigo, cuando yo era quien la habría salvado, eso es una cosa gorda. Otra muy distinta es qué tú me digas bruta, que tú me desprecies, eso sí ya es mucho. De hoy en adelante yo haré eco de la voz del rencor y el resentimiento.

—¡Maldita astilla! —murmuré—, ¡cállate!

—No me callaré jamás. Elegiré la verdad de Abel para transmitirla, yo voy a ser su apóstol y su voz. Para que no la olvide nadie. Tú, por culpa de Ara que no me tomó en sus manos para herir y protegerse, te quedarás sin voz.

Las nubes ocultaron la Luna. Sentí como si una mano fría me cubriera los ojos.

Dejé las cosas como estaban —el agua en el platón con la masa, el resto del caos que había provocado la violencia entre mis hijos y la furia de

Adán—. Me pesaba moverme por el pesar que me apretaba el pecho y los muslos. Me retiré a dormir. Caí en un sueño pesado, anormal, un sueño sin sueños, de cosa inerte, de cadáver animal.

65

Me despertó oír a Abel silbando alegremente cuando en el cielo despuntaba el amanecer. Me asomé, como siempre se dirigía a ordeñar, se le veía sereno, contento. No había en él el menor resto de enfado —«¿qué le hará mella a esta cazuela mal tostada?», recuerdo que pensé—, era inmune al espanto, porque él era el rencor y la ira de Adán, pero además de escucharlo denostar, ¿qué había visto, qué, equivalente a lo que la astilla había presenciado tras desgajarse de su hueso, que lo había envenenado de tal manera? ¡Ay!, nada tenía que haber visto. Basta la fábula para transformar al perro en lobo, y es comprensible: somos sobre todo las palabras. Más me habían dado los árboles que me hablaron negándoseme, que el que me regaló la manzana, aunque ese crujir era también una manera de hablar, una manera previa, pero era una palabra…

Me dirigí al horno para encenderlo y meter el pan. El agua en que la turbulenta noche anterior, por un descuido, abandoné la masa del pan, había producido algunas burbujas. La olí; no la moví, despedía un perfume interesante, nuevo, que más que gustar a mi olfato satisfizo a mis pulmones.

Después de haber traído agua para rellenar la vasija y pasar a dejar un pocillo a Ara (solo vi su espalda, dormía aún), retiré la masa del agua y la sequé. Quité la pequeña porción de masa madre —para el siguiente pan, y el siguiente y el siguiente—, y le arranqué además otro pellizco que regresé al agua burbujeante. Guardé esa agua burbujeante con su pellizquín de masa a una vasija que no conviene para el agua por tener la boca demasiado estrecha, y ahí la dejé reposar.

Aticé las brasas del horno, y lo volví a cubrir para incitarlo al calor.

Manipulé la masa; tanta zarandeada (el pisoteo, mi abandono en el agua) la desparejó. Hice cuanto pude por dibujarle redondez. No quedaba. Le añadí un huevo de ave y algo de sal. La dividí en tres porciones, ayudada de una tela de hilo fino, y las trencé entre ellas mismas para darle alguna forma. No se veía mal, pero dudé si esponjaría, si cocería a un tiempo.

Los huevos (de tortuga, de cocodrilo, el más grande del ave patona de la que Abel tenía un rebaño) parecían haber sobrevivido intactos, pero bajo la pila chorreaban algunos que el zafarrancho había quebrado. Recogí cuanto pude de los rotos. La pobre trenza de pan se veía tan anómala que con la punta de los dedos la barnicé con el rescate de los huevos rotos. Ese brillo le daba cierta coherencia. Por un momento pensé haber salvado nuestro pan del día.

Lo metí a hornear.

No quería imaginar la violencia entre los hermanos ni permitir marcara el nuevo día, me dispuse a borrar toda huella. Reuní la quebrazón de barro y la apilé al lado de la planta de tomatillos. Limpié las escudillas de madera, todas intactas; enjuagué el queso.

Las cerezas estaban en el suelo, algunas de las pisoteadas aún perfumaban. Las enjuagué, y las añadí al agua burbujeante en que había dormido la masa. Sellé la vasija para que no las visitaran las moscas y me la llenaran con sus huevos.

La casa seguía en silencio, excepto por los pasos y el sonar de las rutinas matutinas. Continué borrando las huellas que aún restaban de la nocturna batalla campal, sin pensar, sin sentir sino el ansia de retornar un orden.

Destapé la vasija y le añadí un par de cáscaras de otros frutos que días atrás había dejado a secar, y un puño que tenía de semillas tronchadas que habían caído en la refriega. De nuevo lo sellé.

El pan estuvo listo: sabía distinto al de todos los días. Era pan de tristeza.

Abel regresó con el cántaro repleto de tibia leche. Tenía alrededor de los labios pintada la huella de la leche. Era en todo mi hijo carnicero, era el «yo voy primero» entre nosotros.

Adán olió leche y pan, y vino a beber y comer, sin decir palabra. Nuestras dos menores hijas aparecieron, también silenciosas, a lo mismo. Nadie hizo el menor comentario del sabor distinto del pan ni de nada del día anterior, como si mi orden los hubiera convencido de que aquí no había pasado nada.

Yo no probé la leche. No levanté la vista para encarar al repugnante Abel: verlo me habría provocado dolor en los pechos de donde mi leche había surtido para alimentar su hocico cruel. Mis pechos arrepentidos.

Bebida la leche y con la boca aún llena del pan, Adán rompió el silencio. Contó que a él le debíamos el fuego, que cuando preguntó a Dios que cómo era eso del fuego, el Creador le regaló dos piedras indicándole que debía tallarlas. Que así hizo, y de estas brotó la primera chispa y de este la primer llama. ¡Mentira completa! No la rebatí. Guardé silencio.

Dijo que yo no fui la primera mujer. Que antes que yo hubo otra, a la que él vio hacer, sacada también de una parte de su cuerpo. Y por ver cómo la creaba el Hacedor, la aberró, y el Creador hubo de eliminarla porque le era repulsiva. No es verdad tampoco. Guardé silencio.

Después dijo:

—Cuando no haya aquí hembras, les cuento de Lilith, ¡esa sí, esa sí, esa sí que sí! Ella fue la primera mujer. A ella la hicieron como a mí, pero en lugar de polvo puro usaron sedimentos y suciedad. ¡Sucia y bella, la divina Lilith!

Se siguió con sus tonterías, se ufanó de haber sido creado el más bello jamás habido, el de mayor tamaño, el más perfecto.

Yo no abrí la boca.

Ahí fue cuando también aventó al aire otra versión más de mi origen:

—Al final de mi espalda, donde terminan las vértebras, yo tenía un aguijón. El aguijón era letal, con eso podía protegerme yo de cualquier bestia o enemigo. Un día en que yo dormía, el creador me cortó la cola, e hizo a Eva con ella, sin haberle separado antes el aguijón. Por eso el veneno que acompaña todos sus actos… ¡Ya apareció Caín!, ¿te parece bien que el mayor llegue al último?

Caín era la sombra oscura de sí mismo. Una sombra pisoteada como el cuerpo del pan, la masa herida.

Adán entonces peroró: los varones harían una ofrenda a Él, el innombrable, para que perdonase los pecados de Eva. No me alerté ante el «¿*mis* pecados?», pero sí frente a «¿pecados?». Solo interpuse:

—Adán, por una vez haz algo lógico, solo pide a Abel que vaya. Es el único en esta Tierra que tiene el deber de ir a pedir perdón, y no precisamente a quien tú llamas el innombrable, sino a todos nosotros. Llévatelo a él.

Adán ignoró mi respuesta. Ni siquiera giró la cara para verme. En cambio, específicamente ordenó a Caín participar, él tenía que llevar una ofrenda. Sus dos hijos varones harían una ofrenda al innombrable Él.

—Las mujeres no hace falta que lo hagan, ¿quién va a querer algo de ellas? Por culpa de su madre hemos caído en esta vida de dolor y pesar.

No contesté nada, otra vez. Pero me levanté de la mesa. Ya no lo podía soportar. Fui a ver a Ara, le puse emplastos de yerbas, guardando hondo en mí la ira y el dolor. Solo una frase zumbaba en mí: «¡Mejor no hubiera dado a luz a Abel!».

Conocen la historia: para preparar su ofrenda, Abel degolló una cabra de su rebaño, bebió un trago del chorro que brotó con vigor, como una fuente, del cuello, e inmediato tapó la vena para que la carne del animal contuviese la sangre; en el suelo, levantó una pila con las entrañas de su más reciente víctima, su grasa abundante y su carne; separó los huesos y puso aparte la cabeza y su piel, a esa última, según su costumbre, tras desollar los cuerpos, las extendió a secar a un par de pasos, rociadas con sal y algo de orines, colgando de palos secos. En otro palo más alto, colgó de una tripa el cráneo de la cabra, compartía el honor con otros cráneos animales —el que ya estaba limpio, vigilaba la escena con sus cuencas vacías, los que aún tenían huellas de pudrición los rondaban moscas y los carcomían blancos gusanos—.

A un lado de la pila de restos animales (la ofrenda de Abel), quedaba la muestra de su labor, el cuchillo (vestidas las caras de su filo por lo que se le había ido adhiriendo al cortar), lo que la tierra no había absorbido de sangre y menudencias, y los huesos arrancados a la carne, esperando su uso, apilados sin ton ni son.

Caín dispuso sobre una mesilla de lajas y piedras redondas, con cuidado y deseo de ornato, flores con perfume, yerbas olorosas, varas de distintas maderas aromáticas; las roció con lo rasurado a un tronco de cerezo, aún húmedo, para que al encender provocara el ahumado y despertara variedad de aromas sin que se confundieran.

Ya listas sus ofrendas, Adán dio la orden de prenderles fuego.

La ofrenda de Abel produjo un humo denso y compacto que se alzó hacia el cielo.

El perfume de la de Caín, humareda ligera, se esparció veloz (tanto que parecía echarse a correr), ligero y feliz, rozando casi el sembradío; bendecía nuestros sentidos y el ánimo. En breve, se confundió con el aire puro, era frescura perfumada.

Lo de Abel, quemazón grasosa, humo viscoso, díscolo guardó su distancia con su entorno, impenetrable; la sangre al quemarse espesaba el humo, provocaba tos y hacía llorar los ojos.

Adán no lo pensó dos veces, y carraspeando por el humo abelado, entre toses, decretó:

—Abel, ¡tu ofrenda es buena! El humo… ¡tan denso!… ¡sustancial!… ¡tiene tinte!… ¡admirable!

Se separó de la ofrenda y tosió desde lo más hondo de su pecho. Se limpió la cara mojada en mocos y lagrimeo:

«—Te felicito, Abel. Tu ofrenda es sacrificio con peso, sustancia. ¡Ten

por cierto que Él, el divino, la recibe feliz! Abel, no hay duda: ¡Él acepta tu sacrificio!, has comprendido el apetito de oración y lo que exige su divina persona.

»En cambio lo tuyo, Caín, lo tuyo es de guasa. ¿No tienes vergüenza? Echaste al fuego pura yerbecita, nada vivo, nada con que pudiera llevarle algo de agrado al que no tienes derecho a nombrar. ¿Qué no tienes respeto? Él detesta tu ofrenda; Él la rechaza; no has alimentado al fuego con viveza, ni le has dado lo que muge, lo que ladra, lo que ruge, lo que se desplaza, lo que vuela, lo que no tiene raíz. Le ofreciste silencio, y en silencio Él te responde: ¡no, no, no, Caín! Ofreces sin sacrificio, sin entrega. El tuyo es un rezo hipócrita.

»Por esto, Caín, tu ofrenda no sube a las habitaciones celestiales, por eso es rechazada».

Abel echó a reír, henchido de orgullo y satisfacción:

—¡Me burlo que me burlo de ti! ¡Ni levantas humo, ni levantas nada! ¡Tienes un pene que pena da! ¡Búrlome búrlome! Ara te chupa y ni así te ahúpa. ¡Burloté, Ara chuparamé!

Caín perdió los estribos:

—¡Cállate!, ¡cállate! ¡No menciones el nombre de Ara!

Adán lo cabreó:

—¡Chupará, Ara me la chupará!

Abel empujó a Caín, tomándolo por sorpresa, se cayó. Abel y Adán lo señalaron así en el suelo, y se burlaron de él con:

—¡Lo tuyo es de mujeres!

—¡Mujeril!

—¡Caín mujeril, siembrasemillas!

—¡Tu pene es mujeril! ¡Tu pene es un rabito!

—¡Tienes rabito mujeril!

Aún tumbado en la tierra, enfurecido, Caín se levantó y amenazó a Abel con el puño cerrado de su derecha:

—¡Cállate la boca, o te sorrajo esto!

—¡Rájame!, ¡rájame si puedes, que no soy Ara!

Caín no le contestó. Giró a sus espaldas y, mientras seguía Abel con sus burlas («¡igualito a Ara!, ¡pedazo de mujer!») arrebató al cráneo, que seco había quedado bajo el sol, su quijada, la asió firmemente, y la zarandeó frente a Abel, que decía:

—¡A tu Ara yo ya le he comido la raja!, ¡ándale! ¡Raja raja!

Alzó Caín su brazo, dio un salto, y asestó con la quijada un golpe a Abel. Bastó para tumbarlo y desnucarlo.

Si Adán tuvo razón, la pestilencia fue grata a su Él divino. En cambio, el perfume de la flor seca, la semilla, la fruta sazonada, las yerbas, bañadas por las húmedas astillas de madera de cerezo, habrían sido rechazadas por Él.

En ese caso, ¡vaya extraño personaje, ese divino, que prefería el hedor y el humo irrespirable a los aromas que reconfortan el alma!

Haya tenido o no razón Adán, la Tierra vio caminar hacia otros lares la sensatez. Ella supo antes que yo que todos seríamos peregrinos de ahí en adelante, y que los hijos de mis hijos serían bestiales. Bien había hecho en temernos.

Fin del sexto libro

Papeles sueltos,
donde se cuenta la historia de Lilith, en versión de Abel y otras

Adán dice que:
Lilith y yo nunca nos llevamos bien, ella era basura y yo pureza. Peleaba por todo. Me decía:

—¿Por qué tengo que estar acostada abajo de ti, como si yo fuera la cama en que te tiendes? Se te olvida que somos iguales. Como tú, soy hecha de polvo y un soplo de Dios. Tú me quieres allá abajo para sentirme como a una piedra de placer, no como una mujer. ¡No!, ¡me niego! Yo no me pongo abajo. Te cojo yo a ti, o no hay coger conmigo.

Una de esas noches, colmó mi paciencia, la puerca. La sometí a la posición que yo quería por la fuerza. Cuando estaba a punto de penetrarla, Lilith, enfurecida, pronunció la palabra secreta con que se llama al que nos ha hecho a todos, ascendió por los aires, y me abandonó.

En un rezo, le informé al hacedor mayor del escape de mi compañía. Me dio oídos, porque siempre lo hace a las almas puras. Envío a Senoy, Sansenoy y Semangelof a traérmela de nuevo. Los tres ángeles la buscaron a diestra y siniestra, hasta que dieron con la desertora. Debí sospecharlo desde un principio, se había reunido con la pandilla de demonios lascivos que vive en los márgenes del mar Rojo. ¿Qué hacía allá, además de gozar de su inmundicia? Daba a luz a los repugnantes lilims, un número importante, más de cien lilims al día.

—Ninguna gana tengo de volver con el varón, me golpea a su capricho, me quiere forzar a penetrarme solo como a él le viene en gana, sin buscar darme placer, solo quiere que yo se lo provea sin nada a cambio.

Los tres ángeles le contestaron a coro:

—Lilith maldita, obedécenos. Regresa inmediato con Adán. No le diremos qué hacías aquí con estos repugnantes demonios. No le diremos que has poblado los márgenes del mar Rojo con las creaturas que diste a luz, estos inmundos lilims. Te dejaremos volver a tu vida honesta, o todo lo honesta que puede ser tu vida.

El ángel Senoy la vio a los ojos:

—Escucha, Lilith, gran favor te hace Adán de tenderte bajo su cuerpo, y evitarte el descenso a las pocilgas de la incontinencia. No hay hembra que deba gozar, porque en ustedes no existe la cordura necesaria para la mesura. Y menos que ninguna otra, hoy o por venir, tú, Lilith. Si gozas, la mugre de que estás hecha permanecerá siéndolo. Sobria, obedece a tu amo y señor, y esmérate en darle placer, que es lo que es lo tuyo, y lo que sabes hacer. Atente a eso.

Aunque los argumentos eran irrebatibles, Lilith se negaba a regresar conmigo. Era feliz dando a luz a tanto escuincle mugroso (menos que eso eran los lilims), mientras la engolosinaban y regalaban con tantísimo placer —ninguno de los demonios la forzaba a quedarse bajo él durante la cópula—, y el desprecio generalizado a las formas artificiales, inhumanas y extraterrestres del orden y la limpieza doméstica (ganchos de sujeción de esclavos y féminas) no tenían para su comunidad el menor atractivo.

Sus lilims, sin cuidado vigilante, crecían a lo salvaje. Se alimentaban acomodando en varitas raíces, legumbres, frutos, flores y hierbas sobre el fuego, gozando sus sabores deliciosos, porque en esto eran como nosotros, buscadores de placer en la comida.

Sansenoy, el segundo ángel, intentó persuadirla:

—Lilith, mira en qué pocilga habitas. ¿No te repugna?, o, por lo menos, ¿no te da vergüenza? Recuerda el jardín aliñado donde Él te ha asignado casa. Regresa allá, o morirás.

Lilith se rio ante esa amenaza absurda. Ella había dejado el Jardín antes de nuestra caída, la que conlleva la condena a muerte —la Caída, que debemos, dicho sea de paso, yo y toda mi descendencia, a la iniquidad de Eva, otra puerca hembra—. Es por culpa de ella que todos moriremos. ¡Y la bruta de Eva se autonombra «dadora de la vida»! ¡Se necesita ser Eva para tener tanta cara dura!

Lo que no se sabe, es qué le dijo a Lilith el tercer ángel, porque la llamó aparte para convencerla. La sospecha que ronda es que ella lo sedujo, haciéndolo caer en la iniquidad, porque desde ese día no hemos vuelto a oír mención de Semangelof.

A pesar de todo intento de persuasión razonable, Lilith no regresó conmigo, ni tampoco murió. Él (el creador, el innombrable) le impuso un señor castigo: día a día, dio muerte a cien lilims, y así siguió hasta eliminar al último de ellos. Ya no hay que temerlos, porque cada lilim era una Lilith redoblada.

Otra versión, como dirigida a Caín
(¿de quién sería?):
Existieron generaciones antes que tú, Caín; no eres el primero de mis hermanos, no eres el primer hijo de Eva.

Antes, incluso antes del caballo, hubo otros. Eva fue borrándolos de su historia. Cuando se lo reclamé, me contestó: «Con el caballo basta para que digan que invento, por eso ya no les digo lo que pasó entremedio». No inventa Eva, por esto se cuida de que no le atribuyan palabra falsa.

En los intentos que hicieron ella y el maldito Adán para tener hijos, nacieron seres distintos.

Las primeras camadas fueron monstruosas. Lo nacido no comprendía

de dónde debían pender sus piernas, o el qué para desplazarse.

Eva fue apuntalando la idea de lo que debía ser su descendencia, y de lo que debía ser ella. Primero consiguió ser ella lo que es, y después nos engendró a nosotros, a su imagen y semejanza.

Porque tan es verdad que al salir del Edén tenía pezuñas, como algunas otras características que ella omitió por no ganarse nuestra desconfianza. Mintió por cauta y por discreta, que no es su natural, pero lo que sí tiene es olfato social, e intuye qué sí y qué no decir para atraernos. La verdad es que, tanto ella como Adán, fueron seres absurdos antes de alcanzar la belleza que imaginaron tener. Salieron del Edén a medio formar, la manzana solo bastó para que iniciaran un camino de deseo, eran aún disformes cuando pusieron sus cascos en la Tierra. De alguna manera, ellos son sus propios hijos, creaciones de ellos mismos. Previo a darse a luz, arrastraban las manos al andar.

Previo a nosotros, hubo también camadas geniales.

Entonces dijo Adán:
La primera mujer apareció mucho después que los hombres. La hicieron de lo que abundaba, agua y tierra. Con el material que restó tras moldear su cuerpo, dieron forma a una vasija, y su tapa.

Cuando ya habían terminado de hacer su figura, la llenaron de dones, belleza, destreza musical, elocuencia, astucia, imaginación poderosa. En la vasija que la acompañaba —la que había sido hecha con los remanentes de la arcilla—, en cambio, guardaron todos los males del mundo, que sellaron con la tapa de arcilla.

La primera mujer sabía que esa vasija, su acompañante, debía estar cerrada. Pero la curiosidad pudo más, y un día la abrió: de ahí brotó el mal que hoy nos condena a la miseria.

Fue culpa de Eva.

Otra de Adán:
«Cuando se dispuso a hacer a Eva, el que no debemos nombrar dijo: "No la haré de la cabeza de Adán porque la alzaría arrogante; no la haré del ojo de Adán porque mirará todo distraída; no la haré de su cuello porque sería insolente; no la haré de su boca, porque saldrá parlanchina; no la haré de su corazón, porque resultará envidiosa; no la haré de su mano, porque terminaría por ser una metiche; ni de chiste de un pie porque saldrá pataeperro; le escojo un trozo del costado para que me salga casta". A pesar de estas precauciones, la mujer le salió con todos estos defectos, chismosa, parlanchina, insolente, arrogante, pataeperro y, además, cuzca».

Otro:
(Son vulgares hijas de Eva, las que decían «Yo era mi otra mitad, era un ser completo. No Adán ni mis hermanos, con esa tripa salida, ansiosa todo el tiempo de encontrar piel que la cubra. Tripa en todo, en la cabra, en la flor de la magnolia, en la mujer tierna o no, en el pescado que Eva iba a guisar, en el porco bravo, el cormorán si se deja, en lo que fuera (en su desespero, hasta el erizo que masca hierba), ay de su piel desnuda, ansiosa de vestirse. No yo: siempre con piel, siempre entre mis labios guardada mi delicada lengüeta de placer, tal y tan sabia como la lengua de mi boca»).

Otro papel con nota, posiblemente, de Eva:
La vida se está acabando. En su cólera, Caín fundó ciudades crueles que contenían el espíritu de Abel, no el de las hortalizas y frutales que él había sembrado y llevado a bien.
Corría la sangre roja por los caños de la ciudad. Los habitantes sentían hambre de muerte. Así nació la guerra, de la cólera de Abel, del despojo de Caín, de las tretas de Abel, de las mentiras de Adán. No fue cosa mía.
Y para que no lo olviden, lo anoto aquí:
«La serpiente es el bien que cuida el agua bajo tierra».
Y otra que creo no he dicho nunca:
«El cabello suelto es la ira».

Sueño de Caín:
Adán, que era mi padre, decapitó a un hijo por accidente, y en su lugar le puso, por error, la cabeza de un elefante.

Otro papel, lleva por título «Paréntesis» (porque lo es): (Jamás me ha fatigado ver la luz de la Luna brillando con plata y sombras, un reflejo siempre matizado. La inclemencia del Sol, en cambio (sobre todo cuando vertical nos deja sin sombra a la mano, despojados de toda compañía, y su eterno ojo inquisidor no quiere dejar espacio a la duda), me paraliza.
Abel y Adán hablaban pestes de la Luna, sin comprender que adoraban en el Sol a un ser cruel).

(¿Cómo caminó la sensatez hacia otros lares, abandonando la Tierra? ¿Es verdad, o es imprecisa la frase? ¿Quedó qué sensato? Bajo las aguas del mar, acunadas por la intuición de la corteza terrestre, se desencadenaron las imaginaciones más bizarras, los seres cobraron formas insólitas, las dimensiones excedieron lo previsible. Hipócrita, la Tierra, enseñaba cuando más cerca a la luz, cuerpos y comportamientos, que si no lógicos, por lo menos resultaban menos esperpénticos).

(Que mejor hubiera muerto Abel. Lo digo yo, Eva. Yo que por lazo maternal debiera sentir apego no justiciero o desnivelado por mis crías. Pero si eso existe en una madre, definitivamente no, si son Caín y Abel. Porque quien dio a luz a Caín y después a Abel está forzada a tomar partido. Por Caín, o en contra de Caín. ¿Qué es menos doloroso? Menos digno es tomarlo por Abel, el carnicero. No supe que al escoger a Caín elegiría el dolor, todo parecía indicar lo contrario.

Hay una lección: todo hijo es siempre para su madre una herida abierta).

(Debo decir: Adán plantaba con sus versiones absurdas la semilla, la flama, para que violentar a las féminas fuera un derecho, una necesidad, un gusto e incluso un gozo, si se tratase de asesinar más de una, anónimas, bellas, solo por su género elegidas.

Nosotras nos volvimos la arena —por sus fábulas, plenamente aceptadas—, el blanco de la violencia que fundaba su ser hombres.

Nunca debí callarme, cuando estaba en mi voluntad hablar. Nunca).

Otro de Adán:
Cuando me vieron, recién creado e inmenso en mi soledad perfecta, todos los seres de la Tierra, los animales del mar, los que reptan, caminan o corren, los que vuelan o se deslizan en las capas del cielo, los gigantes, e incluso los ángeles, creyeron que yo era su señor, y estaban a punto de saludarme con un «Santo, Santo, Santo es el Señor de los huéspedes» para el que ya preparaban sus gargantas, cuando Él, viendo venir el error que provocaría la maldición de los vivientes, me infundió sueño, y entonces los ángeles supieron que yo no era más que un ser humano.

Otro de Adán:
Cuando cedí a la tentación cuando Eva me indujo al mal, Él me habló:

¡Adán, Adán, me has abandonado!
¡También yo te abandono! ¡Veremos
lo que por ti mismo puedes ejecutar![6]

Otro papel de Eva:
(Parece complemento de uno suelto acomodado en el libro seis):

Cuando traje ángeles al mundo, los llevé adonde descansa Abel, el primero de los muertos. Los dejé ahí, y volví a mi casa.

Unos días después, los oí retozando con él cuando me asomé al pozo del patio. Supe que estaban contentos con Abel. Por fin tenían un varón en su cuadra.

También supe que Abel aún no sabía que estaba muerto, y que llevaba tiempo así.

Libro siete

Adán expulsó a Caín, le transmitió «la maldición» de su dios. Caín salió apresurado al exilio. Se llevó un pellizco de masa madre, variedad de semillas (frescas, tostadas, peladas o enteras), frutos secos, tubérculos. Se llevó su cántaro, lleno de agua, dos perros de la casa, una frazada, la rueda hermosa que acababa de hacer, un burro. Sobre el burro puso un tablón para hacer mesa, y dos sillas.

Llevaría consigo lo más valioso, las palabras, aunque esas también se quedaron conmigo, duplicándose. Con las palabras, llevaba mi memoria. Lamentablemente, también cargaba palabras de Adán, porque sin proponérnoslo, iba con él la astilla parlante que le arranqué a la masa arruinada del pan, guardada entre las semillas por un descuido.

Ara se fue con él, haciendo mi pérdida mayor.

La salida de Caín y de Ara fue un golpe tal que se secó mi clítoris. Lo oí crujir por las noches, buscando acomodo, como una cosa rígida, sin humedad. Como si ahí se hubiera clavado esa maldita astilla parlante, y que ya insertada se hubiera quedado en silencio.

No atribuyo ese cambio al cadáver de Abel, y no porque yo no estuviera atenta a este. Sabía que correría la suerte de cualquier cuerpo muerto. Lo observé desde el segundo día, cuando las moscas y otros insectos se acercaron a cebarse en él. Yo no iba a permitir esto. Abel sería Abel, sería el hijo que le regalé a Adán, sería lo que hubiera sido, pero era fruto de mis entrañas, había conocido las palabras, era hermano de mis otros hijos, había comido a mi mesa.

Antes de volver al cuerpo de Abel debo agregar que entre Adán y Eva estalló un territorio guerrero, un

> Henos aquí hace un siglo, sentados, meditando
> encarnizadamente
> cómo dar el zarpazo último que aniquile
> de modo inapelable y, para siempre, al otro.[7]

Pensé en enterrarlo para no ver la corrupción ocurrir en mis narices. Pero la idea me disgustaba, no quería sentir *el amargo goce de que duermas abajo, en tu lecho de tierra*.[8] Me dispuse a dar resguardo al cuerpo de mi Abel. Le dije: «El barro, tocado por mí, el fuego en que yo lo coceré y el calor silencioso del horno de piedra te acompañarán bajo tierra.

"Hijo mío: no se comerán tu cuerpo los gusanos, no se deshará como de arena, no será alimento de cuervos o buitres. Yo, que te di a luz, te protegeré en la noche de una cueva. Haré para tu cuerpo una vasija de barro. Yo te llevaré a tu última morada».

Me dispuse a conseguirlo. Limpié el cuerpo de Abel. No lo habíamos tocado por horror, estaba ya rígido, acuclillado tal como me lo trajo a cuestas Caín para poder cargarlo. Con cuidado le saqué con cuchillo de hueso sus entrañas y lo puse al sol, para que soportara sin pudrirse en lo que yo formaba y horneaba una vasija donde guardarlo. Supe usar el cuchillo: yo era, a fin de cuentas, la madre del carnicero, a mi pesar había aprendido su oficio.

Acomodé en la vasija hecha exprofeso el cuerpo de Abel, la cubrí con el plato a la medida que tenía pintadas las siluetas de mis dos hijos varones,

uno tenía en la mano la quijada de un burro. Até la vasija que contenía a Abel a mi espalda y me eché a andar. Me dispuse llegar a la primera cumbre nevada de la intrincada cordillera original, aquella de la que habíamos salido.

Mi plan era llevarlo donde su cuerpo no se corrompiera, y encontrarle una caverna, pero de no dar con esta siquiera una cueva o un resquicio para guarecerlo, para protegerlo de las cabras y el oso, o del ave rapaz, porque su cuerpo tenía el olor de la carne muerta, a pesar de haberlo desentrañado y de haberlo secado al sol.

Venían conmigo mis dos hijas pequeñas, llevaban zaleas (de aquellas que Abel había arrancado a su ganado, secándolas y acumulándolas) para cubrirnos cuando nos azotara el frío, y abastos, no quedaban tantos tras la salida de Caín, pero algo había aún.

Caminamos conversando, pero al alcanzar la primera inclinación subimos en silencio. Un viento voraz, implacable, acompañaba nuestra marcha. La menor de mis dos hijas nos hizo con las zaleas botines para cubrir los pies desnudos. Vestimos pieles, cuidando de dejar la vasija con el cuerpo de Abel afuera de estas para que el frío lo guardase.

Apenas la nieve cubría la pendiente, tuvimos suerte: una cueva de mediano tamaño se abría hacia nosotros, pero como una boca torcida cuidaba su entrada del viento. Entramos e hicimos fuego.

Sobre la pared renegrida, dibujé la noche de espanto de Ara, la verga erguida de Abel, la pusilánime pero algo animada de Adán atrás de sus dos hijos.

Mis hijas cantaron. No bailamos. Esperamos que llegara el amanecer para emprender el regreso, y así hicimos. No habíamos avanzado mucho cuando la tormenta se desató. Regresamos a la cueva, a convivir con el cadáver. Cantamos. No bailamos. Ya no dibujé ninguna escena, sintiendo que tal vez, al hacerlo, había convocado a la tempestad.

En cuanto lo permitió la borrasca, salimos. El camino era resbaloso, el viento traicionero porque soplaba cuando menos lo veíamos venir. Bajamos en penosa lentitud. Ya no teníamos nada que comer con nosotras. Hicimos lo de Abel cuando avistamos al cachorro de una bestia montaraz que asamos al llegar la noche, en el fuego cotidiano.

Repetí a mis hijas toda la verdad. Imaginaba que en nuestra ausencia el lenguaraz Adán había seguido bordando la falacia.

Mi clítoris parecía haber vuelto a la vida.

Nos esperaba una tristeza mayor. La Tierra —nos explicaron apenas llegar— estaba enfadada por la ausencia de Caín. Reacia, daba sus frutos hueros, sin huesos, desnudos y vacíos (delgadas fundas frágiles en el sitio de su piel, los cuerpos sin carne, o sus carnes desecadas por no tener el resguardo de la piel). Es verdad, pero hubiera sido remediable.

Dejó de haber botón de flor; apenas brotar, las hojas marchitaban, los tallos se volvían rugosos, después se endurecían y se secaban, las raíces se disolvían en la seca tierra. Es verdad, pero hubiera sido remediable.

La oscuridad blanca de la espora se había teñido de gris; el brazo del río que nos amparaba estaba seco; la tierra era estéril; no llovía; el arroyo desapareció; la abeja había emigrado a mejores lares; los pastos no daban espigas; los árboles, enjutos, dejaban caer las cortezas de sus troncos en goterones pegajosos de los que rehuían los demás insectos; el río que corría a poca distancia pasó a ser un lodazal estancado y después un cauce seco: todo esto es verdad, pero hubiera sido remediable.

Nuestra hambre no era como la de los gigantes, que no tiene origen en la urgencia de alimento —porque ellos deseaban comer, pero no comían, ansiaban beber, y no bebían.

Estábamos condenados, para saciar el hambre, a escarbar buscando tubérculos. Pero cuando los encontrábamos —porque también ellos habían quedado tocados por la desgracia—, eran igual que nuestras carnes, no había nada qué comerles, pareciera que nuestros espíritus hambrientos los habían devorado antes de sacarlos.

Todo esto pudo haber tenido remedio. El hambre y sed plantaron su casa en la nuestra porque Adán no les puso resistencia. Él había dejado morir los cultivos, lo que tanta dedicación había conseguido. La Tierra no trabajaba sin que nosotros hiciéramos nuestra parte. En nuestra ausencia, Adán se había dedicado, en efecto, solo a pulir su versión de los hechos.

Mi ánimo estaba perdido, en agitada turbulencia —yo era como solo una gota de persona, moldeable, sin la fuerza de los huesos—, o mejor: era como una gota seca, pues el cielo de mi alegría, remediando el que cubre la Tierra, no echaba ni un minúsculo chisguete.

No había más en la casa que eso —hambre y sed—, y en mí esa tristeza honda, que no daba cabida alguna a la fertilidad y placer, o siquiera a añorarlas.

Casi nomás llegar, el hambre nos forzó a desplazarnos, a dejar nuestra casa, abandonar los secos cultivos. Necesitábamos semillas para alimentarnos. Éramos ya como los cainitas forzados al exilio, con el agravante de que no venía con nosotros el aplicado Caín, y no teníamos

abasto. Lo único era que no necesitábamos la astilla de hueso parlante, porque Adán era esa astilla, aunque vivo solo lo encendía el rencor. Se había dejado crecer con descuido sus cabellos. Insistía en que nosotras nos cubriéramos los nuestros, pero le hicimos caso omiso.

Supimos desde el principio que no debíamos acercarnos al río y seguir su cauce, o seríamos aniquilados por las bestias que allá viven. Éramos más, el fuego no bastaría para guarecer nuestro olor a presas. Los animales de los seguidores de la fe en Abel, su varia ganadería, iban con nosotros; aunque anduvieran sobre sus propias piernas, y algunos incluso llevaran en sus lomos el peso de cosas nuestras, eran para nosotros otra carga de hambre. La discordia reinaba entre ellos —el avestruz y su hija peleaban por la comida—, no comprendían que éramos peregrinos reunidos por una causa común.

Entre los animales se dieron caníbales devoramientos.

Nació Seth, de mis entrañas, hijo conmigo de Adán, de alguna noche de recriminaciones, de humillación y derrota mías. Seth sumó una boca más en el desespero, no era nada más. A Seth lo llamé el Temeroso, porque era cauto, sabía tener miedo, y no sentía empacho en manifestarlo.

Por suerte teníamos la cerveza y otros licores. Solo embriagándonos éramos de nuevo humanos, pues al volvernos olvidadizos de nuestra situación, el alcohol nos permitía conversar con holgura, imaginar, y ver la belleza de la Tierra.

El alcohol, también, volvía a la tropa más perezosa e irritable, y como ya dije, olvidadiza. No sé quién copulaba con quién. Tuve más hijos, que rápido crecieron en nuestra vagancia y desespero, llenos de maldad, sumados a los vicios, y como aquella avestruz que vi reñir con su hija, con la misma fiereza, peleaban por todo entre sí.

Por doquier seguía sin llover y la verdura estaba amarillenta, como quemada. Los árboles tronchados. Los riachuelos envidiosos habían ahogado a sus habitantes. Ardía el aire que muy poco soplaba.

Siendo tantos y tan hambrientos, viéndome yo al frente proveedor, yendo de un lugar al otro arrastrando nuestros pocos bienes y almas desesperadas, ya sin ganado alguno, salí de cacería para darnos de comer. Maté con lanza. Maté con piedra.

En el olvido en que nos teníamos, comimos primero carne cruda. Restauró nuestras fuerzas la carne rascuache de la víbora. Roímos huesos. Yo me di a la cacería. Yo era la leona. Adán cuidaba a mi cría. Adán se tornó más parlanchín, más violento. Insistía en su versión de los hechos. Convencía a la tropa nacida en nuestra errancia. Yo poco hablaba, paría, cazaba, asaba al fuego mis prendas; comíamos sin platos y sin mesa, sin pan; yo me había vuelto eso, la imagen viva del desespero.

El alcohol provocaba un sueño hondo con sueños vivísimos. Contaré uno aquí que soñé embriagada y con parte del cuerpo cubierto de sangre después de haber luchado con la cría de una bestia enorme, a la que doblegué mano a mano tras haberla herido con la punta de hueso de mi lanza, y a la que desmembré sin echar mano del cuchillo:

El Sol escaldaba la piel. No encontré cómo rellenar las vasijas de agua. La sed me atormentaba. Bebí el líquido espumoso haciendo a un lado las cáscaras de las frutas, una bebida fermentada.

Caí en un sueño pesado e intranquilo. Los varones volvieron antes que mis hijas. Viéndome ahí tendida, inerte (y sonora, pues roncaba en mi agitación), expulsaron cuanto semen les fue posible, a plena y despiadada luz solar. Así los vi, eyaculando o tallándose para hacerlo cuando me arranqué del sueño.

No desperté a solas: del semen despertaron los homúnculos, decenas de varones diminutos cargados cada uno de un arco, el pene gigante, abultado, los hubiese tirado de bruces de no ser por las aljabas en que cargaban a la espalda sus flechas. Sus delgadas piernas estaban siempre bien abiertas, como si las aljabas no bastasen, y así tensaban sus arcos.

Aún en el momento de apuntar el tiro, daban saltos pequeños, ágiles como chispas, parecía que el piso no los atraía sino los expulsaba. Producían la impresión de carecer de piel, hechos de trazos lisos, como si tallados de algún tipo de madera, sus carnes duras, casi rígidas.

Un homúnculo quitó el hilo de su arco. Un extremo del hilo era rígido, tanto que tenía filo, era un punzón. Se me acercó blandiéndolo, me pareció ridículo, con esa penca hinchada balanceándosele al frente, desproporcionada, larga como una tercera pierna pero más voluminosa que sus cuatro extremidades juntas. Otros homúnculos me tomaron por los tobillos. Me sorprendió su fuerza. Esa materia de que estaban hechos —esa especie de madera dura— parecía entrenada para golpear. Subieron por mi cuerpo algunos otros homúnculos, sujetándome los brazos, el torso, la cara.

El homúnculo que sostenía en la mano el hilo punzón trepó a mi cara. Entró por mi boca. Pinchó mi lengua, ¡ay!, quise decir, porque dolió intensamente, pero fue inútil, tiró de ella ya enlazada, salió de mi boca y con esa punta-punzón del hilo hilvanó a la lengua un labio con el otro. Doble puntada, y anudó para dejar firme el hilo en mi sellada boca.

Me dejó muda, sin voz.

Oí los cantos de mis hijas aproximándose a casa. Vi a los homúnculos en bloque soltar a una los hilos todos de sus arcos, atarlos y tejer *en instantes* una red, cuyas orillas sostuvieron. Al tirar de ella, la red creció. Los homúnculos quedaron fuera de mi vista, solo estaba la red, tendida a lo largo de toda la entrada a casa.

Mis hijas, despreocupadas y felices, la yegua Nube (la cola blanca balanceándose, el copete oscuro, la piel moteada) tirando del carro abierto

repleto de flores, frutos, las vasijas de agua fresca, ellas seguían cantando. Atrás, a cierta distancia, alcancé a ver a la segunda partida, las hijas que venían de visitar la ciudad, en su carro cubierto con las dos mulas al frente, en el que adiviné lo que venía del mercado, las telas, los hilos (tan distintos de este homúncular), los aceites perfumados, los objetos, las cosas de la ciudad.

La primera partida se acercó a la red. Contentas de ver la cercanía de casa, ellas sumaron al canto el baile, palmoteaban. En cambio, la yegua, percibiendo el peligro, reculó y caracoleó, relinchando. Ignoraron su señal, una de ellas sacó el fuete y el látigo, domó su temor, la calmó y la soltó del carro, deteniéndola del bocado y el arnés. El corcel, leal aún, aunque sometido, dobló las piernas, hincándose. Comprendí su reacción: entendía el peligro y, ya habiendo sido esclavizado por nosotros, tenía el entrenamiento por la rebeldía que guarda adentro de sí el sometido.

«Tú y yo, Nube fiel, hija mía, ¡por la embocadura!», pensé, y recité, «la embocadura no nos embroca, la embocadura no nos embroca, la embocadura no nos embroca», desmintiendo la situación en que yo me encontraba, embrocada.

Mis hijas quedaron en esta adherida, como el pequeño que cae en la tela de la araña.

No fue un sueño, fue en la vigilia.

Después, algún homúnculo eligió a una primera. No la soltó del todo de la tela, pero tiró de ella hasta dejarla para él, y ahí, sin que ella pudiese moverse, le hizo un hijo. En tierra de Abel, así fueron los hijos: dos partes de varón, y solo una, e inmóvil, de hembra.

Nos cortaron a todas el hilo de la voz.

Esa misma noche en que soñé con los homúnculos, Adán tuvo este sueño:

Eva, más bella que nunca, más joven, más sonriente, se le acercaba a donde él yacía durmiendo y acariciándolo, empezaba a comérselo, empezaba por los dedos de las manos y seguía el antebrazo, el brazo, la otra mano y el otro brazo, y seguía, y seguía, avanzando en su comedera, mientras daba, con ese cuerpo espléndido, a un hijo a luz, sin pujo, sudor, dolor.

Fin del séptimo libro

Uno de Adán:
No es cosa mía haber enviado al primogénito Caín al exilio. Me fue dada la orden. «La voz de la sangre de tu hermano clama desde la tierra», me dijo Él, en altavoz, lo deben de saber todos.

Un papel:
Siguiendo el ejemplo de Caín —que no el de Abel—, Seth (el Temeroso, el cauto) abandonó nuestra compañía y fundó una ciudad. Disputan si fue La Meca.

Otro papel:
Sin hilo de la voz, me di a la fabricación de hilo. Muda, apliqué mis dedos, del hilo el trenzado, y de su cruce el textil, y del textil la superficie y la textura. Pronto supe habitar ahí, vuelta figura de una tela. Los hilos mismos me enlazaron, yo fui de ellos, partí a habitar en mi mudez su suavidad y color, obtenido de la flor, el tallo, la arena, en ocasiones el calor del fuego.

Otro:
Yo contaré la historia de Eva. Soy su voz porque lo he decidido. No le permitieron decir su historia. Le cortaron, le troncharon la cuerda. Lo que ella decía y el tono en que hablaba quedaron rotos.

Su hilo era elaborado por varias fibras, como responde a la palabra hilo. El suyo es un silencio costoso. Quiero repararlo.

«Se agarraba a las hierbas con las uñas». En sus dedos, los gestos quedaron mudos, en la desesperación de no dejarse llevar por el silencio, así fuera al silencio donde los llevara su moción.

Ay, el silencio. Palabra llana. Palabra soga. Palabra miente porque se dice imprescindible artículo para sobrevivir, pero es todo lo contrario. «Cállate y sobrevivirás», mandato torcido, perverso.

Y en su caso, ¿a qué viene el silencio?

Otro de una hija de Eva (que, la verdad, parece algo volada):
Un tiempo atrás, Eva fundó la aldea de las mujeres. Era un lugar donde las hembras íbamos a dar a luz. Baños de vapor, enterramientos para las desventuradas, los niños de doce meses se sacrificaban para que sus

cuerpos sirvieran de tapón para las tumbas, acomodados boca abajo, mirando el centro de la tierra. A algunos de menos de dos años los enterraban más profundo, con la piedra verde en la boca para que su alma no se les escapase, haciendo su sacrificio inútil. El sacrificio, un artefacto mágico.

La piedra verde en la boca de los niños sacrificados era inútil, porque el alma no se escapa de la boca si no se dice una palabra, y esos pequeños aún no sabían decirla entera.

Papel de Eva:
En el mar, la que va cantando sobre la embarcación es hija mía, con su instrumento de tres cuerdas.

Ella también temió a Abel.

Libro ocho

Llovió. Para entonces ya había perdido yo por completo la sensación de tiempo y lugar. A la luz de la lluvia no sabía si habíamos vagado errantes, o si nunca nos habíamos desplazado. Estábamos en un lugar irreconocible.

Sobre los esqueletos de secos árboles pelones, incontables cráneos de animales colgaban expuestos al sol. No nos quedaba pieza viva de ganado, ni un perro o un gato acompañándonos. En el campo no se veía huella de surcos. Tampoco había hierba, la tierra estaba yerma, como grumosa arena pálida. El abandono en que nos teníamos era inmenso. La bondadosa lluvia se empecinó en regresarnos, volver a nuestras personas la alegría y con esta la vitalidad.

No a todas. Los más parecían inclinados a llevar una vida indigna.

Las más, pusimos manos a la obra. Limpiamos la tierra de las piedras, escondimos las carcazas, rescatamos algunas semillas dormidas, otras por la lluvia habían comenzado ya a dar señal de brotes.

Siguió lloviendo.

Adán enfermó. Rezaba a su «Él, lo Divino» zozobrando en la húmeda tierra firme se ahogaba, como si lo que la lluvia nos regalaba, fuera para él un baño de muerte. ¿Cómo suplicar algo al Trueno?, yo me preguntaba, oyéndolo fervoroso suplicar con frases repetitivas lo sanasen, cuando no decía «Eva, deja ya de devorarme». Era tal su estado que yo invoqué a los ángeles.

Se apareció el Arcángel Miguel, en ropa de nosotros, sin brillos ni fuego. Habló con Adán: que era un rezo inútil el suyo, que estaba enfermo, que moriría porque éramos mortales, nadie escaparía de ello, excepto cuando naciera el Hijo del Hombre, que se preparara para bien morir.

Después dijo Adán que le había dicho otra cosa: que todos moriríamos por mi culpa, por haber mordido la manzana, que al hacerlo nos había yo convertido a todos en seres mortales. Dijo también que Seth y yo lo habíamos acompañado hasta las puertas del Cielo (¿?), pasando antes por el Edén (¿?), y que debíamos perfumarlo para que fuese admitido allá cuando le llegara el momento. Esto último lo tomé en consideración, lo demás era rebaba de su mentira mayor.

Fue la última vez que vi al Arcángel Miguel.

Al morir Adán, su fábula, su mentira, cobró fuerza centuplicada. Muerto tenía más presencia, muerto insuflaba su aliento sin que lo detuvieran las paredes de la vida, antes bien: lo magnificaban, a la manera de lupas. La fábula maligna flotaba, se adhería, estaba, producía un ambiente de rencor y violencia. La iniquidad de nuestra descendencia era mucha, abominable el lugar al que nos confinaban a las mujeres. Mi sueño de los homúnculos era nada comparado con mi vida cotidiana. Así tuviéramos agua y comida, casa y compañía, la hostilidad se me volvió irrespirable.

Cada que un recién nacido llegaba a su cuna, pintaban con tiza un círculo, y adentro de él estas palabras: «Adán y Eva. ¡Fuera Lilith!». Abandoné todo esfuerzo por convertirlos a la verdad. Pensé que otra fábula podría convencerlos. Como todo lo de las féminas era visto como maligno, cambié mi nombre por Hebe, dibujé en la entrada de mi tienda una mujer montando un león, tallé esa imagen también en piedra. Eso sí me salía de la garganta: una historia que no era mía, pero me representaba.

En una de mis salidas, apedrearon la escultura de Hebe y ensuciaron con lodo lo que yo había pintado en mi tienda. Coreaban cuando llegué: «Jamás adorarás un ídolo». Había otro grito: «¡Fuera hembras!, ¡muerte a

la hembra inútil!».

Cambiamos nuestros vestidos. Optamos por holgadas faldas largas. Nos pintábamos los labios rojos. Cubríamos nuestros pechos con telillas que insinuaban más pechos que los nuestros. Llevábamos zapatos de colores. Nuestros clítoris reían tras nuestros atuendos. Los hijos parecían germinar adentro de nosotras más rápidos, y cuando nacían nos ayudábamos unas a otras en crecerlos, dándonos compañía, y reían también nuestras rojas bocas. Hablábamos, hablábamos. Bailábamos. La música bañaba nuestros días.

Los hombres salieron a cazar. No sentíamos ninguna nostalgia de hacerlo nosotras. Mientras ellos cazaban, nosotras formábamos un círculo que prolongaba los primeros pasos del niño, porque cada vez tardaban más en crecer, y cada vez se parecían más a ese primer despertar de Eva. Hoy creo que: la generación de Caín no tuvo infancia. La de Abel tampoco, ni la de Ara y sus dos hermanas. Los hijos de ellos requirieron dos años para madurar. Los hijos de Enoc, tres. En este momento tardaron nueve, eran los años que pedían sus desarrollos.

El cuidado de los niños absorbía tiempo. Y nos daba un intenso placer.

Los varones quedaban fuera de ese círculo de cuidados y gusto. Regresaban de la caza con un espíritu que los alejaba todavía más. Sus cacerías se habían vuelto brutales. ¿Qué necesidad había, por ejemplo, en flechar una garza y al verla muerta festejar la prenda, ulular alrededor de su inútil cadáver vacío? ¿Cuál en jugar con los restos de toda prenda de cacería? Es solo un ejemplo. ¿Cuál en vestir las plumas, adhiriéndolas con su sangre, o en cuadrarse encima las pieles de estas, aún frescas, como si de la mano de aquel bestial El Trueno? Son solo algunos detalles de lo que hicieron de ellos. En nuestro campamento, también se hicieron más violentos, hasta que ser varón quiso decir ser eso, el que lastima.

(Varones y féminas, ¡ay!, los taimados: el cáncer del Mundo).

Ante esto, imitando a la mí misma de mucho tiempo atrás, yo reaccionaba como cuando cedí una manera de hacer hijos para darle a Adán serenidad: di un paso atrás teniéndoles compasión, ¡los pobres varones!, ¡están fuera del juego de placer!

Se volvió cosa de costumbre que, al caer la tarde, los varones se sentaran aparte de las féminas, que trazaran decretos de propiedad de tierra y mujeres, y pelearan entre ellos sus «derechos» sobre esta o aquella (mujer o tierra). Empezaron por imponerlos con medidas punitivas, forzando costumbres en que nosotras quedábamos, por así decirlo, atadas de manos.

Controlaron el intercambio de comestibles, prohibiendo pasaran de mano de mujer a mano de mujer, de modo que cada semillita tenía que pasar por mano de varón antes de caer en nuestras cazuelas. Corrieron la voz de que si una mujer menstruando se acercaba a los cultivos, se

secarían los pastos y los frutos, y su fábula pegó como el betún que flota en el agua salada, de modo que no podíamos cultivar tampoco. También corrieron la bola de que si una mujer andaba sola se volvía maligna, se quitaba las piernas de noche y venía a chupar la sangre de los críos, y también pegó su fábula, porque habían infundido su miedo en la comunidad. Aquel sueño que tuvo Adán cuando yo tuve el mío de los homúnculos, aquel sueño había sido inhalado por cada pecho varonil, y al exhalar su miedo lo habían contagiado. Su miedo de nosotras, su miedo porque dábamos la vida, porque nosotras nos hacíamos cargo de los guisos y de los cadáveres; su miedo de nuestros labios rojos y nuestra belleza, su miedo ante el atractivo que sentían por nosotras y nuestro inmenso, inmenso placer.

Nuestros cabellos quedaron abajo de cabellos de cadáveres, humanos o caballos, trenzados para imitar los nuestros. Nuestras bocas dejaron de ser rojas. Nuestras faldas se tornaron grises y negras, y perdieron la capacidad de bailar. Nuestros zapatos perdieron colores. Nuestros torsos usaron corsé. Este y aquel puso a la fuerza cinturón de castidad a «sus» féminas. Perdimos la mitad de nuestros nombres. No teníamos derecho de tener propiedad. Los hijos eran llamados de los padres, aunque fuésemos aún nosotras las guardianas y custodias. Con lajas afiladas cortaron el clítoris de más de una niña para dejarla «pura» «de por vida» —aunque no sujetas de los pies—. Nos quitaron a los niños durante el día, considerando que nosotras no podíamos darles educación, y nombraron a uno de los suyos «el maestro», y él les decía qué era bueno y qué era malo, y qué sí hacer y qué no. Inventaron todo tipo de reglas de qué sí hacer y qué no hacer, qué era buena y qué era mala educación. Las fueron imponiendo en el orden doméstico. Y después vino el otro golpe: las niñas, con clítoris o sin este, no podrían asistir a la escuela. Se quedaban en casa, encerradas, con sus mamás, sujetas a reglas precisas. Y si salían a la calle, niñas y madres debían cubrirse cara y torso con un velo, y jamás dar un paso solas sin custodio. Para custodios, caparon a algunos varones, los menos cómplices, los que ellos decretaron «más débiles», los que no encontraban placeres en sus juegos de violencia.

Incluidos en los juegos de violencia había algunos con un selecto grupo de féminas. Manipularon sus cuerpos para hacerlos al gusto caricaturesco: monstruosamente grandes tetas, cinturas reducidas más que por un corsé, las nalgas sobresalientes. Algunas casi no podían tenerse en pie de tan grandes tetas, otras sufrían de espantosos dolores de espalda. Les prohibieron tocarse los clítoris, las llenaban de untos para penetrarlas sin que sintieran placer, las forzaban a bailarles sin ropas. Las hacían desfilar frente sus círculos, adentro de las tiendas de varones, donde nosotras no teníamos entrada.

Y de vez en vez mataban a alguna mujer, repitiendo la carnicería brutal que practicaban ya como norma entre animales. Mataban a cualquiera, las

de faldas rígidas, las que no podían andar a solas; las iban a sacar de casa. Ninguna estábamos a salvo, ni las sin clítoris —que eran ya las más—, con tetas o sin estas, con hijos o sin hijos, jóvenes o viejas. A eso le llamaban placer. Eso suplantaba el gozo. Admirar y amar la vida era en ellos suplantado por alimentar su ansia de violencia, su sed de sangre, su rencor, su odio.

Cocinar y sentarnos a la mesa que siempre habían sido gozo y convivencia se convirtieron en dos experiencias distintas: la mesa era la extensión de la escuela, rígidas reglas, no hablar sino del padre. En cuanto al fogón y las cazuelas: quedaba como un último reducto. No es que fuera parte de un gozo compartido y mayor, la complicidad con la Tierra, sino ahora era parte de la cacería exclusivamente. Los varones, dueños del exterior de nuestras tiendas, habían prácticamente abandonado los cultivos, excepto por el grano para el pan que, ellos habían decretado, debía de ser sin fermento. Solo comíamos cadáveres.

La versión de los hechos de Adán había ganado la partida. No fue inmediato, fue apoderándose en estilo «esto es costumbre».

Los que representaban el teatro terrible eran mis nietos, mis bisnietos, los que yo había conocido al nacer, los que yo había cuidado cuando eran niños, cuando cada generación restaban más años siendo niños. Los que habían sido mi dicha. Los que supieron en algún momento los secretos del clítoris, ese hablar de esa lengüilla sagaz y sabia. Estaban sordos al lenguaje del gozo.

Esos, nuestros pequeños, nos dejaron atadas de manos, y no me detengo más porque qué ganas voy a tener de volver ahí ni con la memoria. Atadas, atadas de manos, pero no de pies.

Me resultó intolerable toda convivencia con esa grey. Salí de casa una noche, bien noche.

No advertí de mi salida a ninguna de mis nietas e hijas, había perdido, en las que la habían tenido, la confianza. ¿Cómo podría tenerla, escondidas como estaban tras rebozos, medias tejidas, rígidos y pesados vestidos oscuros, y la dureza del rencor en sus rostros?

Los perros no me ladraron porque fui arrojándoles mendrugos, los conocía, les silbé, los llamé por su nombre. Un par de estos incluso me siguieron, yo los acepté, me harían falta. Llevaba conmigo una pareja de cada uno de los animales que había criado o domesticado Seth, el Temeroso.

En el camino, durante esa noche, cacé más animales usando el lazo. Me ayudaron mis perros y los que se habían hecho míos apenas. Me hice de grandes ejemplares, dos de cada especie, un macho y una hembra.

El río en las cercanías había recuperado su caudal. En sus márgenes, construí una barca —no, yo no sabía cómo hacerla, pero sí cómo se hacía una casa, y era cosa de cambiar el arriba por el abajo, el flotar por el protegerse, y santo remedio—, y (no pensándolo dos veces) me subí en mi barca con mis animales, los domésticos, los que cacé la noche en que llegué al margen del río, y los que seguí haciendo míos mientras construía el arca, noche a noche, lazándolos cuando dormían las águilas o los otros animales.

Seguía lloviendo.

En mi barca, dejaría atrás la inquina raza con la que yo sentía tener nada en común.

Mi intención era reunirme con mi buen Caín en su ciudad.

Lo sabía por un mensajero que había llegado al empezar la temporada de lluvia: mientras la hambruna nos carcomía, reduciendo nuestras personas a escombros, Caín había tenido un hijo, se había establecido y fundado una ciudad a la que puso el nombre de su vástago, Enoc —que al madurar se le consideró el hombre más sabio y justo jamás habido—. Caín, se decía, no podía morir, tenía esa maldición. ¿Sería posible? Según el Arcángel Miguel, esto era imposible, pero yo confiaba en que aún viviría, me reconocería, y yo volvería a fundar casa donde él estuviera, en su ciudad, regida por su estilo y por la sabiduría de su hijo Enoc.

Desde que abordé mi barca, no dejó de llover. Fue una ventaja: el cauce creció y aumentó su fuerza. Así yo no supiera navegar, el río hacía lo suyo para llevarme. Una vez más, la Tierra me acogía generosa, ahora en uno de sus miles y miles de brazos de agua.

Esta era agua dulce. En esta nadaban cardúmenes ansiosos de convertirse en mi comida, rodeándome se me entregaban sin necesidad de usar red o anzuelos para subirlos a bordo y ponerlos a secar, me bastaba un balde para ponerlos lustrosos sobre la cubierta, coleteando, ansiosos de encontrar la paz de la sal.

El río ensanchó. Los cardúmenes se hicieron más profundos, menos inaccesibles. Allá en sus márgenes, vi a las bestias enormes de las que habíamos huido Adán y yo tanto tiempo atrás. Bestias formidables a la distancia, elefantes, rinocerontes, leopardos, leones, aves rapaces inmensas, de picos gigantes con ristras de piquillos cortantes. No podían ahora atacarme, así mi barca estuviera cargada de bocados para ellos deliciosos. Los enormes cocodrilos intentaron voltear mi barca con sus coletazos, el río salió a mi defensa, formando trenzas gordas en sus turbulentas e impredecibles corrientes.

Antes de que pudiéramos sentir nuestras fuerzas disminuidas o habernos quedado sin abasto, atracamos sin proponérnoslo en el puerto de la ciudad de Enoc, en la Tierra de Nod.

Fin del octavo libro

Papeles sueltos
(contienen *El libro de Caín*, y otras)

De Adán: Y decía Adán:

«… los hijos de Dios, los ángeles, fueron enviados a la Tierra para enseñar a los humanos lo justo y la verdad. Enseñaron a Enoc, el hijo de Caín, los secretos del Cielo y de la Tierra. Fue por culpa de las hijas del hombre, las pérfidas, pervertidoras mujeres que habitaban la tierra de Eva y las que habitaban en la tierra de Nod, holgazanas y expertas en maquillarse, adornarse y perfumarse para seducir con sus tretas, que se convirtieron en seres lujuriosos.

»Validos de su belleza, gozaron de vírgenes, matronas, varones e incluso bestias, pues no podían contener su deseo de placer.

»Aún antes de que los ángeles cayeran en la bajeza, no había tanta virgen, porque las féminas se habían dado a la lujuria. Al poco tiempo, siendo los ángeles tan hermosos y las mujeres tan disolutas (y bellas), solo quedaba una virgen, solo una, Ishtahar.

»Ishtahar no era cualquier bocado. La más bella por ser pura, resultaba irresistible para los lujuriosos ángeles. Uno tras otro hicieron cuanto pudieron por corromperla. Ella, astuta como si fuera un varón o progenie de Abel, respondía sin un sí ni un no, sino con una demanda:

"Con gusto seré tuya, pero antes, ¡prestame tus alas!".

»Un ángel tontín, ansioso por tenerla, le dio sus alas. Apenas tenerlas, Ishtahar se las puso y remontó el vuelo, cruzó el Cielo, tocó la carne blanca de la Aurora (tan parecida a la de ella) y subió aún más, hasta el trono de Dios. Ahí, se arrellanó en el regazo de la Aurora, como una paloma haciendo nido. El Creador, el que tú no mereces nombrar, sabiendo que Ishtahar, aunque fuera virgen era hembra, se la quitó de encima con un manotazo.

»Arrojada en el inmenso vacío, Ishtahar se asió en cuanto pudo de lo que pudo, y se convirtió en la constelación de Virgo».

Quedaría escrito.

Papel de Eva:

Animales de cuatro veces nuestra altura, vistosas y abundantes plumas, o pieles dibujadas con cuidado, largos cuellos e inmensas y robustas patas, poblaron nuestro entorno. Eran dóciles y astutos —o taimados aunque agresivos—, vivían a nuestra costa, y con sus tretas nos tenían bajo su mando.

Caín no hubiera permitido que crecieran a esas dimensiones. Abel habría procurado su vistoso aspecto y astucia, para después ponerlos a nuestra mesa, ufanándose de una caza que era cultivo.

Sobre el agua, las quijadas. Bajo el agua, las quijadas también. Dientes terrestres, altivos, rapaces, alineados para devorar la carne nuestra: ninguna otra presa a la vista parecería merecerlas. Sus pieles, lisas, hipócritas —lo taimado mayor—.

Ay. Esos cuellos largos de cuerpos regordetes, cuando no estilizados y bien vestidos. Engaño también de largas patas.

El libro de Caín

Nací para la siembra y el amor. Lazos fraternos me expulsaron de mi terruño y me confinaron a la vergüenza por haber dado muerte a quien decidió éramos rivales. Se equivoca quien dice que conmigo «nacieron la avaricia, la envidia, el odio y el crimen»[9]. Qué tontería, qué absurdo.

Amé las semillas, las flores, las hortalizas que cultivé para alimentarnos con belleza, aroma y buen sabor. Tracé una rutina de cultivo y recolección. Procuramos la fruta deliciosa, la flor bella. Las semillas crecieron su tamaño, los troncos aprendieron a vivir con las ramas de otros frutales, produciendo maravillas. Nuestro huerto fue un paraíso. Aquel hijo previo de Eva, el caballo, procreó otros animales que trabajaron con nosotros la tierra.

Con Eva aprendí a moldear el barro y a dominar el fuego, así hicimos vasijas para las semillas y los guisos.

De sol a sol cuidamos nuestra labor, estuvimos atentos a pesar de que nos cegara la luz solar, seguimos los caprichos de la lunática Luna y, entre uno y otro, espiamos a las estrellas para intentar comprender qué demontres decían.

Parte de nuestro estar en guardia, ocurría cuando Eva nos contaba cómo llegamos aquí, explicó las distintas maneras en que eso fue, porque nada ocurre en la memoria sin injerto, y sus cuentos —como nuestras frutas— nos ponían a temblar de gusto. Cualquiera lo sabe: el que goza es frágil; el insensible, intocable.

Levantamos una casa. Dibujamos y encontramos cómo hacer del carrizo música, de la piedra nuestro resguardo.

Fui más dulce que Eva porque ella me cuidaba los caprichos. Fui suyo, su hijo, su Caín, su primogénito, su cómplice.

Abel era otra cosa. Le disgustaba el trabajo continuo, y entre distraerse y perseverar, prefería lo primero. Salía con los animales a verlos pastar y contemplar el cielo. Tenía la cabeza hueca. En cabeza hueca entra el gusto del tigre. Mató un animal y otro. Por burlarse de nosotros, lo echó en nuestras brasas y nos lo dio a comer. Mató otro y otro. Pronto solo veía en ellos a sus víctimas.

Nosotros preferíamos los rescoldos; Abel, la llama viva.

Abel era el hijo de Adán. Él se lo plantó a Eva en la cola cuando ella dormía. Yo nací del placer de Eva; Abel del enfado de Adán. Adán gustó de lo que había nacido del disgusto que Abel y él tenían en común. Yo, hijo de Eva, de su vitalidad y tesón; Ara, nuestra, de Eva y mía; Ara era dos veces Eva.

A Abel no le gustaba dormir bajo techo. No deseaba oír las historias que escuchábamos en las noches. No le interesaba el barro: bebía de las ajenas, de vejigas, entrañas, cuernos o hasta cueros donde guardaba el agua que encontraba fresca en su camino.

De lo que él usaba para beber, y dejaba atrás, olvidando incluso quemarlo, nosotros sacamos sonidos musicales. De las vejigas, un sonar armónico. Del pulmón, un sonar más profundo, doliente. Usaba las pieles de los animales, desollados sin abrirlos en canal. De las vísceras, cuerdas, no las habrá nunca más perfectas que las obtenidas así, de lo que otros harían un desecho. De nuestros descartados, conciertos.

Hubo mucho entre Abel y yo, éramos hermanos. Recién nacidos mamamos del mismo cuerpo, niños pequeños jugamos mientras Eva laboraba y Adán cultivaba enojos. Muchos, casi una multitud en la que el corazón no se me perdió: yo la elegí a ella, como ella me eligió a mí. Ara nos eligió como hermanos a los dos, a Abel y a mí. Y nosotros dos la deseábamos. Ara me deseó a mí.

No hubiera querido dejar mi hortaliza, los árboles frutales, los plantíos diversos con que rodeé nuestra casa. No hubiera querido salir esa mañana con Adán a ofrecer lo que él llamó un sacrificio. Acepté porque no supe que sus hijos seríamos lo sacrificado por su rencor. Menos hubiera querido mancharme las manos de sangre, en un ataque de rabia contra Abel.

Menos, mucho menos, que Abel forzara a Ara, mi hermana, hija y mujer. Que la hiriera para vengarse de lo que no requería venganza.

Eso me arrojó a vidas que no busqué. Primero, el peregrinaje, el exilio. A mi manera yo repetía la caída de Adán, pero no la aventura de Eva. Después, con la fundación de la primera ciudad (cosa que tampoco busqué), soñé se establecerían en esta solo hombres probos, que fuésemos refugio de Gigantes y sus hijos de mala entraña, los Nefilim engendrados con mis hermanas, solo hechos para el daño y la muerte, como si carne de la carne de Abel.

Los Nefilim que no comen y sienten hambre. Los que lastiman y dañan.

No fueron los únicos perversos. Hijos de mujer y de varón sobrepasaron a Abel con mucho.

Carne de la carne de Abel: el comelón de lo vivo, el matador, el bebedor de sangre. En su corral, acuesta un jabalí boca arriba, con su cuchillo de piedra le corta el cuello, una fuente de sangre oscura brota del corte, Abel pega la boca a la carne y vena abiertas y bebe. Despega de ahí su boca, e inmediato pega la vejiga de otro cerdo, llenándola de sangre.

Era con esas vejigas que nosotros hicimos música sin sangre.

Yo, Abel, digo: que si mis padres fueron cubiertos por Yahvé, fue para cubrir la desnudez del pecado original. Por ello, también, la sangre de las bestias recién desolladas, a modo de expiación los cubrían. Por eso el Hombre debe continuar vistiendo así, el animal puro le hará saber a diario que, comiéndolo y vistiéndolo, hace presente el pecado de Eva que ella nos hizo compartir seduciéndonos como la serpiente a ella. Serpiente mayor que la serpiente, Eva, y con ella las mujeres. Por esto paren a sus hijos con dolor.

Alguien lo escribirá: Adán quiere decir «rojo», porque fue hecho de tierra colorada. Eva quiere decir «madre de toda persona». Caín, «posesión». Abel, «pesar».[10]

Adán me dio una carga de semilla diversa y la madre del pan para que al cosechar la siembra yo pudiera seguir comiéndolo.

No me dio madre del alcohol, pero sí del vinagre.

Traje conmigo dos tejidos para cuidarnos del frío nocturno.

A la semilla se la comió el gorgojo antes de que la pusiera a reposar bajo la tierra.

A la madre del pan la atacó la hormiga alada; dejó tantos cuerpos muertos en ella y tan poco de esta que fue ya inservible.

Los dos tejidos que ella hizo, de fibra y flor, fueron devorados por la polilla.

Me quedó el vinagre.

Ya lo dijo la poeta:

Ay, el sobreviviente,
el que se pudre a plena luz, sepulcro
de par en par abierto,
paseante de hediondeces y gusanos
…
¡Condenación a vida![11]

La raza de los perversos se identificaba con las convicciones de Adán. Agigantaba los pasos de Abel en la crueldad. Con los animales por crear la manera de matarlos en grupo —había que alimentar al conglomerado de habitantes, me dirán—, y al destazarlos más allá de toda palabra, haciendo carnicería de todas sus partes, después embutiéndolos en sus propias tripas para mantener los cadáveres comestibles por largo tiempo, sin necesidad de desecarlos. Su perversidad se redobló cuando creyeron que esto era para darle mayor placer a quien se la comiese.

La muerte: el placer del abelita. En todas sus formas, que no quedaron apegados solo a la del sacrificio animal. Con las mujeres también lo hicieron, de manera que aquí no relataré. Llegó con la ciudad, pero no se fue cuando los habitantes, por fuerzas que se dirán, se vieron obligados a desertarla. El varón perverso siguió alimentándose del gusto de la carne ajena muerta por propia mano, o por industria propia.

Yo, Caín, el desentrañado al clavar el aguijón que dio muerte a mi hermano Abel, el de la ira que apacigüé tan atrás y que solo vuelve filosa cuando recuerdo, Eva, tu cercanía. Eva mía. Eva, incondicional nuestra. Eva, la severa ante Caín, dura madre mía, inclemente solo conmigo. Eva, dura madre tierna. Tú eres mi fuerza, Eva mía, madre de todos los mortales, y más madre mía que de nadie.

Yo, Caín, el campesino que perdí mi tierra original, el sembrador condenado a errante, desdicho mi destino, y desdicha la desviación de mi destino, porque errante fundé la primera ciudad en la Tierra, y lo hice en la Tierra de Nod, condenada como yo a ser estéril, y como yo deseosa de ser pródiga, fértil, y empecinada hasta conseguir ser dócil ante el sol, el agua, el viento, dadivosa con la semilla.

Fundé la ciudad de la mano de Ara, mi amor, mi hermana. Con Ara preñada fundé Enoc. Ara esperaba el hijo que era nuestro solo porque lo había engendrado mi hermano con violencia.

Ara, la madre del hijo de Abel, la esposa del marcado por la muerte, esposa mía, mujer de Caín, embarazada de Abel.

Eva dice que los hijos de los gigantes emponzoñaron a Enoc por distraernos de una insoportable escena.

Nod, agrietada y ácida, áspera, grumosa, desigual, quemante. Nod, pasos allá, tras la sal, arena fina, suave hasta llegar a ser dulce al tacto, cada vez más pálida, tan tierna que da pena tocarla (y da pesar pisarla), suena tal como la niña que llega al lecho del hombre sin aún cuajar la teta, sin que el vientre termine en un nido de vello. Dulzura de la arena, y dolor de la dulzura, Nod.

Tras la arena, la gris tierra caliza y los cardos, y, tras estos, las zarzas donde todo

género de mora convive con abejas, arañas, reptiles y el picotear rápido de pájaros coloridos. Un trecho más allá (extensa y con esperanza porque albergaba las aves enormes, los arbustos floridos, los animales huidizos y el tímido manantial (escondido entre rocas lisas que él mismo debió tallar en sus derrames, y tras el manantial, bajo el tupido carrizo —sus borbotones, suspiros—), la oscura tierra fértil, pudiente, ávida, deseosa del surco, anhelando sin cesar la misteriosa diminuta pata blanca y cosquilleante del brote de la raíz.

La tierra oscura, húmeda, abre a besos la corteza dura de la semilla para obtener la punta blanca de la germinación; a punta de besos, la tierra de la semilla el tallo verde, del tallo la hoja, el botón, la flor, el milagro del fruto.

Ella (la Tierra) y yo; ella, y yo Caín; ella y yo enlazados, encadenados como yo a Eva y Eva a mí: porque ella me parió, y yo para ella obtuve los frutos, las semillas, la harina y la masa, el hilo y el cordel. Yo fui la fertilidad de la tierra de Eva. Cuando perdí aquella primera tierra mía, Eva me perdió a mí.

Aquí en Nod no hay Dios. Que quede claro, que lo oiga Adán y sepa no hay cabida aquí para su fábula: Tierra me ha dado frutos porque yo he labrado la tierra, porque ha hablado conmigo, porque no solo ha estado a la escucha, como ahora tú, madre de todo humano, Eva, grande y gentil, compañera, amistosa, como quise fuera Abel. Eva, también centro de mi ira, que nunca me hubiera atrevido a dirigir hacia ti, Eva.

La Luna y el Sol son mis aliados. El agua, mi alma.

Ara fue mi alegría, hasta que dejó de serlo.

Eva la injusta por ser la pareja del mayor de los injustos, Adán, el de infausta memoria. Siempre le faltó al vientre de Adán eso que permite dar a luz. Está incompleto, Adán, y así nos hizo a los que llaman varones, así a mí y a Abel, medios humanos.

Abel y yo quisimos repararlo. Yo en mi fertilidad de las semillas y los vegetales, de los tubérculos, las flores, los hongos, las figuras talladas en madera, la mano que ayudó a la cerámica de Eva y la del molino y otorgar la paciencia al horno. Abel en la cría de sus animales. Abel fue menos necio que yo, si se mira con atención; entendió mejor nuestro destino, jugó el juego de Adán con su herencia de envidia y rencor.

Nací antes de que hornearas la figura de barro.

Yo, Caín, trabajé a tu lado, Eva; yo llevé a tu fogón cuanto pude obtener, domando las semillas y los frutos para que en este obtuvieses más platillos de placer. Colaboré, comprendí, aprendí, trabajábamos juntos. Eva mía. Eva cándida, que no supiste seguir lo que se trenzaba entre Abel y yo, y que no tenía remedio, y que tú cultivaste, acunaste, provocaste, cuidaste, alimentaste, inflamaste. Eva.

Abel no fue el único lazo fraterno. Ara está por dar a luz a un hijo que podrá ser hembra como lo es Ara y lo es Eva, y dar ella también a luz, o podrá tener el vientre seco, el vientre oscuro, sin luz, como lo tengo yo. Vientre seco, vientre de varón, vientre estéril. Ara heredó de Eva la capacidad de generar. Como ella, tengo otras que parecen hembras, pero heredaron de Adán el vientre incompleto. Algunas son pastoras (como Abel) y asesinan a sus animales, otras dos son como Ara y yo, sembradoras, y la más pequeña es alfarera, como Eva. Solo yo sé tallar con bien la piedra.

Ara vino conmigo, aun sabiendo que yo había perdido mi aguijón en la muerte de Abel, y que yo por eso estaba marcado con la Muerte, herido de muerte, herido como la abeja que ha dejado el suyo. Yo también había dejado en el cuerpo de Abel mi aguijón. La Muerte no vendría a mí nunca porque yo había sido ya visitado por

ella, la muerte me rehuiría. Nadie se atrevería a intentar asesinarme, nada podría darme muerte. Nada ni nadie, así yo cargara la culpa de sangre.

Y yo, el sembrador, yo, el fundador de la Ciudad, yo estaría condenado a vivir en el desasosiego. Yo, el inmortal, sería el hombre que llevaría su tumba a cuestas por haber dejado en mi hermano mis entrañas.

Yo no soy mi mayor enemigo, ni el menor. Abel cuidaba lo que asesinaba. Él ofreció en sacrificio al primer vástago de cada uno de sus animales —esos que él vio nacer, que procuró, que cuidó—, y la gordura de los maduros que también había alimentado con su propia mano. La mano que era cuenco para alimentar a sus animales era la misma que asía el cuchillo de piedra negra para matar las crías. La pura idea repugna a Caín. En un principio, también repugnó a Eva, pero desde el primer cuello sangrando, la sangre derramándose sobre un cuenco que puso bajo la perforación Eva, Adán se satisfizo. Eva probó la carne, y también lo aprobó. Usó la sangre de los animales para sus guisos. Fueron los días en que comí a campo abierto mis semillas y frutos, no guardando todos para mí y Ara. Nos distanciamos de los míos, excepto de Eva.

Yo hice el cuchillo de Abel. En el mango, Eva marcó la forma de una pluma de ave, después «cabra» y «abeja». Hice también el cuchillo de Eva. En el mango, Eva marcó «luna», «plato», «fuego». Hice mi cuchillo, con un mango que no tenía nada escrito, y con el que podía producir fuego, tallándolo contra la blanca piedra que un día me dio Eva, cuando yo era niño. No quise dar un cuchillo a Adán porque yo le temía. Hoy sé que también debí temer a Abel.

Abel: engendró en mi mujer un hijo que emponzoñó también mi vida ya marcada por el fratricidio. (Injusto destino me aguardara, yo tenía de natural germinar, prestar cuidado, procurar fertilidad y vida. A Abel lo esperó siempre la muerte. La tenía, la daba y regalaba, la procuraba y la invitaba. Yo le cumplí su deseo. Él me manchó las manos de una suciedad que yo no tengo. Yo sé lo que pensó al verse herido: «pagarás por mí, y me alegra; te odiarán por fin, y me alegra; Eva te repudiará, y me alegra») .

Dijo Adán, y entonces… Otra vez dijo que a Eva se la habían sacado de la costilla. Todos nos echamos a reír, y se disgustó. Pocos días después, habiendo bebido alguno de los licores que Eva hacía en casa, perdió los estribos y volvió a contar la misma historia, a la que le añadió que Yahvé solo sopló en él aliento, nunca en Eva, y después dijo que Eva había caído en la trampa de una astuta serpiente, y que la manzana bla bla bla, y que el castigo para ella era que su deseo estuviera sujeto al de él, como el de toda mujer al varón. Completamente embriagado había tornado su fábula en una mentira embriagadora que encantó a Abel y que a nosotros nos repugnó como desagrada el aliento corrompido del borracho.

Fue esa noche cuando Adán llevó a su lecho a la más pequeña de nosotras. No lo supo Eva. Yo me di cuenta hasta que la vi escapar de las manos de Adán, sus piernitas manchadas de sangre.

Explico: Adán, briago para no variar, se retiró y cayó dormido apenas tenderse horizontal. Los demás conversábamos contentos, Eva comentaba mientras preparaba el pan, nadie hacía ni burla de la fábula que nos había contado Adán. Ni siquiera Abel, que era el que siempre le daba la razón, ni siquiera él la trajo a cuento.

Abel interrumpió, ya se iba a revisar sus animales «antes de que me gane el sueño, no vaya a ser que otra vez pisoteen el corral las avestruces». Los demás, a una, nos echamos a dormir, yo al lado de Ara que era y es mi adoración. Ara esa noche insistió nos acostásemos cuerpo a cuerpo con Eva, porque al acercarse el sueño quiso protegerla de los malos espíritus que Adán había convocado.

Adán se despertó cuando los demás dormíamos, jaló a la más pequeña de nuestras hermanas, se la llevó. Era una niña aún. Yo escuché lo que después, mucho después, oiría al pisar la arena en la Tierra de Nod.

Semanas después lo volví a escuchar, la arena fina hollada. Provenía de donde dormía Abel.

En la Tierra de Nod, Ara me contaría cómo, cuando ella era una niña, la tomó Adán, a plena luz del día, hollándola.

Esa vez no oí musitante el quejido de la arena.

Asesiné a Abel por el crimen de Adán. Abel lo supo. De ellos parte la línea de la maldad, ellos son los que engendraron malvados crueles. Eva reconocerá que porque yo me alejé tuvo la oportunidad de vivir sin la sombra de los crueles a los hombres fieles. Pero no sabría asirla, no sabría asirla…

La Tierra decidió emponzoñar las aguas. Exudó venenos (mercurio y arsénico), los manantiales brotaban envenenados. Bebíamos agua de lluvia, pero llovía casi nunca, y vivíamos con sed.

Bajó la marabunta. Comía los plantíos, devoraba vacas, perros, caballos y personas sin distingo. Eran inmunes al veneno.

Así se acabó mi raza. Me vi solo, sin Ara, sin hijos, sin qué beber. La sed gobierna mis días.

Eva no sabrá nunca que una de mis hijas siguió el mandato de la errancia, vivió en tiendas, tuvo ganado, cruzó el desierto repetidas veces.

Otro —y esto cuánto habría placido a Eva— aprendió a manejar el metal. Consiguió extraerlo, forjarlo, hizo espadas, escudos, redes y demás.

Otra hija mía observó al botón de la mandarina tan de cerca como al de la flor solodenoche. Las dibujó con colores que también extraía de la noche.

Hubo un hijo mío que tocó el laúd, el arpa, la flauta, y los elaboró de maderas olorosas y resistentes. Con él empezó la estirpe de los músicos.

Yo mismo fui quien levantó edificaciones donde habitamos y nos reunimos, y nos bañamos. También tracé las plazas y los jardines, con Ara —o yo con Ara, si soy más preciso—.

Mi vida fue rica. Tuve y perdí la tierra que habité con mis padres, y compartí con ellos y mis hermanos. Después, supe hacer mía la tierra que me había sido adjudicada como un castigo, por no tener en ella familia alguna, o sangre de mi sangre. Vencí mi errancia.

Estoy por morir.

Te dejo a ti, Eva mía, madre mía, esto: mi maldición, que tú guardarás como un tesoro, porque mi marca no es fútil. No morirás nunca, Eva. Te dejo eso a ti, y me libero. Soy demasiado viejo. Sobre ti no pesará nunca la edad, porque provienes de una era donde no existía el tiempo, porque duermes sin que el Sol jamás te regrese a la dureza de su rigor cronológico. Habitaré en ti, Eva, siempre.

Una de Abel:
Yo, Abel, buscaba el árbol de la vida en el cuerpo abierto del animal, mi hijo. Porque Eva tuvo hijos, mientras que yo crie, cuidé, procuré, llevé a alimentar a los pastos a mis animales, y está bien, los llamé hijos, e hijos de mis hijos.



Me los comí, porque su carne había sido hecha por mí, y era buena.

No entiendo nada. Si la historia de la creación la cuenta el que quiere promover queramos al creador, este hace muy mal su trabajo. Es abogado del diablo. Vamos a ver, desde el principio: el creador les habla a los animales con una lengua bestial, porque lo entienden.

¿«Toda planta verde les será para comer»?

Lo primero que bendice es el día séptimo. Demontres: la holgazanería, y el congelador de lo hecho.

Y no había hecho llover sobre la tierra. ¿Pero cómo crecía entonces la planta verde?

Es un asesino. «Y vio Dios que era bueno» todo animal que él había creado del mar y del cielo. ¿Y no le importó comérselos? ¿Le tuvo sin cuidado asesinarlos? Lo que me lleva a la historia de Caín y Abel, pero ahí no me detengo.

Aunque no sigamos tanto, porque ¿cómo que ya había animales que se arrastraban y que habían sido creados por él, si después él dirá que arrastrarse sobre la tierra es un castigo, el máximo que le impone a la serpiente?

Dejemos eso pendiente. Dicen que creó a los animales a su imagen y semejanza —que cubre un amplísimo espectro, si lo pintamos del mandril a la araña—, y los agrupa bajo una característica en común: los creó hembra y macho. A ver: ¿eso es aún a su imagen y semejanza? ¿Hembra y macho? ¿Es que el creador era bisexual? Seguramente. Eso me tranquiliza… poquito.

Porque casi de inmediato, tenemos el pasaje en que Adán y Varona sienten pudor. Improvisan sus ropas con hojas de higuera. Cuando el creador interviene, los viste con pieles de animales. A ver a ver, ¿no hay necesidad de detenernos un momento? ¿Es que de verdad es lo mismo vestirse —cubrirse— con vegetales que con partes de cadáveres animales? Tal vez sí, yo digo que definitivo no. Acepto el debate, y estoy dispuesta a disentir. ¿Cómo?, ¿es que el creador lujosamente asesinaba a lo que él había hecho? ¿O ya entonces había vuelto a la muerte una necesidad vital? No lo dice el Génesis. Mató para vestirlos.

Lo cual explica su reacción cuando el *affaire* Caín y Abel. Caín era agricultor y podemos presumir era vegetariano, y de no serlo —suponiendo no se hubiese independizado de la casa familiar— un carnívoro pasivo. Abel, en cambio, era carnicero. El humo que ofrendó al creador de grasa animal implica que no echaba mano solo de las piezas que morían por sí mismas, sino que se las escabechaba. Era pastor, y carnicero. La duplicidad de funciones se explica porque había tan pocas manos entonces en el mundo.

Manos que de pronto se duplican, sin explicación lógica. ¿De dónde se casó Caín, de qué punto del universo brotaron esas mujeres con las que podía de súbito parearse?

Única explicación lógica que pergeño es que eran Gigantas. Eso explicaría tantas cosas, el asco por las féminas, la misoginia, el persistente resentimiento: ¿cómo enfrentar a una Giganta, si eres un enano?

Pónganse a imaginar el mundo de las gigantas cónyuges de la estirpe del vegetariano Caín…

Papel de otra hija de Eva:

Eva siempre cambia la verdad, impone su versión. Nos ha contado una equivocada. La verdad es esta:

En el Edén nació Leviatán, pronto como el musgo. Brotó. Nada podía detenerlo. Era el nacido más empecinado. El Creador lo advirtió, y puso manos a la obra. Leviatán debía ser eliminado. Pero Leviatán era más rápido. Tenía consigo compañera, extraída como él de la nada. El Creador no deseaba matarla. Quería tenerla. Comprendió que era indigno de ella, y esta certeza se le hizo insoportable. Entonces, la mató. A Leviatán solamente lo castró, eso bastaba para anularlo, y además cumplía perfecta la venganza.

No acabó ahí su enfrentamiento. Un día, el Creador y Leviatán se harían batalla frente a frente, sería tremenda. Para la ocasión, el Creador preparó una salmuera con la carne de la bella mujer de Leviatán. Con la piel de ella, preparó dos capas. Con esas, vistió a Adán y a Eva cuando los expulsaron del paraíso.

Las dos capas brillaban como las escamas de los peces. Capas de piel resplandeciente, tornasolada. Más bellas que la muerta cuando estuvo viva. Así vestidos, Eva y su compañero salieron al mundo.

Esto que yo cuento es la verdad. Lo demás, espuma de Eva.

Hay algo más que quiero agregar. La piel de la mujer de Leviatán olía como había olido él, un hedor repugnante que no se podía soportar. Por eso Leviatán procuraba cuanta flor podía del Paraíso, buscaba contagiarse de su perfume.

La piel de la asesinada no tenía manera de buscar el escudo de las flores, no podía desplazarse, no percibía. Como su compañero Leviatán, portaba pestilencia. Hubiera querido acercarse a las flores para contagiarse, penetrarse de su delicia.

El destino de las flores es atroz de natural. Deben regalar lo íntimo al pestilente, al nacido del cadáver, al que es en sí repugnante. Ahí nació su destino, ser adorno, favorecer al hipócrita y al lambiscón. Perdieron su deber ser cumpliendo con su destino. Las flores son por esto nada más que promesas efímeras. Intrínsecas mentiras. Bellas, sí. Perfumadas, también. Pero no son siquiera máscaras, no son escudo, no ayudan a

esconder el hedor. Nos revelan que no durarán. No ocultan. Son usadas por los impostores.

Algo más: el encurtido no sería el único platillo del banquete para celebrar la historia de la victoria del Creador sobre Leviatán. Después del gran encuentro, varios comieron la carne de los vencidos, dicen que era exquisita. Pero hay todavía algo más. Hay algo más, otro platillo habría, pero de ese hablará otra.

Libro nueve

Me esperaba una visión única: Enoc, la ciudad que había fundado Caín. La muralla fue mi primer asombro (nosotros no levantamos muros de piedra), que era algo portentoso, tan armónico, tan extraño, tan hecho del desierto, tan reflejo de la luz), después venían la armonía de sus calles y edificios, los pozos rodeados de jardines, el mercado —extraordinario—, y tanta, tanta gente.

Era un cielo poblado, comunicado, con líneas entre una estrella y otra. Aunque tampoco era esto: era lo que era, y estaba trazado con serenidad, como no lo fue hecho el mundo. Cada rincón tenía su encanto. La gente que pasaba, que era tanta, con vestidos jamás vistos, y sus caminares también tan únicos.

En el mercado pedí de comer. No teníamos lo que ellos llaman dinero, pero por respeto a los viejos prestaron atención a la vieja Eva, y aceptaron uno de mis animales a cambio de comida para mí y los restantes. Me ofrecieron una mesa ahí mismo donde sentarme, y un muchacho (que era más bien niño, aunque fingiera la voz para protegerse) tomó las riendas y cuidado de mis animales, dábales de beber y comer, les procuraba sombra para su descanso.

Mientras yo comía de un plato de cerámica hermosa, que remotamente se parecía a los míos —aquellos que yo había hecho con Ara y Caín—, pregunté si alguien podría contarme qué era de Caín.

Un vendedor de semillas que pasaba con la arpilla atada al cuello, ávido de hablar (en la ciudad, cuajaban los que andaban solitarios), me contó que, después de haber asesinado a su hermano, le fue creciendo a Caín una especie de cuerno en las cejas; que sufría de una temblorina continua, como la hoja del árbol al viento, incluso cuando dormía, que tal vez por eso le era difícil conciliar el sueño, por lo que rara vez podía dormir; que siempre tenía hambre, por más que comiera; que estaba maldito y no podía hacer amigos. Y que sin duda, sí, él había fundado esta ciudad cuando nació Enoc, su primogénito, como otras seis, Mauli, Leeth, Teze, Iesca, Celeth y Tebbath.

Otro que pasaba sin mercancía en mano dijo que, si Caín había fundado Enoch, había sido solo por vanidad, para levantarla como un monumento a su persona. Que a las seis que había fundado las había amurallado. Que era un ladrón. Que Caín solo pensaba en él, que por eso inventó pesos y medidas, y el dinero. Que desde el vientre de su madre peleaba con su hermano Abel, y que él era bueno para eso, para pelear y acarrear el mal.

Otra me dijo que Caín intentó enterrar a Abel antes de dejar su casa,

maldito por su padre, pero que la Tierra no le aceptó al hermano, aún enojada por el polvo que le habían robado para hacer a Adán.

Más me decían de Caín, y menos reconocía yo a mi hijo el Semillas en sus historias. Atrás de ellas yo alcanzaba a oír el timbre de la versión de Adán, y esto me intrigaba aún más.

Un ciego fue el único que vio mi desconcierto. Se sentó a mi lado y, cambiando el tema un poco, me contó lo que aquí diré:

Resulta que el nieto de un nieto de Caín, de nombre Lamech, prefería pasar sus días en las afueras de Enoc. Era cazador, y muy astuto. Vivió larga vida así, al aire libre y sin buscar sombra, solo iba tras las presas que, ya abiertas en canal, vendría a vender al mercado. Esta vida al sol le fue agotando la vista, hasta que se tornó ciego. Ni así quiso pasar sus días entre muros: pagó a uno de sus hijos por uno de sus hijos, le cambió el nombre (llamándolo también Caín) y lo entrenó para que fuera sus propios ojos, pues lo único que le fallaban para seguir con su buena caza eran estos. Le instruyó que debía llamarlo «abuelo».

Así un día que iban de cacería, Tubal Caín tiró de la ropa a Lamech de la manera que en su código secreto quería decir «mira, abuelo, justo enfrente de donde diriges ahora tu nariz, a unos diez y siete pasos, veo asomarse la cabeza peluda de una presa. Es dorada, dale ya, ¡rápido!». Lamech tensó el arco, lo apuntó con precisión y dio en el blanco. Tubal Caín corrió a traerle la presa. Viéndola frente a sus pies, gritó al abuelo:

—¡Acabas de matar a un hombre! Tu flecha perforó su nuca. ¡A un hombre terrible, porque tiene en la frente una marca espantosa! ¡Un cuerno le crece en la frente!

—¡Ay! ¡Pobres de nosotros! ¡He matado al inmortal Caín!

Y Lamech estrechó una mano contra la otra de dolor por lo que acababa de hacer, y por tener aún arco y flechas en estas, disparó sin proponérselo e hirió de muerte su hijo. Escuchó la flecha volar. Caminó hacia Caín. Sus manos tocaron los dos cuerpos caídos, y fue tanto su dolor que ahí mismo se tendió a esperar la muerte, llorando y gritando:

—¡Maldito sea yo y toda mi descendencia! ¡Maldito miles de veces, que he matado con un tiro a mis ojos y a mi hijo!

Al caer la noche, sus dos esposas se preocuparon por su ausencia y, acompañadas de sus hijos, buscaron a Tubal Caín y a Lamech, y encontraron dos cadáveres y un herido de dolor. Al sentirlas llegar, Lamech reinició su llanto y queja. Añadió una frase:

—¡Denme consuelo! ¡Acuéstense aquí conmigo! Tal vez si copulo con ustedes, podré sentir que otra vez tengo derecho a vivir!

Las dos esposas se negaron. Zillah llevó la voz:

—Mataste a nuestro abuelo Caín, y asesinaste a mi hijo Tubal Caín, ¡cómo crees que nos acostaremos contigo! ¡Nos das horror, y nos das asco!

—¡Obedézcanme! ¡Soy su marido! ¡Yo lo pido, ustedes lo hacen! ¡Soy el que da órdenes!

Ada entonces le respondió:

—Asco nos das. Mataste a nuestro hijo y a nuestro abuelo.

Pero las dos esposas se vieron a los ojos, y aun sintiendo repulsión, por piedad y por bobaliconas, ayudándose la una a la otra, se acostaron con él. Así fue como Zilla le dio un hijo. Se llama Noé, y es justo.

Otros dicen que Noé no es hijo de ellos, y que lo que pasó es que la Tierra respondió simpatizando al asco que sentían las dos mujeres, se abrió y se los tragó.

Al terminar su cuento, el ciego pidió a la vendedora que nos había surtido para mi plato que por favor nos trajera, cortesía de él, una manzana para Eva.

La vi, no se parecía a aquella fruta del paraíso. La mordí. Imitaba a la perfección la sensación crocante de aquella que comí en el Edén, asemejándola. Pero el sabor era distinto, aunque tratase de imitarla.

Es por esa fruta que creó Caín, que llaman «manzana» a la fruta del Edén.

Pregunté en el mercado por Ara y sus hijos. Nadie, nadie sabía de Ara. «Caín tenía dos esposas, como todos», fue lo que pude averiguar. «Y aquí los hijos son del padre, así que, de los hijos de Caín, te podemos decir que todos están muertos. De sus nietos, sabemos que están muertos también».

—¿Y las hijas de Caín?

—Aquí las hijas no son de nadie. A los hijos varones se les reclama, una buena hija es la que casa bien, no hay más.

«Y por más bien que se case», pensé para mí, «siempre estará casada por la mitad, si cada hombre tiene dos esposas».

Escuché otras versiones del nacimiento de Noé. La que me llamó más la atención fue saber que su padre no lo daba por hijo propio, que decía que provenía de una semilla que no era la de él. El padre repudió a Noé. Pero hubo prueba (que desconozco, que nadie me quiso desglosar) de que su hijo era su hijo, y el nieto de Caín lo aceptó. El que su padre lo hubiera repudiado por esa razón, lo hizo grato a mi corazón. Más aún otra que me dijo el ciego:

—Con el nacimiento de Noé y la muerte de Adán, la Tierra cambió para bien, se volvió más generosa. El trigo nacía limpio. Fue entonces cuando Caín consiguió que uno de los árboles injertados diera una manzana, imitando a la de Eva.

No sé de cierto si me dijo la verdad. Si así fue, ¿fue la aparición de un ángel, o un demonio, o un gigante lo que permitió al árbol del Edén florecer aquel fruto, el que nos trajo aquí?

Las historias que me contaron picaron mi interés en Noé. Hay otras versiones que dejo aparte. Aquí les contaré cuanto supe de él de primera mano, y por qué.

Viéndome vieja, sin familia, desconocida de todos, porque Caín estaba muerto, porque nadie sabía quién era mi persona, porque no encontraba la manera de darles a entender quién soy yo, e intentarlo sería ganarme un papel ridículo —¿quién podría tragarse eso?—, enterada de que en Nod las personas se decían dueñas de su trecho de tierra (¡válgame!, ¡trechos de tierra con dueños!), y que me era imposible hacerme de un lugar donde parar mi tienda para guardarme, no queriendo perder mis animales uno por uno a cambio de bocados y algunos chismes, encontré un nodita con pastizales para encargarse de ellos, a cambio de un pago (en el dinero suyo) mes a mes. Además, necesitaba monedas para darme a mí misma de comer y un lugar donde dormir (imposible tenderme en sus ruidosas calles y descansar siquiera).

Así, busqué trabajo, no era urgente. Elegí entre varias opciones y opté por el que me pareció más atractivo.

Entré al servicio de Noé como cocinera. Él había escuchado mi historia (lo que el pueblo sabía, que había yo llegado en mi barca, vieja y sola, acompañada de mis animales). Necesitaba a alguien para preparar, guisar sus alimentos, y no podía ser un anodita. Y él era dado a la buena mesa, tanto como yo a la buena cocina (*no es culpa mía, fue la manzana)*.

Cuando acepté, y habiendo oído hablar de la proverbial rectitud de Noé («Dios amaba a ese hombre por su rectitud», se escribió de él[12]), no imaginé la que me esperaba.

Mi experiencia grata más reciente había sido en mi barca. Yo había gozado de una sensación inmensa de libertad —viajar a la deriva en aquel río henchido había sido embriagante—, y no era que esperara algo igual, pero el fogón, la cocina, creí sería para mí el retorno al goce que perdí cuando mi grey se perdió por la versión de Adán. Noé me lo dijo: yo guisaría lo que yo quisiera.

Encerrada en unos tablones entre los que se colaba la humedad por estar sobre el depósito de agua de la casa, sin acceso a la luz, sujeta a los maltratos de todos, y a que más de una vez los hijos de Noé bajasen a trastearme, a toquetearme en la oscuridad, no buscando la carne joven (que tenían con sus mujeres) sino la excitación de vejar a una persona noble, mi clítoris se tornó tímido, cobarde. Lo de cobarde, se lo debió a Noé. En su descargo, diré que de puro contagio: era un hombre de perpetuo temeroso, muy proclive a embriagarse —de ahí que se cuente se emborrachara al dejar el arca—. Si recto fue, la verdad es que su rectitud se torcía por aquí y por allá. Para empezar, en lo imaginario.

Porque resulta que Noé, a quien yo le servía el plato, optó por robarme la historia de mi viaje a Enoc, diciendo que él había sido escogido por Dios como el único sobreviviente de un diluvio universal, y que él, siendo el más recto, etcétera, el arca y todo lo demás, conocen la historia.

Adán lo hizo, hurtándonos la verdadera historia de nuestro origen. Noé lo volvió a hacer: ladrones del relato.

Y ahí, en su fábula, en su imaginario, dijo que había subido a bordo de aquella arca a sus tres hijos varones con sus esposas. ¿Podremos decir que fue un hombre recto Noé, que se miraba a sí mismo haciendo lo correcto cuando dejó a sus hijas mujeres ahogarse en el diluvio?

En la realidad, además de ladrón de mi historia, Noé era intolerante y rígido en extremo con los hijos. Sem era el mayor, le seguía Cam, el menor era Jafet. Cuando no era rígido, era arbitrario. Un ejemplo de una

arbitrariedad e injusticia. Su hijo menor, Jafet, a resultas de que por casualidad lo encontró desnudo cuando en una borrachera el señor Noé se despojó de sus ropas, fue expulsado de todo contacto con la familia. En corto, ¿es que hace lógica este castigo?, ¿no es absurdo, arbitrario, excesivo? Jafet pagó por el descuido paterno, y el padre lo castigó por su debilidad.

Había más en Noé, el ladrón imaginario de mi barca. El terror era una constante en él. Por este, ejecutó los más espantosos sacrificios. El miedo extremo anidaba en su corazón, royéndoselo, como si lo habitara un nido de hormigas rojas. En la vida real, y en la historia que tramó robándome, decía que, al término del diluvio universal, cuando bajaron por fin las aguas, leyó en la paloma y el olivo cosas tremendas. Como la paloma venía embarrada de lodo,[13] pensó que no era ya más el ave que, libre de peso, pasa sobre nuestras cabezas, sino un ser obligado a arrastrarse como la víbora. En el olivo, no una señal de esperanza, sino una amenaza: si se repetía la tormenta, el olivo podría volver a morir por agua, y esta vez —al no estar aún cargado de fruto, pues no había corrido el tiempo para su maduración—, esa quedaría para siempre muerta. Leyó pues, resumiendo, en la paloma la víbora, y en el olivo la muerte. Los que retomaron su historia para seguirla contando corrigieron y dieron a la paloma y al olivo otros signos, por elemental sentido común, sin tener los ojos ciegos de temor. Lo que no hicieron fue añadir a las hijas de Noé en su barca.

Sus hijos, los tres, no exculpo a ninguno, me hicieron de aquella oscura y húmeda cocina encerrada un encierro de abusos continuos. Después, hartos de Noé, se desplazaron, dejaron atrás el alto monte y se establecieron en los valles.

Pero lo que iba a contarles es que la ansiedad y el temor que perseguía a Noé lo indiciaron a perpetrar actos abominables llamándolos sacrificios, con el afán de apaciguar los caprichos de su dios. Estos fueron los sacrificios con que Noé placiese al creador: los castigos corporales, degollar cachorros, esclavizar y mercar como si cosas a sus semejantes, marcándolos con fuego, y relegar a la mujer al silencio.

El hogar de Noé olía a sangre y muerte.

Olvidemos el encierro de su irrespirable cocina: no había espacio ahí para una cocinera. Me escapé muy noche, cuando todos dormían, temiendo Noé despertase, porque horas antes que los demás había caído en uno de sus pesados sueños etílicos, tirado a medio camino de la salida. (No lo acarreábamos hasta su lecho porque le enfurecía encontrase de pronto en nuestras manos. Corríamos, además, de enfrentar las erecciones del ebrio Noé). Ninguna gana de acrecentar la raza de tullidos que engendró Noé en sus mujeres, sus semillas llegaban a los vientres femeniles aturdidas por el alcohol.

Hui, pues, de noche, para evadir los azotes si me atrapaban en el intento. Caminé días. Llegué a una llanura simplona y amplia. Tenía dos virtudes: corría agua para beber, y estaba poblada de infinidad de pececillos y pequeños crustáceos, en cuyas riberas crecía yerba abundante y de buen sabor. Había algunos árboles de troncos firmes, y nada más. Hice fuego, tendí la manta que traía entre mis escasas pertenencias, y me tendí a dormir al aire libre.

Fin del noveno libro

Libro diez

83

Pasé años a solas, sin compañía, teniendo a mi propio cuerpo como único refugio para mis memorias. No me consumía la tristeza como en otros tiempos, pero tampoco se me presentaba la alegría. Vivía recordando. Había alcanzado así una forma de eternidad. No pensaba en terminar con esta, aunque mi vida fuera un limbo. Aunque la melancolía me marcara los días.

Cuento lo que sigue aquí inmediato como lo escuché decir cuando la turba llegó a mi refugio acabando con mi estado. Lo diré como me lo dijeron, sin que pueda yo estar cierta de que así fue:

Ya en mi ausencia, Noé, que valido de su prestigio (y echando mano del viaje que yo hice en el arca y que él ya me había robado y teñido de su natural pavor con un diluvio universal), se fue adueñando de todas las tierras hasta apropiarse de cada rincón de la Tierra, y procedió a dividir la tierra entre sus tres hijos, y para esto los convocó. Había dibujado en tres papiros las tres propiedades especificando cuáles eran los límites de las tres porciones. Quería dejar a la suerte la elección de cuál era para quién; pidió a un ángel se presentase y garantizara su imparcialidad.

El primero que tomó un papiro del regazo de Noé fue Sem. Le tocaba la mejor porción, la que tenían más cercana y que conocían por su fertilidad generosa. Noé se alegró. Para Sem sería el Monte Sinaí, el Monte Sion y el Templo Sagrado, que creían el ombligo de la tierra; ahí el clima era perfecto, no hacía frío y no hacía calor. El ardiente sur quedó en manos de Cam —el menor de sus hijos, al que Noé había expulsado porque lo vio sin ropas—, y el helado norte para Jafet. Apenas recibir su lote, los hijos de Noé dividieron sus propiedades entre sus propios hijos. Y Noé declaró enfrente del Ángel: «Maldito sea aquel que extienda la mano para robar una porción de tierra que no le haya sido adjudicada por mi ley». Los hijos aceptaron su dicho, «Que así sea, que así sea».

Las tierras quedaron parceladas. La Tierra ahora era setenta y dos veces esclava de sus dueños, y en cada una de estas naciones había ciento cuarenta lotes y noventa y un islas.

Quiero dejar claro que no había mujer dueña de nada. Que cada uno de los muchos descendientes de Noé tenía esposas e hijas que no tenían derecho a poseer, y que eran, como la Tierra misma, esclavas de sus padres o maridos.

Las fábulas inventadas por Adán habían ganado la partida. Ahí está el poder de la palabra: moldea a los hombres, sus costumbres, sus grupos. Las palabras no solo nombran, hacen.

La Tierra no es una esclava dócil. Nueve décimas partes de los varones enfermaron de gravedad. El ángel Rafael (al que yo creo un demonio) confió a Noé algunos remedios para sus males, que Noé anotó con cuidado. Ese fue el primero de todos los libros médicos. Pero los remedios no eran suficientes, en toda nación los magos, astrólogos y sabios se aplicaron a encontrar la cura, preguntando a los árboles, las flores, las tierras, quemando y dejando secar plantas y polvos, haciendo emplastos, bebidas y perfumes. La astucia del ángel y de las personas venció la enfermedad, y los varones se recuperaron por completo.

Los sobrevivientes quedaron con el corazón malsano, corrupto. Más

todavía porque, si no habían tenido remordimiento alguno al dividirse la tierra como a un pastel para su propio banquete, ahora se sabían impunes. Nombraron un príncipe para cada país, y lo adoraron como a un ídolo, llevándole ofrendas y tributos, convirtiéndose ante él en esclavos de quienes habían puesto en sus reinados. Solo doce hombres se negaron a adorar a algún príncipe, y fueron quemados vivos. Sus cenizas fueron rechazadas por la Tierra, porque ellos también eran cómplices de que la esclavizaran.

Sobre los doce príncipes se impuso un rey, Nimrod. Pretendía poseer las pieles con que «Dios» (ya no le decían el Trueno, no era innombrable ni un creador) nos había vestido a Adán y a mí al salir del Edén. Contaba Nimrod que las pieles habían viajado en el arca de Noé. Yo que conocí todo lo que había en esa embarcación maldita, certifico porque lo sé de cierto, que no hubo tal, y que si no se refiere a mi propia piel como lo único que venía en el arca y que había estado en el Edén, Nimrod miente.

«Quien use esas pieles», decretó Nimrod, «es invencible e irresistible». Con esa sí vencía en combate, y dominaba a los príncipes y a sus rebaños de varones con sus esclavas mujeres. Nimrod decía que también las aves y las bestias del bosque lo veneraban —vivía encerrado en su ciudad y no había manera de confirmar que los animales del bosque, el desierto o el mar, le tuvieran ningún respeto—.

Decía Nimrod que sus ídolos de piedra y madera le conferían amplio poder. Era sin duda un guerrero implacable, y era por la fuerza, el hurto, su fábula y demás mentiras, que conseguía su poder.

En breve, se declaró Dios. Se hizo hacer un trono de cedro sobre una roca redonda gigante, y sobre este levantó cuatro tronos más, uno de cobre, otro de hierro, otro de plata, y en su tope, un trono de oro.

Coronando los tronos sobre el de oro, una piedra preciosa gigante y redonda. Era en esa joya donde se sentaba Nimrod, y los príncipes y sus cortejos, así como cortejos de miserables pidiéndole piedad llegaban a adorarlo y a pedirle protección.

Fue idea de Nimrod que en una meseta libre de habitantes se levantara una ciudad capital, con la que la humanidad mostrara su poder.

Así fue como los descendientes de Noé caminaron hacia el Este hasta llegar a la planicie que yo habitaba. No había nada extraordinario ahí que llamase la atención, solo el terreno liso y firme cubierto de yerbejas, un espacio abierto.

Llevaba yo tanto tiempo a solas que primero me alegró oír se acercaba esa multitud. Después me preocupó que, no siendo yo una de los suyos, quisiesen destruirme. Como eran personas los que venían, el fuego no habría bastado para tenerlas a distancia. Opté por esconderme atrás de un árbol, y en cuanto estuvieron cerca, me mezclé haciéndome pasar por uno de ellos.

Tramaban construir en el centro de la ciudad capital que estaban por empezar, una torre tan alta que llegara al cielo. Para esto, la piedra no sería buena, usarían ladrillo horneado, que es más ligero y moldeable, material amigo de conseguir edificaciones de cualquier dimensión.

Empezamos la obra. Eran miles los que se habían reunido en una causa común. Hicieron fogones comunitarios, durmieron entre los bultos de sus pertenencias, algunos tendieron improvisados toldos bajo los que acomodaron los bultos que contenían sus pertenencias, y durmieron entre estos. Urgidos de alcanzar su meta, vivían en el abandono de su inmediato entorno.

Nadie escapaba a la tiranía de las horas laborables. Guardias supervisores recorrían la parte poblada de la llanura para que no quedara nadie holgazaneando. Todos tuvimos que poner mano a la labor de construcción, los más por voluntad propia, poseídos de una ilusión. Los guardias no requerían de la fuerza, por el fervor colectivo.

Yo me ofrecí para hacer el pan (usé para esto los mismos hornos del ladrillo), también lo distribuí a diario, y también participé en la hechura de los ladrillos.

Al caer la noche, exhaustos, las mujeres preparábamos de comer con lo que nos hacían llegar de los mercados de las ciudades de las naciones de los hijos de Noé. No se usaba el dinero aquí, así que todos teníamos la misma porción en nuestro plato. Los varones guardaban silencio, descansando, y en nosotras se oía el tramar de historias. Pero no hablaban de nuestro origen, no intentábamos recuperar la verdadera versión que nos haría a todos libres, sino que habíamos caído también en la obsesión de la Torre Mayor.

—Vamos a subir a los cielos y le haremos guerra a los que ahí ya moran. Porque allá no falta comida, nunca hace frío ni calor, y no es necesario. ¡Guerra contra los habitantes de los cielos!

Y los que así decían enviaban flechas al cielo, y algunos decían que les regresaban con las puntas bañadas en sangre, pero yo no lo vi.

—Ascendamos a los cielos, pondremos allá nuestros ídolos, les rendiremos culto allá.

—¡Ascendamos a los cielos! ¿Por qué solo el dios que vive ahí va a vivir en la parte más alta de la Tierra? Dios no tiene derecho de habitar en la parte superior, mientras nosotros estamos en la parte inferior. Ya que lleguemos allá, clavemos en los suelos de los cielos una estatua que refleje

nuestra intención. ¡Somos iguales al que vive en lo altísimo! Nosotros queremos estar allá donde todo se ve, todo se oye, nadie se nos podrá esconder, y seremos los amos de la Tierra.

—¡Ascendamos, ascendamos! Si hacemos nuestra torre suficientemente alta, podremos llegar a la Luna. ¡Conquistaremos las alturas!

Había los que, a la manera de Noé, participaban por miedo en la construcción de la Torre, pensando que el diluvio podría repetirse. El edificio les daría dónde protegerse de las aguas. Su fervor no era menor.

En todos el mismo, el mismo fanático fervor.

También su deseo se apoderó de mí. No sé si alguien entre nosotros no lo sentía.

Ya acumulado un número formidable de ladrillos horneados y cantidad de litros de betún, comenzamos a levantar la torre. La teníamos en el corazón y la conseguiríamos. Esto era lo primero, esto era nuestra obsesión; antes de construir una casa, una cocina, la pared que dividiera la habitación para dormir, deseábamos construir una torre tan alta que llegara al cielo.

Pasamos largo tiempo empecinados en la construcción. Queríamos llegar tan alto que nos tomaba un año alcanzar su tope.

Mientras construíamos, ¿qué importaba una persona frente al valor de un tabique? Un ladrillo tenía más valor que cualquiera. Podía caerse uno de los nuestros, qué más daba perder uno frente al gran proyecto colectivo. Una persona no era nada: trabajaban ahí cien mil, más de la mitad eran hembras. Las embarazadas, las niñas y los niños, las viejas y los viejos, todos participábamos en la gran obra. ¿Qué era una mujer dando a luz, frente al valor de un tabique? Si un bebé asomaba su cabeza entre las piernas de alguna mujer pujando y bañada en sudor, era más importante el ladrillo que el recién nacido, no se interrumpía el arduo bordar de barro comunitario; sin hacer pausa, al pequeño se le proveía de una manta rala que la organización ofrecía, era un triángulo, vestía y servía de pañal a un tiempo, era práctico, en uno estaba la servilleta, el adorno, la cubierta.

Allá abajo, nadie recogía a los caídos. Los cadáveres descubiertos clavaban sus dientes en el aire.

Las aves de la llanura, por cierto, ya no alcanzaban a volar al piso en que trabajábamos.

Rondaba una sensación de orgullo común. La torre era de todos. Se había dejado a un lado la idea cainita de levantar muros para dividir propiedades individuales: esta torre era de todos. ¡Todos, todos iguales! De Caín ignorábamos también el uso del dinero, pero lo que sí éramos muy atentos a los pesos y las medidas, porque necesitábamos considerarlos para que nuestra torre guardara equilibrio. Ningún tabique debía pesar más que otro.

Ahora bien: ¿qué contenía esa torre además de un sueño? ¿Para qué la usaríamos? ¿Dónde jugarían los niños, dónde se haría la comida, dónde se haría el amor? Preguntas irresueltas: todos eran uno, un proyecto común que enardecía la sensación de orgullo, la satisfacción de ser parte de un Todo.

La voluntad y el tesón de los muchos hijos, nietos, bisnietos de Noé levantaban la alta torre. Contenía innumerables ventanas, se improvisarían después espacios donde la comunidad podía entretenerse, refrescarse, tal vez dormir unos minutos. Por el momento, dormíamos al caer la noche donde nuestra labor estaba, y despertábamos para reiniciarla. Una cadena humana nos traía de beber y comer magro. Nos mantenía el orgullo: era una construcción perfecta. A todo lo alto de la torre había una calle, era como una ciudad abierta por donde se la escalaba en una espiral ascendente.

Pensábamos que era innecesario entrar a la torre, excepto cuando se la encontrase como última morada. Que cómo se organizaría aquello, estaba por verse, lo que ahora se hacía era levantar, levantar la hueca torre altísima y formidable.

De pe a pa de ladrillo; moldeable, seguía creciendo al cielo, auxiliado entre tabiques por el hilo de brea, hasta que intervino la voz de sus detractores:

Los gigantes y los demonios, el Trueno, el innombrable de Adán, todo lo que no era humano unió sus poderes para reventar la empresa de Nimrod. «Si lo permitimos, ellos se apoderarán de todo rincón de la Tierra, y la devorarán, y nos quedaremos sin dónde valer nuestro reinado». Más enfadada aún estaba la Tierra. Era cierto lo que ella supo desde un principio: la turba humana estaba ahí para despojarla. Arrogante, cimentaba en su piel lo que levantaba ignorándola. Si ahora eran miles, llegarían a ser millones de millones, y billones, y no dejarían rincón de ella sin poblar.

La más enfadada decidió actuar. La tenía fácil: lo único que necesitaba hacer era dar un brinco y vibrar un poco, cosa de tres minutos.

Terminábamos la décima escalera hacia el cielo y el fervor por el Gran Plan crecía, confiados en que tocaríamos el Cielo. Los que arrojaban flechas, lo hacían más, los que arengaban consecuencias positivas para nosotros, no dejaban de hacerlo.

La noche caía sobre nosotros, como el agotamiento, cuando la Tierra, de un hilo, se sacudió, dio un brinco y vibró repetidas veces.

El brinco telúrico provocó que el suelo en que se apoyaba la torre se levantara seis codos, pero solo por la mitad, partido al diámetro. La otra mitad quedó inclinada disparejo, en su diámetro hundida unos dos codos más de lo que había sido, deslizándose con altibajos hasta alcanzar su altura original en el perímetro.

La paradoja es que la superficie donde fincamos la torre fue escogida por su perfecta llanura. Con el terremoto, sería imposible encontrar un trecho de tierra tan abrupto, desigual, tan de forma absurda.

Sobra decir que los tabiques se vinieron abajo, primero los más cercanos al suelo, provocando que los que se apoyaban en ellos se tambalearan y cayeran, y así sucesivamente, precipitándose con la misma celeridad que si fueran gotas de lluvia. Por la altura, los que venían de arriba se rompieron, los que estaban abajo quedaron pulverizados por los que cayeron sobre ellos. Los visibles, los que terminaron vueltos la corona de barro de la debacle telúrica, quedaron quebrados, fracturados dientes que intentaran inútiles morder el aire.

Al desplomarse de tan violenta y súbita manera la Torre de Babel, los escasos sobrevivientes de la fanática multitud que minutos antes coordinada trabajaba en sincronía maquinal, corrieron en desordenada estampida, huyendo del lugar maldito.

Durante un buen rato creí estar sola entre los escombros. Yo no quería huir. Veía la escena sin comprender bien a bien qué había pasado, qué era este desierto de ladrillos.

El único sonido era el resquebraje de la destruida construcción, que seguía cayendo, porque aquello era como un animal agonizante.

Los más habíamos estado trabajando en el punto superior, aprestándonos a remontar con ladrillos esa altura, pero no era insignificante el número de personas que subían llevando tabiques, brea, agua y comida para nosotros, ni los que bajaban con las manos vacías para repetir el viaje cargando cuesta arriba. De todos estos no se oía un quejido. Eran parte yerta de los escombros. Miles de cadáveres yacían bajo los tronchados tabiques que conformaban ahora desiguales montes deformes, con ásperas cumbres y empinados barranquillos.

Atisbé, entre la parda polvareda que el derrumbe provocara, una silueta, y un poco más allá otra. Eran mujeres, como yo desconcertadas. Una buscaba ansiosa a sus hijos entre los escombros —«siquiera encontrara yo a los dos que tuve aquí en la Torre, son de brazos aún»—, la segunda a sus hermanas —«salimos juntas de Enoc, llegaremos de vuelta juntas»—. Me sumé a su búsqueda.

Estábamos en eso cuando oímos un tronar ensordecedor, como jamás pudo haberlo producido ni el Trueno. Era fabuloso, lastimaba los oídos, infundía pavor. Procedía del Este. Ante la inminencia de un peligro mucho mayor, corrimos hacia el punto opuesto. Como haciendo eco al rugido que seguía bramando, el cielo se encendió con un rayo luminoso. Vi casi a mis pies el cuerpo de un muchachito, no tendría más de once años, aunque ya se le acercaban. Estaba boca abajo. Lo toqué. Sentí en su brazo el calor y el latido de su vida. Lo moví para despertarlo. El rayo intenso me dio aún los segundos necesarios para volcarlo sobre su espalda y ver en su rostro el cuerno que dicen se formó en el entrecejo de Caín. Abrió los ojos. Tiré de su brazo, alzándolo. Sus piernas reaccionaron y echó a correr, sus primeros pasos apoyado en mí, inmediato él a mí, con su vigor, jalándome.

El rugido terminó. Tras este, oímos agua soltar su ímpetu. Viéndonos perdidos, y frente a nosotros un árbol enorme, nos le subimos inspirados por el miedo. El niño y la más joven de las tres trepaban rápidos, ligeros,

como leopardos.

Otro rayo cayó: el árbol tenía marcados en el tronco huecos donde ir poniendo los pies para subirse, la segunda mujer y yo los usamos; alcanzamos a nuestros compañeros. Nos abrazamos los cuatro, firmes en un grueso ramazón ya en la copa del árbol.

El tronco resistió la embestida del torrente de agua que se expandía por la planicie. Los movimientos de la Tierra habrían alterado el cauce de algún río, o roto el monte de una laguna vecina.

Delgada, fina como un filo la noche: amaneció.

En el agua flotaban algunos cadáveres.

Una lluvia torrencial cayó, las deformes montañas de ladrillo se reacomodaron con violencia. Más cadáveres flotaron. Ningún cuerpo, entre los que flotaban, daba la menor muestra de vida. Parecía que alguna mano los hubiese alineado, pues todos, todos, niños, hombres, mujeres, viejos y jóvenes, flotaban con la espalda al aire. Ninguno tenía alas.

Otro respingo telúrico nos aterrorizó. Agarramos con nuestros brazos y piernas la gruesa rama del árbol. La Tierra tronó más que el rayo, pero en menor volumen que el agua invadiendo el llano.

El respingo telúrico se repitió una vez más, haciendo un sonido de aspiración casi humano, gigante.

El agua corrió hacia su centro y desapareció. La planicie quedó húmeda pero no ya inundada, y ya poca planicie. Donde había habido la altísima torre, la Tierra se había tragado el agua, los cuerpos que flotaran en ella, y los restos de nuestra construcción.

Un tercer movimiento, una vibración. Por donde la Tierra había tragado, eructó algo que parecía brea, chapopote, flotando en un laguito que no llegaba a ser ni la mitad del perímetro de la torre. Y se hizo el silencio. Y salió el Sol. Y todo parecía tan sereno que era algo imposible. Nos sentamos en la rama que ocupáramos. Nuestras respiraciones se serenaron. En esa paz, el niño que tenía la marca de Caín habló:

—¿Qué pasó? Yo me quedé dormido cuando iba a llevar un encargo a lo alto de la torre, hasta que usted, señora, me despertó. ¿Dónde quedó la torre?

Intenté explicarle lo que comprendía, un terremoto, la furia de la Tierra, la Babel. Pero no salió palabra del pecho.

Bajamos del árbol. La primera de las mujeres que atisbé como sombra caminando en los escombros, corrió hacia el agua. Sin miedo —buscaba a sus hijos— entró y caminó en ella, no era más honda que un medio codo.

Resbalando entre ellas por efecto de la brea, las tres mujeres y el muchacho caminamos entre el agua unos pasos, hasta que entramos en razón, y salimos, el agua iba hundiéndose en las profundidades, dejando tras de sí solo restos de brea. Pusimos distancia antes de que también a nosotros la Tierra nos devorara.

El sueño, el Gran Proyecto, se desmoronó con la torre. Un velo cayó de mis ojos: ¿dónde estuve cuando estuve levantando ladrillos? ¿En qué me convertí convertida al sueño de la turba? Miré caer a mis pares, los ignoré, obnubilada con esa fantasía común de ser Grandes haciendo algo grande que derrotara el poder del cielo.

Del brazo del pequeño Caín sembramos nuestro cultivo. Entre los cuatro tejimos de papiro una tienda. Conseguimos fuego. Hicimos lámparas de brea, platos de arcilla, un peine de madera, un cuchillo de hueso, una flauta y cuerdas para hacer música. Cantamos. Bailamos. Cierto que soñamos todas las noches, pero son sueños que compartimos con dificultad, y que no reemplazan ladrillos por personas, aunque a veces sí lo hacen, cuando son pesadilla.

Si alguien llegara a visitarnos, caminaría por el desierto, y de pronto se sorprendería con un verde jardín, nuestra casa.

¿Somos los únicos sobrevivientes? Si hay otros, ¿hablarán otra lengua, entenderán el mundo distinto? Si así fuera, mejor porque eso ayudaría a impedir que vuelva a nacer la ambición nimrodiana.

No siempre el que ríe al último, ríe mejor.

Un día se rio la Luna, y dejó marcado el cuerpo de la Tierra con su risa. No sé si alguien lo recuerde, pero es cosa hecha.

Ahora, óiganlo bien, yo soy quien ríe. No sé si río mejor. Sé que estoy viva. Acompañada de dos mujeres y un nuevo hijo al que yo no parí pero que sé es carne de mi carne, mi descendencia, yo soy quien digo, como un día Caín: «la vida es buena». El mundo otra vez empieza.

Fin del libro de Eva

1 Sor Juana Inés de la Cruz, Villancico III, en *Obras completas*, Porrúa, 2012, pág. 207.

2 Sor Juana Inés de la Cruz, Villancico VI, *op. cit*. pág. 209.

3 Sor Juana Inés de la Cruz, *Concepción, primero nocturno*, Villancico I, *op. cit*., pág. 213. Nótese la cita mal utilizada, porque el villancico original se refiere a la Virgen María, no a Eva.

4 Animal extinto, no tan parecido al león, pero sí peludo y enorme.

5 Águila mamífera, rapaz y de proporciones fabulosas. Es un animal extinto.

6 Imre Madách, *La tragedia del hombre*, versión de Virgilio Piñera, Budapest, Corvina Kiadó, 1978.

7 Rosario Castellanos, *Ajedrez*.

8 De Gabriela Mistral, cita incompleta del *Poema del hijo*, «Siento el amargo goce de que duermas abajo / en tu lecho de tierra».

9 Juana de Ibarbourou, «Caín», en *Estampas de la Biblia*, 1934.

10 Aparece en 1, 2 de Josefo.

11 Los versos son de Rosario Castellanos, del poema «Privilegio del suicida», en *Materia memorable*.

12 Encontramos la cita en Josefo.

13 También lo dice Josefo.

Edición en formato digital: enero de 2021

En cubierta: ilustración de © Raquel Cané

c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

ISBN: 978-84-18436-85-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com